
HARLEQUIN
SuperJazmín
Sin condiciones
JOAN ELLIOTT PICKART

# Sin condiciones
## Joan Elliot Pickard
## 2º Apuesta de solteros




**Sin condiciones (2000)**
**Título Original: The irresistible Mr. Sinclair (1999)**
**Serie: 2º Apuesta de solteros**
**Editorial: Harlequin Ibérica**
**Sello / Colección: Super Jazmín 381**
**Género: Contemporáneo**
**Protagonistas: Taylor Sinclair y Janice Jennings**

***Argumento:***

*Janice Jennings no estaba dispuesta consentir que nadie volviera a tratarla como si fuera un objeto decorativo. De modo que decidió disfrazarse, y se puso una ropa muy amplia y unas gafas muy gruesas, creyendo que, si ocultaba su belleza, sabría con certeza que los hombres que se acercaban a ella serían capaces de valorar otras cualidades. Y, durante un tiempo, el camuflaje funcionó. Ningún hombre miró bajo la superficie para descubrir a la mujer que había dentro… hasta que apareció el señor Sinclair. Taylor Sinclair era sofisticado, sexy e irresistible. Janice estaba segura de*

*que había salido con un buen número de bellezas, y roto algunos corazones. Sin embargo, y a pesar de su aspecto, quería besarla y abrazarla a ella. En teoría, eso era lo que Janice había estado buscando, pero, aunque ni ella misma pudiera entenderlo, algo le impedía entregar sin condiciones su maltrecho corazón.*

# Capítulo Uno

El delicado colibrí flotó en el espacio, se alejó aleteando y, luego, regresó para meter su largo pico curvo en el tentador sirope rojo del cuenco que colgaba del borde del techo del patio.

Momentos más tarde, el diminuto pájaro recibió la compañía de otro. Después de beber el delicioso líquido, volaron en perfecta sincronía alrededor del cuenco de plástico y se marcharon juntos.

Janice Jennings sonrió encantada al observar desaparecer de vista a sus visitantes mañaneros. No se había movido, casi no había respirado, mientras los colibríes disfrutaban de su desayuno, ya que no deseaba hacer nada que pudiera espantarlos.

—Que tengáis un día seguro y aventurero, mis pequeños amigos —musitó.

Continuó con la placentera tarea de cepillarse el pelo ondulado y rubio recién lavado que le llegaba hasta la mitad de la espalda. Cerró los ojos y dio rienda suelta a sus sentidos.

Disfrutó del calor del sol naciente en su cara al asomarse por debajo del techo. La fragancia de los rosales que alineaban un lado del patio vallado invadió su olfato, y percibió el leve olor a cloro del agua de la piscina.

Oyó el trinar de los pájaros felices, el ladrido de un perro en la distancia y el maullido satisfecho de un gato.

Suspiró y abrió los ojos, ahuecándose el pelo con la mano libre para cerciorarse de que estaba seco. Dejó el cepillo sobre la mesa redonda de cristal, estiró con placer los brazos por encima de la cabeza y apoyó las manos en su regazo.

Ése era su momento favorito del día. Valía la pena levantarse más temprano para gozar del arrebatador amanecer de Arizona, beber el té y contemplar la llegada de los colibríes para desayunar. Dejaba que la tranquilidad del alba la llenara antes de partir hacia lo que sería un día ajetreado.

Miró el fino reloj de oro de pulsera y frunció el ceño.

Los minutos pasaban mucho más deprisa durante el ritual de la mañana. Se puso de pie.

Guardó el cepillo en el bolsillo de la bata de satén de color verde menta, recogió el plato de porcelana con la taza y entró en la casa por las puertas dobles que conducían al patio.

En la cocina grande y soleada, se concentró en lo que había que hacer cuando llegara a su *boutique*: La Bella Durmiente.

La noche anterior, justo antes de cerrar, había llegado un pedido de accesorios de baño. Tendría que desembalar los jabones, aceites, cristales y sales y comprobarlos con la factura.

Debería ponerle precio a todos los productos, luego, guardaría algunos en el almacén y los restantes en las estanterías.

También tenía que marcar las braguitas de seda y satén para una rebaja especial que comenzaría al día siguiente, aparte de pensar en el nuevo escaparate de la tienda.

Dejó la cocina y se dirigió al dormitorio principal. La casa amplia de cuatro habitaciones que había comprado hacía menos de un año exhibía el típico estilo de rancho del oeste, de paredes de adobe y techo blancos.

Los cuartos eran espaciosos, con arcos que daban al salón, al comedor y a los pasillos. El dormitorio principal se hallaba a un lado de la estructura; los otros tres dormitorios, que aún estaban vacíos, se encontraban del otro lado.

Al avanzar por el pasillo, los pies de Janice se hundieron en la mullida moqueta de tonalidad salmón.

Había decorado con tendencia minimalista. El salón solo tenía un sofá tapizado con motivos florales, una mesita de roble con encimera de cristal y dos mecedoras, una blanca y la otra verde menta con rayas blancas.

El efecto era exactamente el que había pretendido conseguir. La estancia era cálida, aunque espaciosa, sin exceso de muebles que estropeara su sencilla belleza.

En un capricho del momento, había añadido una serie de cestas tejidas por americanos nativos que había agrupado junto a la chimenea de baldosas.

Una la había llenado con flores deshidratadas del desierto; otra contenía un popurrí que Janice había formado con los pétalos de las rosas del patio. Aún tenía que encontrar cuadros u otras decoraciones para las paredes de la parte principal de la casa. El único cuadro que tenía hasta el momento era una pintura en tonalidades pastel de dos colibríes suspendidos sobre unas rosas vibrantes. Ostentaba un lugar de honor sobre su cama.

Para su dormitorio, había elegido una cama grande de roble, con una cómoda y tocador a juego. El edredón era de color salmón con rayas verdes. Una mesa redonda tenía una tela de la misma tonalidad que caía en pliegues sobre el suelo, y a su lado había una mecedora de roble.

Un enorme armario empotrado abarcaba una pared, toda la fachada recubierta de espejos.

Al cruzar el dormitorio, su reflejo la distrajo. Se detuvo y se volvió. La bata de satén colgaba de sus pechos plenos y de sus suaves caderas. La rica tela acentuaba sus piernas largas y su esbelta silueta de un metro setenta de altura. El pelo era un conjunto salvaje de ondas doradas.

Ladeó la cabeza, esbozó una sonrisa burlona y luego puso los ojos bizcos y sacó la lengua.

La sonrisa se desvaneció al abrir un panel del armario para elegir lo que se pondría.

«Soy hermosa», pensó con ironía. Y esa belleza solo le había traído desgracias en sus veintiocho años de vida.

—No empieces a pensar en eso —musitó—. Estropearás lo que empezó como un día hermoso.

Veinte minutos más tarde, salió de la casa.

Se había recogido el pelo en la nuca. Llevaba un traje de verano de color tostado, la falda una talla superior y la chaqueta suelta.

Tenía los pies enfundados en unos robustos zapatos Oxford y, sobre la nariz, unas gafas de montura negra y pesada.

Se sentó ante el volante de un sencillo utilitario blanco, olvidada la imagen que había visto reflejada en el espejo mientras ponía rumbo a La Bella Durmiente.

Taylor Sinclair llevó una taza de café a la mesa de la cocina y se sentó frente a su padre, Clem.

Mientras éste realizaba su ritual mañanero de darle trozos de tostada a su Setter irlandés de diez años, Taylor estudió a su padre.

«Parece viejo», pensó con el ceño fruncido. Su piel exhibía una palidez grisácea que era inquietante, y de él emanaba una especie de aura de cansancio.

—¿Cómo estás, papá? —preguntó, y mentalmente respondió: «Bien. Nunca he estado mejor». La pregunta y la respuesta siempre eran las mismas.

—Bien. Nunca he estado mejor —repuso Clem—. Ya basta, *Scamp*. No hay más tostada.

El perro se echó en el suelo y apoyó la cabeza en las patas delanteras mientras contemplaba a Clem con lastimeros ojos marrones.

—Con esa mirada dramática no conseguirás nada, viejo sabueso —Clem rió entre dientes, luego centró su atención en Taylor—. ¡Bien! Ponme al día. ¿Cómo fue tu viaje a Prescott?

—Lo disfruté —bebió un sorbo del fuerte café—. Esto no es descafeinado. Pensé que el médico había dicho…

—No soporto el descafeinado —cortó Clem, agitando una mano en el aire—. Un hombre ha de beber una taza de café decente para ponerse en marcha por la mañana —hizo una pausa—. ¿Prescott?

—De acuerdo. No discutiremos porque hayas roto la regla sobre el café —Taylor meneó la cabeza en gesto de derrota—. Las cinco personas que tienen negocios en Prescott y que aguantaron y se

negaron a tener un contable nuevo cuando tú te marchaste, te envían sus saludos —Clem sonrió y asintió—. Martha, de la cafetería, dijo que ahora que estás jubilado no quiere oír que has engordado por estar todo el día sentado.

—Ah, esas personas de Prescott son buena gente. Me gustaría verlos a todos. Pero debido al marcapasos, el médico ya no me deja visitar Prescott, y menos aún vivir allí. Uno jamás pensaría que un poco de altitud podría tener semejante impacto sobre una persona.

—Mil seiscientos metros no es un poco de altitud, papá.

—Sí, lo comprendo —Clem suspiró—. Pero incluso después de dos años, aún me cuesta acostumbrarme a vivir en este piso con el calor de Phoenix. Y, además, hay tanta gente en esta condenada ciudad. Todo es velocidad, ajetreo, y hay tanta delincuencia —hizo una pausa——. Recuerdo cómo tu madre y yo solíamos sentarnos en el porche de la mansión de Prescott donde te criamos y hablábamos de los viajes que haríamos cuando me jubilara.

—Papá…

—Lo sé, lo sé. Siento compasión por mí mismo cuando debería dar gracias por lo que tengo. Lo que pasa… bueno, perdimos a tu madre por el cáncer hace casi quince años, Taylor, y me da la impresión de que con cada día que pasa la echo más de menos. Esta jubilación no se parece en nada a lo que yo había soñado.

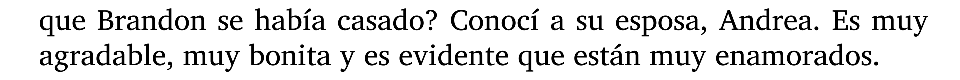
—Debes darle una oportunidad, papá —se adelantó un poco—. Han pasado solo unas semanas. Yo también encuentro bastantes diferencias aquí desde que me vine de San Francisco para ocuparme de tu negocio. Debes mantener la mente abierta a las nuevas actividades que puedes probar. ¿Qué te parece el golf?

—Tengo mejores cosas que hacer que reventar mis piernas siguiendo una estúpida pelotita blanca por un césped que alguien pintó de verde.

—Olvida el golf —musitó Taylor; bebió otro sorbo de café.

—¿Qué te pareció el trabajo de Brandon Hamilton al restaurar Hamilton House? —inquirió Clem.

—Es fantástico, realmente bueno. ¿Por qué no me comentaste


que Brandon se había casado? Conocí a su esposa, Andrea. Es muy agradable, muy bonita y es evidente que están muy enamorados.

—Pensé que te lo había dicho.

—No, no lo hiciste.

—Supongo que mi memoria no es lo que solía ser.

«No, no lo es», pensó Taylor. Ni el entusiasmo que sentía su padre por la vida se parecía al de antaño.

—De todas formas —comenzó Taylor—, Brandon y Andrea están pensando en añadir algunas tiendas en el vestíbulo. Nos sentamos a hacer algunos números y es viable. El hotel va muy bien.

—Lo sé. Yo les hacía la declaración de hacienda. Brandon ha realizado un trabajo espléndido. Y ahora se ha casado y, probablemente, esté pensando en tener un hijo —Clem miró con ojos centelleantes a su hijo—. A diferencia de algunas personas que podría mencionar.

—No empieces —Taylor rió entre dientes, un eco profundo exactamente igual que el de su padre—. Ya sabes lo que pienso sobre el matrimonio. Y no estoy solo en mi deseo de permanecer soltero. Brandon, Ben Rizzoli y yo acordamos hace años que lo mejor era una vida de soltero. Es evidente que Brandon olvidó el pacto que hicimos. ¿Y yo? Tuve una infancia idílica en Prescott, con una madre que me atendía y que preparaba unas maravillosas galletitas de chocolate. Tuve unos padres que estaban muy enamorados, que cada día de su vida en común fue una constante luna de miel —meneó la cabeza—. Ésa es mi vara de medir para la felicidad conyugal, papá. Lo que tuvisteis mamá y tú. He sido testigo de la perfección, y no me conformaré con menos. En esta época, lo que quiero es imposible de obtener.

—En alguna parte ahí fuera hay una chica a la antigua, Taylor —indicó Clem—. El problema es que ya no la buscas.

—Estoy soltero y pretendo permanecer así. ¿Qué te parece?

—Que apesta. Quiero un nieto para sentarlo en mis rodillas.

—Pídeselo prestado a algún vecino del complejo.

—¿Pedirlo prestado? —Clem enarcó las cejas—. ¿Como un libro de una biblioteca? Es lo más estúpido que he oído.

—Tema cerrado —Taylor se encogió de hombros y se terminó la taza de café—. Vuelta a los negocios. He ido a ver a todos los clientes que tienes aquí y en Prescott para saludarlos y presentarme a aquellos que no me conocían. Retuviste una ficha porque dijiste que querías hablar conmigo a fondo sobre un cliente en particular antes de que fuera a visitarlo. ¿Ha aceptado al fin que lleve su cuenta?

—Es una clienta y, sí, se muestra receptiva a que seas su contable con la condición de que la confidencialidad que tuvimos ella y yo siga inalterable.

—Eso no hace falta ni mencionarlo. Jamás discuto las finanzas de un cliente con otra persona.

—No, no —insistió Clem—. Abarca mucho más que eso, Taylor.

—Parece muy misterioso —frunció el ceño—. ¿Cuál es el gran secreto? ¿Quién es esa mujer?

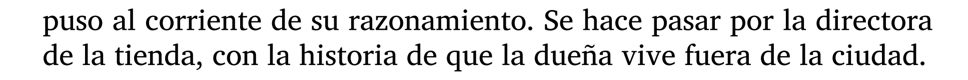
—Se llama Janice Jennings y es dueña de una *boutique* muy rentable llamada La Bella Durmiente. Cuando aquel viejo amigo se jubiló justo después de que yo me trasladara al valle, me recomendó ante Janice para ser su nuevo contable —Taylor asintió—. Poco después —prosiguió Clem—, Janice expandió su negocio de ropa para dormir para mujeres hasta incluir accesorios de baño y lencería fina. Es una mujer de negocios muy astuta, parece poseer un instinto natural para saber lo que compra la gente.

—De momento, no hay nada inusual en lo que me dices —indicó su hijo.

—A eso quiero llegar. No me atosigues. Veamos, ¿por dónde iba? De acuerdo, la cuestión es que Janice insiste en que nadie sepa que ella es la propietaria de La Bella Durmiente.

—¿Qué? —Taylor enarcó las cejas—. Es una locura. ¿Por qué no quiere disfrutar de la gloria de tener un gran éxito?

—No tengo ni idea —Clem se encogió de hombros—. Jamás me


puso al corriente de su razonamiento. Se hace pasar por la directora de la tienda, con la historia de que la dueña vive fuera de la ciudad.

—Extraño.

—Insiste en ello, Taylor. Siempre que hables con ella en la *boutique*, debes tener mucho cuidado de no comentar nada que pueda indicar que es la propietaria. Le he asegurado que lo aceptarías.

—¿Estás seguro de que no hay nada ilegal en esa tal Janice?

—Absolutamente —afirmó—. Llevé sus libros todos los meses y le hice la declaración de impuestos. Declara cada centavo de lo que, sin duda, es una empresa de economía saneada. Nadie depende de ella y, al parecer, no ha de rendirle cuentas a nadie.

—Entonces, ¿a qué viene tanto secreto?

—No lo sé, pero ya sabes por qué quise ponerte al corriente de estos detalles antes de que fueras a verla. La ficha de La Bella Durmiente está en la mesita del salón.

—De acuerdo —Taylor se puso de pie, haciendo que *Scamp* levantara la cabeza un momento, para volver a apoyarla sobre sus patas—. Le echaré un vistazo a la cuenta y está tarde visitaré a la señorita Jennings. Lo que me hacía falta… una clienta excéntrica. No creo que vaya a agradecerte esto, papá.

—Aunque también es una mujer joven muy bonita y agradable. Es atractiva, pero, al mismo tiempo —Clem meneó la cabeza—, no lo es.

—Esa declaración carece de sentido, papá —rió.

—Supongo que sí, pero entenderás lo que quiero decir cuando la conozcas.

—Empieza a sonar inquietante. La cuestión es que, con todos los clientes que he heredado de ti, no me hace falta el secretismo de tu Janice Jennings.

—Hijo, ahora es tu Janice Jennings.

—Estupendo.

Esa tarde el cartero entró en La Bella Durmiente y le entregó a Janice un fajo de cartas.

—Gracias, Henry —sonrió—. ¿Ya ha venido al mundo el nieto que esperabas?

—No —repuso Henry—. Todos estamos en ascuas. Mi hija ya lleva tres días de retraso, mi esposa es un manojo de nervios y mi yerno está que se come las uñas. La única tranquila de la familia es mi hija.

—Bueno, mantenme informada —pidió Janice.

—Lo haré. Hasta mañana.

—Adiós —se puso a repasar el correo.

Un folleto llamó su atención y dejó el resto de sobres en el mostrador para examinar la publicidad.

—Oh —musitó, leyendo la información.

Un artista iba a debutar con una exposición en la galería Scottsdale. Quizá encontrara un cuadro para una de las paredes de su casa.

Y si no era así, no pasaba nada. No tenía prisa por terminar de decorar la primera casa de la que era propietaria. Disfrutaba tomándose su tiempo para comprar solo lo que eran adiciones perfectas cuando las encontraba.

Además, no tenía que explicarle a ningún invitado sus proyectos inconclusos. Las únicas personas que entraban en su casa, aparte de los transportistas, eran Clem, su contable, y su vecina y amiga, Shirley Henderson.

Amiga. Sí, Shirley era su amiga, su única amiga. Los demás eran conocidos. No tenía citas, de modo que no había ningún acompañante que llamara a su puerta. Supuso que, si alguien que examinara su vida, ésta parecería triste y solitaria, pero a ella le iba

estupendamente. Era tal como deseaba vivirla.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por las risas y la charla de tres mujeres que entraron en la *boutique*.

—Buenas tardes —saludó con cordialidad—. ¿Puedo ayudarlas en algo o prefieren echar un vistazo?

Una de las mujeres se acercó al mostrador.

—Queremos hacerle unos regalos a Mindy Winterson para su despedida de soltera. Una de nuestras amigas nos comentó que una de sus listas de boda era aquí, y que usted podría informarnos de los regalos que ya le habían comprado a nuestra pequeña novia.

—Por supuesto —sacó de debajo del mostrador un fichero oblongo y blanco. Lo abrió por la W—. Sí, aquí está. La boda será en junio.

—Y la recepción tendrá lugar en el interior de un club de campo con aire acondicionado, por suerte —la mujer rió. Janice giró el fichero para que la mujer pudiera leer la precisa caligrafía de la lista—. Santo cielo —exclamó—. Mirad todas las cosas que va a recibir Mindy. ¿Podría ayudarnos a encontrar regalos que sean distintos de los demás? Esta es su tienda favorita, y odiaríamos tener que ir a comprarle algo a otra parte.

—Le prepararemos un bonito conjunto —indicó Janice—. Queda mucho donde elegir y, con la ayuda de nuestra imaginación, podremos coordinarlo.

—Excelente. Esto va a ser muy divertido.

Janice dejó el fichero abierto para que las mujeres pudieran tomarlo como referencia, luego guardó la correspondencia en una bandeja en el estante superior del mostrador, sin darse cuenta de que el folleto de la galería se había caído y aterrizado cerca de la caja registradora. Salió de detrás del mostrador para ayudarlas a realizar las compras.

Quince minutos más tarde había junto al fichero una amplia selección de artículos, aunque las mujeres declararon que aún no habían terminado de elegir regalos para su querida Mindy.

—Acabamos de recibir unas velas perfumadas —manifestó Janice—. Tenemos fragancias que hacen juego con los jabones, los aceites y las sales de baño.

—Maravilloso —comentó una de las mujeres, luego rió—. Voy a comprar dos cosas de todo lo que me guste. Me debo algunos mimos para mí misma.

—¿No nos sucede eso a todas? —dijo Janice con una sonrisa—. Si me acompañan, les mostraré lo que tenemos.

En el exterior de La Bella Durmiente, Taylor examinó con atención el escaparate.

Exhibía cosas con clase. La alta calidad de las prendas femeninas resultaba obvia incluso a través del cristal. Y también tenía una bonita variedad. Un par de braguitas mostraba una endiablada sensualidad; otras eran más discretas. El camisón de satén blanco con la bata a juego se ceñiría a las curvas de una mujer con tentadora feminidad.

«No es una tienda en la que un hombre se sienta cómodo», pensó Taylor con el ceño fruncido. ¿De verdad los hombres entraban para comprar algún regalo para sus mujeres?

—Yo no —musitó—. Jamás.

«Basta de perder el tiempo, Sinclair», se reprendió. Permanecer de pie en la acera no haría que conociera a la misteriosa Janice Jennings.

Con suspiro resignado, entró en La Bella Durmiente.

# Capítulo Dos

Janice alzó la vista al oír que la puerta del local se abría. Se sorprendió al ver que el recién llegado era un hombre.

Prefería tratar con la clienta más difícil de complacer que con un miembro del sexo masculino.

En los cinco años que llevaba abierta La Bella Durmiente, aún no había visto entrar a ningún hombre que se sintiera cómodo en ese entorno personificado de feminidad.

O no paraban de mover los pies y farfullar, ansiosos de que llegara el momento para huir, o disimulaban su embarazo con indirectas sexuales acerca de los artículos en venta.

Luego, estaban aquellos que intentaban dar la impresión de que compraban lencería femenina cada día de la semana. Sacaban sus tarjetas de crédito y perchas de los colgadores al azar, sin detenerse a pensar en el tamaño o en la combinación de colores.

Janice se preguntó a qué categoría pertenecería ese cliente. Reconocía que era atractivo. Alto, con un tupido pelo castaño claro que en algunas partes, por el sol, parecía rubio. El traje oscuro que llevaba, con una camisa blanca y corbata oscura, era a medida, y recalcaba sus hombros anchos y sus piernas largas y musculosas.

Era el tipo de hombre que debía quitarse a las mujeres de encima, el que podía elegir a su compañera de velada entre las mujeres más hermosas de los bares frecuentados por solteros.

Podía estar casado, aunque Janice lo dudaba. La experiencia le había enseñado que los hombres como ése no estaban interesados en compartir la vida con una mujer.

—¿Me disculpan un momento? —le dijo Janice a las mujeres que examinaban las velas perfumadas.

—Sí, desde luego —indicó una de ellas—. Tómese su tiempo. Estas velas son maravillosas, y ya seleccionaremos nosotras los accesorios para el baño que vayan con ellas.

—Perfecto —sonrió—. Volveré con ustedes en cuanto pueda.

Se volvió y se dirigió hacia el hombre, que aún seguía junto a la puerta de entrada.

«De modo que ésta es la misteriosa Janice Jennings», pensó Taylor al observar a la mujer que se acercaba. Era alta, y se movía con una gracilidad natural o adquirida tras muchos años de práctica.

Su rostro era muy, muy bonito, con rasgos delicados, enormes ojos azules y labios que pedían que los besaras.

Pero…

¿Qué había dicho su padre? Oh, sí, que Janice Jennings era atractiva, pero que no lo era.

Esa extraña declaración no había tenido sentido en su momento, pero en ese instante sí lo tuvo. Había algo que no encajaba del todo… bien con la señorita Jennings.

La mujer se detuvo aproximadamente a un metro de Taylor y esbozó una leve sonrisa.

—¿Puedo ayudarlo con algo en particular? —preguntó—. ¿O preferiría echar un vistazo?

«Aquí hay algo que decididamente no encaja», pensó Taylor. De cerca, Janice era incluso más hermosa de lo que parecía en el otro lado del local.

Unas pestañas largas y oscuras acentuaban unos ojos de color zafiro a pesar de las gafas de montura gruesa que llevaba. Su piel era como el melocotón, absolutamente adorable. Su voz lo había acariciado como el terciopelo, provocando que un calor instantáneo se enroscara en la parte baja de su cuerpo.

El sol caía en cascada sobre el pelo rubio, convirtiéndolo en un halo dorado que hacía que le hormiguearan los dedos con el deseo de quitarle los alfileres del rodete poco juvenil que se lo recogía y dejar que las trenzas se liberaran.

Por lo que pudo discernir, Janice no lucía maquillaje, ni siquiera un toque de lápiz de labios. Y el traje que llevaba era horrendo.

Su padre tenía razón. Janice Jennings era muy atractiva, pero… no lo era. ¿Cómo podía una mujer que tenía tanto éxito con la venta de artículos marcadamente femeninos ser tan ajena a su propia feminidad?

—¿Señor?

—¿Qué? —regresó con brusquedad de sus pensamientos—. Oh. Me llamo Taylor Sinclair, señorita Jennings. Soy su nuevo contable. Me gustaría hablar con usted, si puedo. Es evidente que está ocupada y yo no tengo prisa. Esperaré hasta que termine.

—¿Es usted el hijo de Clem? —preguntó Janice. Recordó que Taylor estaba soltero, porque le había preguntado a Clem si su hijo iba a trasladarse con su familia a Phoenix desde San Francisco, para darle nietos con que llenar las horas de su jubilación.

—En persona —Taylor sonrió.

«Santo cielo», pensó Janice con un escalofrío. La sonrisa de Taylor Sinclair era mortífera. Pero eso no la impresionaba; sabía cómo funcionaban los hombres como él, y no le gustaban nada. Era el tipo de hombre con quien nunca habría elegido hacer negocios.

Suspiró.

No quería que Taylor fuera su contable, pero la idea de buscarse uno nuevo la atraía poco. Se había sentido segura con la certeza de que Clem jamás divulgaría que ella era la propietaria de La Bella Durmiente. Y le había afirmado que su hijo mostraría igual discreción.

Su secreto se hallaba a salvo con un Sinclair, y la paz mental que eso le proporcionaba valía mucho. No tenía que caerle bien Taylor para ser su clienta… además, tampoco iba a mantener tanto contacto con él.

—De acuerdo —asintió—. Si no le importa esperar hasta que quede libre, perfecto. Póngase cómodo, señor Sinclair.

—Taylor… Janice —esbozó otra sonrisa de cien vatios—. Con mis clientes me gusta mantener un trato informal. Comprendo que eres la directora de La Bella Durmiente y no la propietaria, pero mi padre me explicó que iba a tratar directamente contigo.

—Correcto —alzó la barbilla—. La propietaria vive fuera del estado.

—Hmmm —musitó él.

—Sí… hmmm.

Janice entrecerró los ojos y luego giró en redondo para reunirse con las mujeres que aún examinaban los productos de baño.

Taylor la observó alejarse, y notó la perfección de sus bonitas pantorrillas y delicados tobillos. Aunque sus pies lucían un tipo de calzado parecido al que podía llevar una abuela.

Sin duda, la propietaria de La Bella Durmiente era una mujer misteriosa, un acertijo que había que resolver. Había tantas preguntas que hacer sobre la enigmática Janice…

Y encontrar las respuestas podía resultar un desafío muy, muy interesante.

Con una sonrisa, se puso a vagar por la tienda y aprobó el modo en que Janice tenía expuesta la mercancía. Había añadido toques a la distribución de los artículos que los alejaban del común denominador de la lencería femenina.

Había una rosa de seda entre un pañuelo de satén; otro expositor mostraba la fotografía enmarcada en plata de una pareja de novios, mientras otro exhibía centelleantes frascos de perfume.

«Es buena en esto», pensó Taylor. Sabía cómo hacer que las cosas adquirieran una gran distinción, y el precio de las etiquetas a las que había echado un vistazo indicaba que daba por sentado que sus clientes estaban dispuestos a pagar ese toque extra.

Sí, su padre había tenido razón al decir que era una mujer de negocios astuta, y la ficha sobre La Bella Durmiente que había estudiado antes de presentarse en la *boutique* lo verificaba.

Lo único fuera de lugar era la propia Janice. ¿Es que no se había mirado en el espejo al vestirse esa mañana? ¿No era capaz de ver el cisne hermoso que había bajo la ropa de patito feo con que se había engalanado?

«¿Cisne hermoso?», repitió mentalmente. Empezaba a volverse poético con treinta y seis años, y algo más que lujurioso. Demonios, el modo en que Janice se presentaba no tenía sentido.

¿Era ajena a sus atributos de mujer? ¿O es que los minimizaba adrede? Ese sí que era un pensamiento curioso. Si así fuera, ¿por qué? ¿A qué le tenía miedo? ¿De qué se escondía?

Se detuvo en el mostrador y se apoyó en él, cruzando los tobillos mientras se acomodaba para esperar a Janice. Su vista se posó en un folleto que recogió con gesto distraído.

Al leer el anuncio pensó que era perfecto. Siempre estaba dispuesto a ver la obra de un artista nuevo con la esperanza de añadir otra pieza de arte a su creciente colección. Tomó nota mental del día, la hora y el lugar de la exposición. Luego, dejó el folleto sobre el mostrador.

Y esperó.

—Ese hombre es lo suficientemente atractivo como para hacer que una mujer llore —le comentó una de las mujeres a Janice—. ¿Es suyo?

—¿Mío? —repitió ella con los ojos muy abiertos—. Cielos, no. Es el contable.

—No encaja con la imagen de un contable —dijo, riendo—. Se me ocurren muchas cosas que hacer con alguien así en vez de cuadrar las cuentas.

—A mí también —corroboró una de las otras—. ¿Está casado?

—No —repuso Janice—. ¿Han elegido las velas y los accesorios de baño que prefieren?

—No está casado —la mujer suspiró con nostalgia—. Hubo una

época en que hombres como ése me miraban, pero fue hace diez años y diez kilos menos.

—Tiene una figura preciosa —afirmó Janice—. Si perdiera diez kilos, se quedaría demasiado delgada.

—Ya conoce el dicho —indicó la mujer con una sonrisa—. Nunca se es demasiado rica ni demasiado delgada.

—Nuestra sociedad pone demasiado énfasis en el aspecto exterior —Janice frunció el ceño.

—Puede ser —la otra se encogió de hombros—. Pero los hechos son los hechos, y no van a cambiar. Fíjese, por ejemplo, en nuestra novia, Mindy. Jamás salió con chicos, jamás tuvo novio. ¿Y qué pasó? Perdió veinticinco kilos, aprendió a maquillarse y se arregló el pelo de acuerdo con sus facciones. Bingo. Se va a casar.

—Exacto —acordó la otra—. Mindy aún estaría sola y se sentiría desdichada si no hubiera llevado a cabo los cambios de apariencia que necesitaba.

—Pero eso está mal, ¿no lo entienden? —preguntó Janice.

—No, querida —dijo una de las mujeres—. Es la vida.

«¿Qué demonios estoy haciendo?», pensó Janice. Entablaba un debate con unas clientas, por el amor del cielo. Y todo por culpa de Taylor Sinclair.

Ese tema de conversación se había iniciado por la presencia de Taylor, que se movía por el local como si fuera su dueño.

Tendría que haber llamado para pedir una cita en vez de presentarse de repente. Lo que quisiera hablar con ella podría haber esperado hasta que hubiera cerrado la *boutique*.

«Míralo», rabió. Parecía tan relajado, tan cómodo en medio de la lencería femenina que daba la impresión de poder quedarse dormido allí mismo. Sin duda, había visto tantas prendas femeninas en su dormitorio que no representaba nada inusual estar rodeado de lencería.

¿Por qué Clem Sinclair tenía un hijo como Taylor?

—Bueno, creo que ya está todo —dijo una de las mujeres—. Sacad vuestras tarjetas de crédito, amigas, que es hora de pagar.

Taylor se apartó del camino cuando el grupo se dirigió al mostrador. Observó desde cierta distancia, notando la manera eficiente en que Janice se ocupaba de las ventas y de guardar la multitud de artículos que las mujeres habían comprado.

Recogieron las bolsas, le agradecieron el magnífico trato que les había prestado y se fueron de la *boutique*, sonriéndole a Taylor al salir. Él les devolvió el gesto y asintió con educación; luego, reinó un silencio súbito en el local.

Miró a Janice largo rato y se acercó al mostrador.

Al ver la elasticidad de sus movimientos, experimentó otro escalofrío. «Contrólate», se reprendió. El hombre era un contable, no una pantera. Estaba siendo ridícula. Tiró del borde de su chaqueta, alzó la barbilla y lo miró a los ojos cuando él se detuvo delante de ella del otro lado del mostrador.

—Y ahora, señor Taylor —dijo con voz poco firme—, ¿qué es lo que puedo hacer por usted?

—Es Taylor, ¿recuerdas?

—Sí. Perfecto —suspiró con un poco de exasperación—. ¿Qué es lo que quieres… Taylor?

«Vaya pregunta», pensó él al sentir otra oleada de calor por su cuerpo. Demonios, era una locura. ¿Por qué demonios una mujer que parecía vestirse con la ropa de su abuela era capaz de despertar de ese modo su libido?

Decir que Janice Jennings no era su tipo se quedaba corto. Salía con mujeres que sabían que eran hermosas y disfrutaban cada instante de dicho conocimiento.

Cierto es que tenía unos ojos maravillosos, y un rostro precioso y exquisito.

—¿Taylor? —Janice fruncía el ceño—. ¿Te has quedado dormido con los ojos abiertos?

—¿Qué? Oh, lo siento. Pensaba en algo —carraspeó y se pasó la mano por la corbata—. He repasado tu ficha, Janice, y me gustaría que nos sentáramos a discutirla.

—¿Por qué? —aún seguía con el ceño fruncido. Miró alrededor para cerciorarse de que no había nadie—. ¿Qué hay que discutir? Doy por hecho que toda la información sobre La Bella Durmiente estaba en esa ficha, clara como una campana… mis beneficios y pérdidas, el número de empleados que tengo, cuánto pago a hacienda, y así sucesivamente.

—Impuestos. Pagas más de lo necesario.

—¿Insinúas que tu padre calculó mal los ingresos a realizar? —abrió un poco los ojos.

—No, no, desde luego que no —alzó ambas manos—. Mi padre es… era un contable de primera —se mesó el pelo.

«Tiene un pelo muy bonito», pensó Janice. Por el amor del cielo, ¿por qué desperdiciaba sus energías mentales pensando en su pelo?

—¿Mis impuestos?

—Sí. Mi padre realizó un excelente trabajo. Pero la cuestión es que yo soy un poco más agresivo que él, por decirlo de alguna manera.

La súbita imagen del dulce y querido Clem abalanzándose sobre la población femenina con una sonrisa devastadora y más sexy que nadie, como lo haría su hijo, le pareció a Janice de una gracia histérica. Rió.

—¿Un poco más agresivo? —repitió—. Eso es ser modesto.

«Dios», pensó Taylor, «qué sonido musical». Y los ojos de Janice brillaban como diamantes azules. La sonrisa iluminaba esa cara hermosa y los labios… esos labios suplicaban ser besados.

El calor, el maldito calor en la parte baja de su cuerpo palpitaba y se contraía hasta acercarse al dolor. Basta de tonterías.

—¿Has terminado? —preguntó él, mirándola con ojos

centelleantes.

—Creo que sí —respiró hondo—. Ha sido divertido —calló un instante—. Ya está. Sí, estoy bien.

—Me he perdido la broma —indicó él con sequedad—. ¿Querrías explicármela?

—No —logró contener otra carcajada—. Olvídalo. Tienes toda mi atención.

—Sí, bueno, como te decía, me gustaría sentarme a hablar contigo sobre La Bella Durmiente, incluyendo lo que podría ser viable para el futuro.

—¿El futuro? —comentó pensativa, ladeando la cabeza—. He hecho todo lo que he podido con este local. Alquilé el de al lado y dupliqué los metros cuadrados. Al firmar un contrato de cinco años, conseguí que el propietario del complejo tirara el tabique para satisfacer las especificaciones de mi diseño.

—Y el contrato hace que se ciña al mismo alquiler durante los cinco años —Taylor asintió—, lo cual fue muy inteligente de tu parte.

—Gracias —sonrió—. Me sentí bastante complacida con las negociaciones.

«Janice, por favor, no sonrías», suplicó Taylor en silencio. «Ahora no». No cuando el calor contraído en el centro de su cuerpo hacía que se subiera por las paredes.

—Entonces —continuó ella, encogiéndose de hombros—, el futuro de la *boutique* está establecido. He añadido los accesorios de baño y se venden muy bien. La mujer actual se muestra más segura que nunca. Conoce su propia valía y se mima cuando siente la necesidad. No depende de otros para justificar su existencia. La Bella Durmiente recoge la recompensa de la mentalidad de la mujer moderna.

—Eso parece sacado de un discurso.

—Y así es —reconoció, riendo—. El mes pasado hablé en una reunión de Mujeres de Negocios. Fue parte de mi charla. Por lo

tanto, no tenemos nada que tratar sobre el futuro de la *boutique*.

—Te equivocas —indicó él—. Tus beneficios son tales que pagas unos impuestos exorbitantes. Hay formas de solucionar ese problema —hizo una pausa—. Me gustaría sugerir que tuviéramos una cena de negocios para hablarlo en una atmósfera relajada mientras disfrutamos de una buena comida.

—Oh, no creo…

—Mi padre y yo hemos descubierto que un entorno agradable ayuda a aportar ideas frescas y a abrir las mentes más que un despacho. Es verdad. Confía en mí.

¿Confiar en Taylor Sinclair? No era posible confiar en el señor Sonrisa Explosiva.

Un momento. Ya volvía a desviarse. Taylor no la consideraba como a una mujer. Solo la veía como a una clienta. Las horas que pasaran juntos solo serían de trabajo.

Sí, podía confiar en él, ya que depositaba una confianza absoluta en Clem, y sabía que él se había ocupado de que quedara en manos financieras expertas.

—¿Mañana por la noche? —preguntó Taylor—. ¿A las siete? Tengo tu dirección en la ficha, así que pasaré a recogerte.

—No es necesario. ¿Por qué no quedamos en el restaurante? —inquirió Janice.

—Mi padre me despellejaría vivo —sonrió él—. Una de sus prácticas sagradas era pasar a recoger a los clientes para las comidas y cenas de trabajo. Seguro que espera que haga lo mismo, en especial con alguien que he heredado de él.

—Bueno, creo que sería mucho más sencillo si me reuniera contigo…

De pronto se abrió la puerta de la tienda y entraron dos mujeres.

—Hola, hola, Janice —saludó una de ellas—. ¿Han llegado ya las velas perfumadas?

—Por supuesto —indicó ella con una sonrisa—. Y son maravillosas.

—Estupendo. Betty y yo hemos venido a realizar una compra extravagante.

—Me marcho —dijo Taylor—. Mañana por la noche, Janice. Te recogeré a las siete.

—Pero…

—Ha sido un placer conocerla, señorita Jennings —se despidió; dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Señoras —sonrió a las dos mujeres al pasar a su lado.

—Pero… —repitió Janice, luego suspiró.

Al día siguiente por la noche, el primer caballero soltero cruzaría el umbral de su seguro refugio. Bueno, en realidad no. Taylor no era un hombre, sino un contable. Si la reunión iba a beneficiar a La Bella Durmiente, que así fuera. La *boutique* era su razón de ser, el punto central de toda su existencia.

Muy bien, iría a cenar con Taylor Sinclair y fingiría que se trataba de Clem con una fachada distinta.

No había problema.

Frunció el ceño.

Entonces, ¿por qué de pronto sintió que en su estómago aleteaban mil mariposas al pensar en la cita de las siete de la tarde del día siguiente?

# Capítulo Tres

Taylor estaba sentado en el sillón de cuero de respaldo alto en su despacho, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos en el borde del escritorio.

Se había quitado la chaqueta y la corbata y se había desabrochado los dos primeros botones de la camisa. Tenía las manos entrelazadas detrás de la cabeza mientras acunaba el auricular del teléfono entre el oído y el hombro.

—Y eso es todo, Brandon —comentó—. De verdad, creo que La Bella Durmiente sería una elección excelente para las tiendas que pretendes abrir en el vestíbulo de Hamilton House.

—Suena prometedor —indicó Brandon—. Hablaré con Andrea. ¿Crees que Janice Jennings estaría interesada en un local pequeño aquí en Prescott?

—No lo sé. Hoy no pude hablarlo con ella. Además, no habría sacado el tema hasta haberlo tratado contigo. Mañana por la noche tendré una cena de trabajo con ella, así que lo sacaré entonces, siempre que tú me des el visto bueno.

—De acuerdo. Te llamaré mañana. Queremos lo mejor para esas tiendas. Cien por cien clase.

—La mercancía que vende Janice en su *boutique* te lo garantiza —aseguró Taylor—. Y es muy cara, pero las mujeres que vi hoy en el local no parpadearon ni una sola vez por los precios. ¿Cómo vas con el arquitecto que va a trazar los planos para las tiendas?

—Esta noche nos traerá algunas ideas para que Andrea y yo les echemos un vistazo. Le proporcionamos las cifras que repasamos contigo, y nos comunicó que estaba seguro de que conseguiríamos el efecto deseado. Queremos ir muy deprisa con esto, Taylor, porque deseamos que las tiendas estén abiertas antes de perdernos a los turistas del verano.

—Bien pensado.

—Hamilton House estará al completo toda la temporada, y esa

gente viene con dinero para gastar. Hasta ahora, tenemos una floristería local que está muy interesada en abrir uno de los locales. Andrea también está hablando con un representante de una cadena muy poderosa de caramelos.

—Me impresionas. Lleváis una actividad endemoniada.

—No lo dudes. Escucha, cuando hables con Janice, recuerda comentarle que, aunque tenga un contrato de publicidad con una agencia de Phoenix, las tiendas de Hamilton House se convierten en clientes de la agencia de publicidad de Andrea.

—Entendido. He de reconocer que Andrea y tú formáis un buen equipo.

—En muchos sentidos. Te lo aseguro, Taylor, Andrea es lo mejor que me ha pasado jamás. Dios, amo a esa mujer. No sabía lo vacía que estaba mi existencia hasta que ella apareció. Harías bien en revisar tu estilo de vida, amigo.

—Pareces mi padre —Taylor rió—. Quiere sentar a un nieto en sus rodillas. Le dije que se pusiera a jugar al golf. Brandon, me encanta que tu matrimonio sea feliz, pero yo paso. No quiero saber nada de eso.

—Es lo mismo que pensaba yo, hasta que me enamoré de Andrea. Hazme caso, ¿quieres? Imagina tu estilo de vida actual en el futuro. No hay nada de gratificante en envejecer solo. Demonios, Taylor, incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas. Al menos, eso era lo que me pasaba a mí. ¿Pensarás en lo que digo?

—Sí, sí, claro. Lo marcaré en mi calendario como «Entrar en contacto con mi yo interior», o algo parecido. El matrimonio no es lo ideal para todo el mundo. Sé quién soy, Brandon, y una chimenea, bebés y una esposa no son para mí. Nunca lo han sido y nunca lo serán.

—Ya lo veremos.

—Ya basta. Llámame mañana después de haber hablado con Andrea sobre La Bella Durmiente y Janice Jennings.

—Sí. Saluda a tu padre de mi parte. Nos vemos, Taylor.

—Adiós.

Bajó los pies al suelo y adelantó el torso para colgar. Se acercó a los ventanales que componían una de las paredes del despacho; contempló el horizonte de Phoenix con las manos en los bolsillos.

Bueno, ya había puesto en marcha la bola.

Si Brandon y Andrea le decían que le presentara la idea de Hamilton House a Andrea, ¿ésta se mostraría receptiva? No tenía ni idea.

De una cosa estaba seguro. La cena de trabajo del día siguiente con ella no iba a ser aburrida. Dependiendo de la decisión de su amigo, Janice y él tendrían muchas cosas de qué hablar.

Sacudió la cabeza. Brandon era peor que alguien que había dejado de fumar y se sentía impulsado a salvar a los fumadores del mundo de su desagradable hábito. Hamilton estaba felizmente casado y, por ende, sus amigos solteros deberían salir a buscarse unas esposas.

—Lo siento, amigo —manifestó en voz alta—. No me interesa.

«Incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas».

Frunció el ceño al recordar las palabras de Brandon. No se sentía solo. Sí, acababa de trasladarse de San Francisco y era nuevo en la ciudad, pero ya conocía a mucha gente debido al trabajo.

Había conocido a un par de vecinos del edificio donde vivía, e iba a jugar al tenis con uno de los clientes heredados de su padre.

¿Y las mujeres? No tardarían en aparecer. Siempre lo hacían. Una ciudad del tamaño de Phoenix no carecería de chicas hermosas sin deseo de comprometerse con las que poder enriquecer su vida social.

La súbita imagen de Janice apareció en su mente y frunció el ceño.

Pensar en las mujeres con las que, sin duda, comenzaría a salir en el futuro cercano no tendría que haber invocado a Janice. Cierto que era hermosa, y que sus labios hacían que deseara tomarla en

brazos y reclamar esa boca. Y sí, de acuerdo, por algún motivo inexplicable e irritante, le había provocado oleadas de calor.

Pero no era su tipo, ni siquiera se acercaba. Su modo de vestir anunciaba que no era una mujer sofisticada.

Era… era anticuada, por el amor del cielo. Era…

«Olvídalo, Taylor», se dijo. Ya había desperdiciado suficiente energía mental tratando de dilucidar por qué no potenciaba sus atributos femeninos naturales.

¿Y si no era consciente de su belleza?

¿Y si lo era y no le importaba?

¿Y si los minimizaba adrede, ocultándolos por Dios sabe qué motivos?

La misteriosa señorita Jennings despertó su curiosidad. No solo su guardarropa era un acertijo interesante, sino también su exigencia de que se mantuviera en un oscuro secreto que era la dueña de La Bella Durmiente.

Si descubría las respuestas sobre Janice, muy bien. Si no, no pasaba nada. Solo era otra clienta, nada más. No disponía de mucho tiempo para dedicarle.

«Incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas».

Las palabras de Brandon volvieron a martillear en su cerebro.

—Maldito seas, Hamilton —musitó—. Deja de nublarme la cabeza. Te equivocas.

Una nube pasajera cubrió el sol, proyectando una sombra sobre el despacho. Un frío extraño recorrió su cuerpo, haciendo que girara en redondo para inspeccionar la gran sala.

Había sentido… algo. Era como si… Dios, qué extraño… como si una mano invisible le hubiera tocado el hombro para llamar su atención.

Era una locura. No había nada allí, solo un despacho bien

amueblado. Había colgado sus diplomas enmarcados en la pared para reemplazar los que había quitado su padre. Aparte de eso, todo estaba tal como cuando Clem llevaba el lucrativo negocio. Salvo… ¿Qué?

Se pasó las manos por la cara. Era una locura. No había nada inusual en esa habitación. Encajaba tanto con sus gustos que había decidido dejarla tal cual. Estaba como siempre. Salvo…

Como impulsado por una fuerza incontrolable, la mirada de Taylor se vio atraída hacia el gran escritorio, donde varias fichas aguardaban su atención. Volvió a experimentar el escalofrío. Se dirigió al sillón y se dejó caer en él, con los ojos clavados en el rincón izquierdo de la mesa.

«La foto», atronó su mente. La fotografía enmarcada de sus padres y él sacada la noche de la graduación del Instituto en Prescott ya no estaba. El retrato familiar que Clem había disfrutado mirando cada día mientras trabajaba había desaparecido. Su padre se la había llevado a casa.

Pero Taylor no tenía con qué sustituirla.

No tenía una familia. Una esposa. Un hijo.

«Maldita sea», pensó, incorporándose. ¿Qué le sucedía? No quería el estilo de vida que había llevado su padre.

Clem había amado a su esposa, Margaret… parecía que la quería más con cada día que pasaba. Y había querido a su hijo con igual devoción.

Y al final, ¿qué le había aportado a Clem Sinclair ese amor y entrega? Una existencia vacía y solitaria y un corazón roto por lo que había tenido… y perdido. Margaret había muerto. Taylor era un hombre que dependía de sí mismo. El amor era estupendo mientras duraba, pero nadie garantizaba eso. Era demasiado arriesgado para jugártelo todo.

No, no pensaba quedar emocionalmente indefenso contra la soledad y la tristeza. Si nunca se enamoraba, entonces, su alma no se vería destrozada al terminar dicho amor.

La charla que le había dado a su padre aquella mañana sobre el

deseo de una relación que reflejara el matrimonio de sus padres había sido una pantalla de humo, algo que decir con la esperanza de que su padre no insistiera en el tema.

Asimismo, era un modo tranquilo de hacerle saber a su padre que su hijo respetaba y admiraba lo que ellos habían compartido.

Pero no había forma de eludir el hecho de que el amor de los Sinclair, la feliz vida que habían llevado juntos, había terminado mucho antes de lo que ellos habían esperado.

Sus temores secretos sobre el amor eran demasiado descarnados y personales para compartirlos incluso con su padre.

Recogió el caro juego de escritorio que le habían regalado como despedida los jefes de la empresa de San Francisco y lo dejó sobre la mesa en el sitio donde había estado la foto. Lo hizo con tal fuerza que la base de madera que albergaba las plumas se agrietó, dejando una línea blanca que melló su perfección.

—Demonios —soltó.

Había estado trabajando demasiado. Eso era. Había hecho jornadas de doce y dieciocho horas desde que llegó a Phoenix, visitando a clientes y estudiando cada detalle de sus fichas.

La extenuación era lo que le provocaba esos pensamientos descabellados. Jamás cambiaría de parecer sobre los riesgos de amar, nunca renunciaría a su juramento de mantenerse alejado de los lazos emocionales. Por el amor del cielo, que un rincón vacío de la mesa lo hubiera sacudido era ridículo.

«Incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas».

—Ya está bien.

Atravesó la estancia, abrió la puerta de un pequeño armario y sacó su chaqueta. Salió del despacho y pasó ante la secretaria de cuarenta y tantos años que había trabajado para su padre y que lo miró sorprendida.

—Me largo —espetó con tono hosco—. Volveré por la mañana, Emily.

—Sí, señor —pero Taylor ya había desaparecido de vista—. ¿Qué le habrá pasado?

Esa noche, por primera vez en años, Janice tuvo el sueño.

Hubo una época en que la acosó casi a diario, pero luego fue espaciándose, hasta que al fin la dejó dormir en paz.

Pero esa noche había vuelto.

Era una niña de pie ante la ventana de un apartamento pequeño y destartalado, con las manos apoyadas en el cristal.

«Por favor, mamá», decía. «Mis amigas están jugando en la calle. ¿Puedo ir? Por favor, mamá».

«No, decididamente no. ¿Y si te cayeras y te lastimaras la rodilla, el mentón o el codo? ¿Qué le iba a parecer eso al jurado del concurso de belleza? Ven aquí y ponte a practicar otra vez tu canción».

«Ya me la sé. Quiero bajar a jugar. Nunca puedo jugar con mis amigas».

«Son chicas corrientes, Janice Jennings, y tú no lo eres. Tú eres hermosa, y eso es mucho más importante que unos tontos juegos en la acera. Tu belleza es lo único que importa. ¿Me entiendes? Tu aspecto es tu billete a una vida fabulosa, y pretendo cerciorarme de que recibas lo que mereces. Apártate de esa ventana. El sol es demasiado brillante, y no quiero que las pecas te estropeen la cara».

«Pero, mamá…», las lágrimas bajaron por sus mejillas y un sollozo ahogó su súplica.

«Deja de gimotear como un bebé. Tienes seis años y llevas tres años participando en estos concursos de belleza. No te comportes como si no conocieras las reglas. La belleza, Janice, eso es lo que cuenta en este mundo».

«No quiero ser hermosa. Lo odio. Lo odio. Lo…»

Janice se sentó en la cama y pudo oír el latido frenético de su

corazón reverberando en los oídos.

—Lo odio —susurró.

Alzó las rodillas y cruzó los brazos en torno a ellas, apoyando la frente empapada de sudor encima. El pelo revuelto cayó como un telón pesado alrededor de su cara.

—Oh, Dios —respiro de forma entrecortada.

Alzó la cabeza y se echó el pelo atrás, secándose las lágrimas que habían caído en sus mejillas.

¿Por qué ese sueño había regresado para evocar los dolorosos recuerdos? Llevaba una existencia apacible, serena, tal como quería que fuera. No había hecho nada diferente, no había modificado sus cotidianos y agradables hábitos.

Salvo por…

—Santo cielo.

Se dejó caer sobre la almohada y contempló la oscuridad.

Salvo por aceptar la invitación para cenar de Taylor Sinclair.

Todo era por su culpa. Taylor era el motivo por el que ese horrendo sueño había regresado después de tanto tiempo.

No, eso no era justo. Él solo cumplía con su trabajo. Debía conocer a los clientes que había heredado de Clem.

Era evidente que Taylor se tomaba muy en serio su carrera, igual que ella la suya. Iba a llevar a cenar a la dueña de La Bella Durmiente, y la velada se centraría en conversaciones de negocios. Era la salida de un contable con su clienta. No la cita de un hombre y una mujer.

Pero debía reconocer que Taylor surtía un efecto perturbador en ella como mujer. Su descarada masculinidad había agitado su dormida feminidad, provocándole temblores.

La Bella Durmiente. El nombre de la *boutique* era perfecto. Nadie sabía que la representaba a ella al tiempo que a los exquisitos

artículos que vendía. Hablaba de su feroz determinación a minimizar su belleza, de negarse a permitir que algo o alguien la despertaran de sus rincones ocultos para no volver a salir nunca más al público.

Suspiró aliviada.

Ya conocía la causa de la reaparición del sueño. El resto dependía de ella. Estaría en alerta máxima ante el magnetismo masculino de Taylor. Era peligroso, una amenaza para su paz mental y la vida que con tanto esmero había construido.

Eso podía manejarlo. Sencillamente, se cercioraría de que las murallas protectoras que había levantado a su alrededor fueran más altas y fuertes mientras se hallara cerca de él.

Ya no era la niña que lloraba porque deseaba bajar a jugar. Ya no estaba a merced de una madre que solo había percibido la belleza exterior de su hija, sin llegar jamás a su corazón y alma solitarios.

Su madre estaba muerta, y también el hombre que se había casado con ella para poder exhibirla como un trofeo de belleza. Un hombre que la había traicionado tan dolorosamente.

Ya no estaba expuesta para que la juzgaran unos extraños, que decidirían si era lo bastante hermosa o no para ser aceptada.

Era Janice Jennings, al mando de su propia vida.

Era la Bella Durmiente.

—Sí —susurró—. Sí.

Cerró los ojos y permitió que el bendito sueño la reclamara, sin temer el sueño que acechaba en las sombras y que se había convertido en una pesadilla repetitiva.

Aquella tarde, durante un momento de tranquilidad en La Bella Durmiente, Janice telefoneó a una de las mujeres que trabajaba para ella y le preguntó si estaría disponible para ocuparse de la tienda alrededor de las dos.

—Claro, Janice —aceptó Betsy—. Me encantará ir. Empiezo a engancharme a esos programas de televisión que son un insulto para mi materia gris. Hasta mi gato se va del salón cuando me pongo a ver esas entrevistas.

—Entonces, yo soy tu heroína —rió Janice—. Te salvo de ti misma.

—Pues es la verdad —Betsy hizo una pausa—. No estarás enferma, ¿verdad? No recuerdo que jamás me pidieras que fuera a trabajar cuando no estaba programado.

—No, no, estoy bien. Tengo una reunión de negocios con el contable, eso es todo. He decidido tomarme la tarde libre.

—Estupendo. Supongo que tendrás que hablar con la dueña de La Bella Durmiente sobre todos los detalles que te dé el contable.

—Sí —repuso despacio—. La dueña estará plenamente informada de todo lo que suceda.

—Lo que debería ganarte otra tarde libre, Janice. Díselo.

—Puede que lo haga. Gracias por aceptar con tan poco tiempo de antelación. Nos vemos dentro de un rato.

—De acuerdo. Adiós.

—Adiós, Betsy —colgó y sonrió—. Lo has oído, señora propietaria de La Bella Durmiente. Me merezco otra tarde libre aparte de ésta.

La sonrisa desapareció de su cara y suspiró.

Incluso después de todos esos años, no se sentía del todo cómoda con tener que fingir que solo era la directora de la *boutique*. Pero la duplicidad era necesaria.

—Que así sea.

Borró el tema de su cabeza en el momento en que la puerta del local se abría y Henry, el cartero, entraba y se dirigía al mostrador.

—Es una niña —sonrió con expresión resplandeciente al entregarle el correo—. Tres kilos doscientos gramos. Mi hija está bien. Mi yerno se encuentra exhausto. Mi esposa no ha dejado de llorar de alegría, y yo soy un abuelo orgulloso.

—Felicidades —Janice sonrió—. Una niña. Eso es maravilloso, y es muy afortunada. Será muy querida.

—Y malcriada —indicó Henry—. Yo me ocuparé de eso. Forma parte de mis tareas de abuelo.

—Sí que lo es. Recuerda abrazarla mucho, Henry, y quiérela tal como sea, sin importarlo demás.

—Ni hace falta decirlo.

—No te creas —volvió a sonreír—. En cualquier caso, mis mejores deseos para toda tu familia.

—Gracias, Janice. Debo irme.

Lo vio salir de la tienda y frunció el ceño al recordar el sueño de la noche anterior.

—Quiérela tal como sea, sin importar lo demás —repitió, mirando al vacío—. Y dale muchos, muchos abrazos. Y, Henry, déjala salir a jugar cuando lo desee.

# Capítulo Cuatro

Cuando Janice subió por su camino particular y apretó el botón del control remoto para abrir la puerta del garaje, su amiga y vecina, Shirley Henderson, se detuvo junto a su entrada de coches.

—Hola, Janice —saludó—. ¿Haces novillos hoy?

—Más o menos —asomó la cabeza por la ventanilla—. ¿Quieres venir a nadar un rato?

—Hecho. Nos vemos en unos minutos.

La saludó con la mano y entró en el garaje, cerrando la puerta a su espalda. Se dirigió a la casa por el cuarto de lavar que había junto a la cocina y fue al dormitorio, quitándose los alfileres que recogían su cabello.

Mientras se sacudía el pelo al entrar en la habitación, pensó que Shirley era un encanto. Resultaba un raro hallazgo como amiga, porque nunca se inmiscuía en sus cosas, jamás insistía en conseguir respuestas a las preguntas que Janice sabía que debía tener.

A menudo la veía con su ropa de trabajo y, luego, presenciaba la transformación de «Janice en casa». Pero jamás le había preguntado por qué existían dos Janice Jennings.

—Ciertamente, es una amiga especial —dijo en voz alta mientras se quitaba la ropa.

Al rato salió al patio por la puerta de atrás de la cocina, con una bandeja en la que había una jarra con hielo y otra con té. Dejó el refresco en la mesa justo cuando Shirley abría la cancela que separaba sus propiedades vestida con un bañador de una pieza y una toalla al hombro.

Era una mujer de cuarenta y tres años, divorciada y algo rellenita. Debido al acuerdo económico alcanzado con su exmarido, disfrutaba de su tiempo libre trabajando como voluntaria en diversas organizaciones caritativas.

A Janice le gustaba su personalidad abierta y alegre. Al principio

de conocerse, le había dicho que se negaba a ser una mujer amargada por la traición de su marido, ejemplo que en silencio Janice había jurado seguir.

—Que a partir de ahora, ese necio aprenda a recoger sus propios calcetines —había comentado—. Espera que la jovencita con la que está se entere de que ronca lo suficiente como para sacudir las ventanas. Con eso le bastará.

Janice había reído, y le dijo que su actitud era tan refrescante como una brisa de primavera.

—Hola, Shirley —saludó en ese momento.

—Hola, pequeña —se sentó en una de las sillas ante la mesa—. ¿Y cómo hace novillos una persona adulta?

Janice se sentó en la otra silla, sirvió té en unos vasos y explicó que tenía una cena de trabajo con su contable.

—Esos son mis novillos de la tienda —indicó—. Debo volver al deber a las siete.

—Es lógico —manifestó Shirley—. El contable. Lo he conocido, ¿no? Estaba aquí cuando vino una noche para darte unos papeles. Tú acababas de llegar del trabajo y te seguí para traerte unos bollos que había hecho. Un hombre agradable, de aspecto muy paternal. ¿Cómo se llamaba? Clem. Sí, eso es. Clem Sinclair.

—Bueno, en realidad —comenzó a hacerse una trenza—, Clem se jubiló hace poco. Su hijo, Taylor, se ha ocupado de su negocio. Esta noche voy a reunirme con él.

—Hmm —Shirley frunció la nariz—. Recuerdo cuando mi abogado le pasó el testigo a su hijo. El chico era un pomposo sabelotodo. Me cambié de abogado tan deprisa que no le dio tiempo a terminar de decirme lo maravilloso que era. ¿Has conocido ya a ese Taylor?

—Fue ayer a la *boutique* —asintió y se pasó una gomita por el extremo de la trenza.

—¿Y? —Shirley enarcó las cejas y bebió un sorbo de té.

Janice demoró la respuesta bebiendo también un poco de té. «¿Y?», repitió mentalmente. «Bueno, Shirley, Taylor Sinclair es sin ninguna duda el hombre más atractivo y peligroso que hay sobre la faz de la Tierra».

—Me pareció bastante agradable —repuso encogiéndose de hombros—. Cree que estoy pagando demasiados impuestos y quiere que hablemos de un modo de corregirlo.

—Qué aburrido —bufó su amiga—. Bueno, pide el plato más caro del menú. Si tienes que hablar sobre algo tan aburrido como la declaración de la renta, al menos, aprovecha una buena cena.

—Suena razonable —rió—. ¿Lista para nadar?

—Claro. Nadaré al estilo perrito —Janice se puso de pie—. Ese escueto biquini es del color de tus ojos.

—Lo sé —bajó la vista al bañador—. No pude resistirme. ¿He sido muy vanidosa?

—Típico de ti. La señorita exhibicionista —Shirley se incorporó —. Yo también lo haría, pero tengo demasiados kilos que no resisten exhibirse. Aunque la cuestión es que no me importa.

—Estupendo —asintió con vigor—. Además, los únicos testigos de nuestro descaro somos nosotras mismas y mis preciosos colibríes.

Poco después de las seis y media, Janice se miraba ante el espejo de la pared de su dormitorio para comprobar su aspecto.

Se había lavado el pelo, recogiéndoselo otra vez en el severo rodete en la nuca. Volvía a tener puestas las gafas.

El traje gris claro que llevaba era un duplicado del que Taylor le había visto, acompañado por una blusa blanca de cuello alto. Los zapatos robustos eran de una tonalidad algo más oscura. Se alisó las solapas y asintió con gesto de aprobación.

Sí, ésa era la apariencia exterior que deseaba presentarle al mundo. Excelente.

Se volvió y cruzó la habitación para sentarse en el borde de la cama y cambiar sus pertenencias al bolso de color gris.

«Pero, ¿y la mujer interior?», pensó con una leve sonrisa. Bueno, ésa era otra historia. Bajo el amplio traje gris llevaba una lencería de satén de color melocotón.

La enagua con el sujetador incorporado apenas era unas tiras de encaje que a duras penas le cubrían los pechos plenos.

Las braguitas de pantalón le acariciaban la piel con suavidad satinada, haciéndole ser plenamente consciente de su cuerpo y su feminidad.

Lo cual estaba bien.

Le encantaba su feminidad de acuerdo con sus propios términos. Le gustaba ser una mujer. Le gustaba ser Janice Jennings, con todo lo que había logrado desde que escapó de la manipulación de su madre y su marido.

Salió del dormitorio y marchó por el pasillo, dándose cuenta de que su estado de ánimo disminuía con cada paso que daba. Al entrar en el salón, tenía el ceño fruncido.

Al hundirse en el sofá, pensó que no quería salir a cenar con Taylor Sinclair. La velada que la aguardaba no ofrecía ningún atractivo.

Esas malditas mariposas habían vuelto para revolotear en su estómago como un ejército dispuesto a ponerle los nervios de punta. Estar con Taylor iba a agotarla. Tendría que estar alerta cada segundo ante el efecto sorprendente y no apetecido que ese hombre tenía sobre ella.

De algún modo tendría que pintar la palabra «contable» en su frente para verlo solo de esa manera.

Se puso de pie y comenzó a caminar por el salón. Podía manejarlo. Estaría bien. Lo que la inquietaba era el hecho de que le faltaba práctica; no se había permitido reaccionar con un hombre desde su primer año en la universidad.

Qué desastre había sido. Había cometido tantos errores, nacidos

de la ingenuidad de estar sola por primera vez en su vida, y de los fallecimientos de su madre y su marido.

Había llegado al campus de la Universidad de Arizona con un entusiasmo que apenas podía contener, con todo su futuro extendido ante ella como un banquete de interminables y maravillosas ofrendas de las que poder elegir.

Pero había cometido un grave error de juicio.

Había entrado en su nuevo mundo con el pelo suelto a la espalda, un ligero maquillaje en el rostro y unos coquetos y cómodos vaqueros.

Y ahí estaban, los hombres jóvenes a la espera de abatirse sobre ella, deseando tener del brazo el hermoso adorno llamado Janice como testimonio de su masculinidad superior.

Una vez más, nadie se había molestado en mirar más allá de la superficie, en llegar a conocer a la persona que había dentro.

Y por ello, antes de que terminara el primer semestre, Janice Jennings había desaparecido.

Y en su lugar, se había materializado la nueva Janice.

Con sudaderas grandes, gafas gruesas, el pelo recogido en un moño compacto, expresión velada en su cara otrora sonriente, la nueva Janice fue soslayada por la población masculina, que se rascó la cabeza con expresión confusa, preguntándose cuándo volvería la vieja Janice.

Pero ésta jamás había reaparecido.

Se había sumergido en sus estudios, con un objetivo claramente definido. La *boutique* que llamaría La Bella Durmiente se convirtió en su esperanza, su sueño, al obtener su licenciatura en dirección de empresas.

Paso a paso, todo cobró forma, tal como había planeado. Y lo consiguió por sus propios medios.

No había tenido amigos, amantes, citas ni fiestas a las que asistir. Era literalmente invisible para la multitud de estudiantes

que la rodeaba.

Había aceptado, y luego atesorado, la existencia solitaria que llevó. Era suya. Bajo su control y dirección. Las lecciones aprendidas de su madre, de su marido y de los estudiantes universitarios la habían mantenido en forma.

Y así había sido hasta ese momento.

—Ya basta —dijo en voz alta, sentándose otra vez en el sofá.

¿Por qué diablos desperdiciaba su energía mental en el camino de los recuerdos, cuando su total concentración era necesaria para la velada que iba a tener?

—De acuerdo, Taylor Sinclair —alzó la barbilla—. Adelante. Inténtalo. Estoy lista y preparada, contable.

Con gesto decisivo, se tocó el moño en la nuca, cruzó las manos sobre el regazo y esperó que llegara Taylor.

Taylor conducía despacio por la tranquila calle, asintiendo con gesto de aprobación ante las casas bien mantenidas.

Un vecindario con clase y dinero. Bueno, sabía que Janice podía permitirse el lujo de vivir en esa zona.

Al ver el número que buscaba en el buzón, introdujo el coche en la entrada y apagó el motor. Cruzó los brazos sobre el volante y estudió la casa.

Muy bonita. Si tuviera deseos de comprarse una casa, que no era el caso, la elección de residencia de Janice satisfaría sus gustos.

Sin embargo, aún tenía que ver cómo la había decorado. Si el interior reflejaba su forma de vestir, las habitaciones estarían abarrotadas de muebles oscuros, con esos paños bordados en los apoyabrazos y respaldos.

Las paredes estarían llenas de cuadros, y, a los diez minutos de haber entrado, sufriría claustrofobia.

Quitó la llave del encendido y abrió la puerta.

Cruzó el jardín delantero. Esa cena con Janice llevaba en su cabeza casi todo el día, aunque no se había atrevido a esperarla con impaciencia. Había irrumpido en sus pensamientos a intervalos regulares.

Albergaba la sospecha de que subconscientemente se había centrado en la velada antes que en las emociones perturbadoras y necias que le habían provocado las palabras de Brandon Hamilton.

Lo que había experimentado en su despacho la tarde anterior no era algo que deseara repetir. Pero no existían muchas probabilidades para ello. Había dormido bien, y ya no estaba agotado.

Mientras pensaba otra vez en Janice, llegó a la puerta y apretó el timbre.

Janice se puso de pie de un salto al oír el timbre. No había escuchado la llegada del coche, pero era evidente que se trataba de Taylor.

Santo cielo, Taylor había llegado.

—Para ya —se dijo—: Estás tranquila, compuesta y sosegada. No hay un hombre ante la puerta, sino un contable. ¿Lo has entendido? Bien —cruzó el salón y abrió la puerta.

Con hombros muy anchos, piernas largas y poderosas y facciones bronceadas por el sol, Taylor Sinclair era decididamente un hombre… y magnífico.

«No, no, no», pensó frenética. «Taylor es un…»

—Hola, Janice —saludó él, sonriendo—. Tienes un precioso…

—Contable —cortó ella, y gimió para sus adentros al sentir que se ruborizaba.

—… hogar —concluyó Taylor, confuso.

—Lo siento —Janice alzó ambas manos—. ¿Podemos empezar de nuevo? Hola, Taylor, ¿quieres pasar? —se apartó y logró esbozar una tenue sonrisa.

Taylor entró, dio dos pasos y se detuvo en seco. Luego volvió a avanzar despacio y escrutó todo lo que tenía ante la vista.

Janice cerró la puerta y observó a Taylor mientras examinaba la casa. Las mariposas aletearon con más fuerza en su estómago, y frunció el ceño irritada consigo misma.

Era la primera persona, aparte de Shirley y Clem, que había sido invitada a atravesar el umbral de su atesorado dominio, pero no le importaba la reacción de Taylor. No quería, ni necesitaba, su aprobación.

Casi no respiraba mientras aguardaba su reacción.

—Esto es sensacional —comentó él, volviéndose para mirarla—. De verdad que me gusta lo que has hecho aquí. Es amplio y espacioso, y aún así hogareño y acogedor.

Las mariposas en el estómago desaparecieron en el olvido por una sensación de calidez que la dominó.

—Gracias, Taylor —dijo, incapaz de contener una sonrisa sincera—. Aún me queda mucho por decorar, pero me siento complacida por lo que he conseguido hasta ahora.

—Y haces bien en estarlo —asintió. Volvió a mirar alrededor—. Si esta casa fuera mía, no cambiaría nada. Me sentiría muy cómodo en esta habitación.

—¿Sí? —¿sí? ¿Podría sentarse, poner los pies en alto y sentirse como en casa? Vaya—. Bueno, aún me queda por decidir qué es lo que quiero en las paredes. Solo tengo un cuadro de unos colibríes. Cuelga encima de mi cama.

Taylor centró toda su atención en los ojos de Janice. «¿Encima de su cama?», repitió mentalmente. Esas palabras dichas por cualquier otra mujer habrían sido una invitación para pasar al dormitorio con la excusa de ver el cuadro.

Pero se trataba de Janice. En sus ojos no había ningún mensaje

coqueto ni sexual, su cara no indicaba otra cosa que la revelación de dónde tenía colgado dicho cuadro. Era como si hubiera salido de otra época, de un tiempo en que reinada la sinceridad y la inocencia. Desconocía los juegos.

Necesitaba a alguien que la protegiera. No podía anunciarle al primer hombre que se presentara que tenía el cuadro de unos pájaros colgado sobre su cama, por el amor del cielo.

Bueno, Janice se hallaba a salvo con él. Nadie se acercaría a tres metros de ella mientras él…

Apartó la vista de sus ojos hipnotizadores y carraspeó.

Había vuelto a sentir esas emociones de protección y posesión. Y, del mismo modo, era dolorosamente consciente del calor que se enroscaba en la parte baja de su cuerpo por mirar demasiado tiempo esos ojos increíbles.

—¿Taylor? —Se subió las gafas con el dedo índice—. ¿Sucede algo? Me miras como si tuviera un bicho en la cara.

—¿Esas gafas no te producen dolor en la nariz? —dijo, y al instante se preguntó de dónde había sacado eso—. Olvídalo. No es asunto mío.

—De hecho —se las quitó y se masajeó el puente de la nariz—, sufro síndrome de nariz cansada —sonrió, se encogió de hombros y alzó la mano para volver a ponérselas.

—Aguarda —se las quitó de la mano—. ¿Para qué las necesitas esta noche? Yo conduciré, así que eso no ha de preocuparte —las levantó contra la luz y miró por ellas—. ¿Son para ver de cerca? Yo te informaré de lo que hay en el menú… —calló y frunció el ceño.

«Oh, no», pensó Janice, sintiendo que palidecía. Deseó… por todos los santos… deseó no habérselas quitado nunca. Taylor estaba a punto de decir…

—No tienen ninguna graduación —la observó—. Son cristales corrientes, Janice.

—Sí, bueno, lo son, ¿verdad? —apartó la vista de su mirada intensa y se quitó un hilo imaginario de la solapa de su chaqueta.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué las llevas si no las necesitas?

La recorrió un destello de ira y alzó la vista para mirarlo.

—Lo que importa es por qué crees que es asunto tuyo, Taylor. ¿Me devuelves las gafas, por favor?

—No —frunció el ceño con gesto reflexivo.

—¿Qué estás haciendo? —plantó las manos en las caderas.

—Pensar en una respuesta a tu pregunta de por qué creo que es asunto mío. Shhh. Me quiero concentrar.

Taylor se concentró en algo más que la cuestión que los ocupaba. Trató de recuperar el control de su cuerpo. Janice era más hermosa de lo que ya había afirmado, era de una belleza exquisita.

—Permite que te ayude —indicó ella con un deje irritado—. Prueba con el viejo dicho: «Los hombres no se insinúan a mujeres que llevan gafas».

—Aja. Eso es —agitó las gafas en el aire—. Te escondes detrás de esto —¿y su forma de vestir? ¿Su aspecto era una manera de mantener a raya a los hombres? Aún no lo sabía con certeza—. ¿Correcto?

—No me escondo —cruzó los brazos—. Eso suena muy infantil. Solo soy una mujer a la que no se puede molestar con las bufonadas inducidas por la testosterona que realizan los hombres cuando encuentran una cara bonita.

—Entonces, ¿reconoces que eres bonita? —enarcó las cejas.

—Oh, por el amor del cielo —casi gritó al extender los brazos—, ¿quién eres ahora? ¿Mi psicoanalista? Esta conversación es ridícula. Dame las gafas y vayamos a cenar. Estoy hambrienta.

—Veamos si lo he comprendido. Sufres síndrome de nariz cansada por llevar gafas que no necesitas. Eso no es bueno, nada bueno. Está muy mal.

—Oh, ¿por qué?

—Porque esta noche debemos hablar de cosas importantes para el futuro de La Bella Durmiente. No podrás entregarte a dicha discusión si una parte de ti se siente agotada. En este caso, tu nariz.

—Estás chiflado, ¿lo sabías?

—Pasaré por alto ese comentario. Creo que te estoy presentando un razonamiento sensato.

—Yo…

—Prosigo. Tu teoría sobre la falta de insinuaciones debido a llevar esas gafas crea la posibilidad de que, si no te las pones esta noche, seguirás sin poder concentrar la totalidad de tu cerebro en nuestra discusión, porque te estarás preguntando si voy a insinuarme. ¿Correcto?

—Yo…

—De modo que hemos de desvanecer esa preocupación —Taylor se dirigió a una mesita, dejó las gafas y regresó ante Janice—. De inmediato.

—Yo…

—Shhh. Soy un contable entregado que siempre tiene en cuenta el bienestar de sus clientes. Necesitas estar al cien por cien de tu capacidad para sopesar lo que intento proponerte para La Bella Durmiente. Por lo tanto…

Janice se quedó atónita cuando Taylor enmarcó su rostro con sus grandes manos, inclinó la cabeza y le rozó los labios con la boca.

Una vez…

Se quedó rígida como una estaca, con los ojos abiertos como platos.

Dos veces…

Tres.

La recorrió un temblor, seguido de un calor abrasador. Bajó las pestañas.

Entonces, Taylor capturó su boca en un beso ardiente que le quitó el aire e hizo que el corazón palpitara a un ritmo trepidante.

«Santo cielo», pensó, sintiendo que los huesos se le disolvían. Ese beso fue… divino.

Las manos de Janice flotaron hasta posarse en los hombros de él mientras saboreaba la misma esencia de ese beso.

Era una mujer.

Y, por todos los ángeles, qué beso tan increíble compartía con ese magnífico hombre.

«¿Hombre?», susurró su mente. «No, no, no, no es un hombre. Es un contable».

Abrió los ojos y lo apartó.

—¿Cómo te atreves? —jadeó—. Eres muy osado, ¿lo sabías?

«No», pensó Taylor, acordándose de respirar. Lo que tenía era un cuerpo encendido.

Los labios de Janice lo habían llamando desde el primer instante en que la vio. No había llegado con la intención de besarla, pero no había podido evitarlo.

Y debido a ese beso, la deseaba más allá de la razón, su cuerpo excitado la anhelaba casi con dolor.

—Bueno, ya está —comentó, consciente de que su voz tenía la cualidad de un papel de lija—. La insinuación ha quedado descartada, de forma que podremos disfrutar de una cena productiva —sonrió—. ¿Nos vamos?

Janice le lanzó la mirada más fiera que pudo invocar, se acercó al sofá para recoger el bolso y luego fue hacia la puerta de entrada.

—No eres hijo de tu padre —indicó—. Clem Sinclair es un

caballero.

Taylor soltó una risita y la siguió fuera de la casa.

Las gafas de montura gruesa quedaron olvidadas en la mesita.

# Capítulo Cinco

Con cada kilómetro que el coche deportivo de Taylor cubría al alejarse de la casa de Janice, la tensión sexual casi palpable que reinaba dentro del vehículo iba en aumento. Vibraba en el aire, entrelazándolos con hilos invisibles y crepitantes.

Taylor aferraba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos.

Janice se movía incómoda en el asiento de piel, y en varias ocasiones intentó subirse unas gafas que no llevaba.

Se miraron a hurtadillas, y el recuerdo del beso compartido se tornó más vívido a medida que el calor del deseo se encendía más y más en su interior.

—Janice…

—Taylor…

Habían hablado al mismo tiempo, para detenerse y esperar que el otro continuara.

Taylor respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Janice, mira —la observó un segundo y volvió a concentrarse en el tráfico—, sé que debería disculparme por besarte, pero no puedo, porque no lo siento. Es lo más sincero que puedo ser. Si pudiera echar el reloj para atrás hasta ese momento, lo haría otra vez… besarte. Si quieres despedirme como tu contable, eso depende de ti.

—Comprendo —musitó ella—. Bueno, no, no pretendo despedirte. En cuanto al beso… estaba furiosa, pero no es realmente justo, porque yo lo compartí contigo, y así como no sé por qué sucedió, he de reconocer que yo tampoco lo siento.

—Bien —él asintió—. Eso está bien —calló unos momentos—. ¿No sabes por qué te besé?

—No, en realidad no.

—¿No tienes idea de lo… lo apetecibles que son tus labios?

—En el pasado, me hicieron ser consciente de ello. ¿Cómo fue, Taylor? Tengo unos labios bonitos, por lo tanto, qué diablos, ¿por qué no besarlos?

—¡No! —gritó él, provocando que Janice se volviera sorprendida por su exabrupto—. Lo siento, no quería gritarte, pero, demonios, lo que has dicho ha sido una grosería. ¿Qué crees que hago, ir por la calle con la vista clavada en los labios de las mujeres y luego besar los que me atraen?

—Supongo que no —rió de repente—. Eso conseguiría que terminaras en la cárcel.

—Sin duda —la miró e intercambiaron unas sonrisas antes de que volviera a clavar la vista en el tráfico. Pasaron varios minutos en lo que poco a poco se convirtió en un silencio cómodo.

—Creo que estamos siendo bastante maduros —comentó Janice al final—. Compartimos un beso, y ya ha pasado. Y, desde luego, no se repetirá. Hemos vuelto a nuestros papeles de contable y clienta, y durante la cena mantendremos una charla de negocios sobre La Bella Durmiente y…

—Para —interrumpió con la mano alzada—. Rebobina.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la parte en la que dijiste que el beso no se repetiría. Ambos lo disfrutamos, entonces, ¿por qué no vamos a repetirlo?

—Oh, Taylor, vamos. Sí, tengo labios bonitos. Estupendo. Miles de mujeres tienen labios bonitos. Y podría añadir que miles de mujeres estarían dispuestas a ir más allá de un beso. No soy tu tipo. Lo sabes tan bien como yo. En aspecto y actitud, no soy la clase de mujer a la que estás acostumbrado.

—¿Oh? ¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé —asintió con énfasis—. Créeme, lo sé.

—Haces que parezca como un seductor que salta de una cama a

otra —indicó, alzando otra vez la voz.

—No, eres un hombre que se mueve en el entorno de los solteros y que sale con mujeres de dicho entorno. Sigues esas reglas. Yo no. Es muy sencillo. No tenemos nada en común, no funcionamos en la misma frecuencia de onda. Por ende, no vamos a compartir más besos. Fin de la historia.

—Eres muy rápida para ponerle etiqueta a las personas, Janice. ¿Sabes que podrías equivocarte?

—Pero no es así. No compliques esto más de lo necesario. Como está, ya empieza a ser ridículo. Nuestro beso se está convirtiendo en el beso más discutido de la historia.

—Hmmm —él frunció el ceño, aunque sabía que Janice tenía razón. Ni siquiera se aproximaba a su tipo—. Meditaré en lo que has dicho.

—Preferiría oír que estás de acuerdo conmigo, Taylor.

—Te mantendré informada —Janice alzó la vista al cielo—. Y bien, señorita Jennings, ¿qué más haces para tener a distancia a los hombres aparte de llevar gafas falsas?

Era consciente de que corría el riesgo de enfadarla tanto que le exigiera que diera media vuelta y la llevara de regreso a casa. Pero quería y necesitaba saber si la forma de vestir de ella era una maniobra calculada. Era una pieza importante del acertijo que debía colocar en su sitio para poder comprenderla mejor y descubrir quién era en realidad.

¿Y por qué importaba averiguar qué pasaba por esa complicada mente de mujer? Demonios, ni lo sabía.

—¿Y bien? —insistió.

—Las gafas me han ayudado a conseguir bastante —repuso.

«No está mal, Janice», se dijo a sí misma. Había respondido la pregunta de Taylor, que en realidad no era asunto que le importara, sin contar una mentira descarada. No tenía intención de revelar que adrede se vestía de modo poco atractivo.

—Solo las gafas —reflexionó Taylor.

—Hmmm.

El silencio de él sugirió que no le creía del todo.

—Hemos llegado al restaurante —giró para aparcar—. ¿Sigues hambrienta?

—Famélica.

Y más que dispuesta a ponerle fin a esa conversación. Había expuesto sin ningún tipo de rodeos que, a partir de ese momento, Taylor y ella eran contable y clienta, que solo tendrían una relación profesional. Era bastante inteligente como para captar el mensaje.

Y ella debía borrar el recuerdo de ese beso. Debía olvidar el sabor y la sensación de puro éxtasis de sus labios y el deseo encendido que la había consumido.

El restaurante era uno de los mejores de la ciudad. Las mesas estaban distribuidas de tal modo que permitían el máximo de intimidad para los comensales, algo que se veía potenciado con unos biombos altos de seda con delicados motivos florales.

Janice lo felicitó por la elección del lugar, y Taylor le dio todo el mérito a su padre, diciendo que Clem lo había recomendado como ideal para poder mantener una discusión privada de negocios.

La encargada del establecimiento los condujo a su mesa, depositó unos menús grandes sobre el mantel de lino y dijo que un camarero los atendería de inmediato.

Mientras Taylor apartaba la silla para Janice, una pareja de sesenta y pocos años apareció junto a su biombo.

—¿Taylor? —inquirió la mujer—. Sí, me pareció que eras tú. ¿Cómo estás, querido? ¿Y cómo se encuentra Clem? Acabamos de regresar de un crucero.

—Hola, Mildred, Charles —sonrió—. Papá se queja por haberse jubilado. Creo que necesita un poco de tiempo para acostumbrarse a

sus horas libres.

«En cualquier momento», pensó Janice, «el señor Socialmente Perfecto Sinclair me va a presentar a Mildred y a Charles. En cualquier momento». Y dejaría bien claro que la señorita Janice Jennings era una clienta con la que iba a entablar una conversación laboral.

Claro que lo haría, porque que el cielo prohíba que Mildred y Charles comentaran que Taylor Sinclair estaba perdiendo su toque, que había sido visto en compañía de una mujer normal.

—Mildred, Charles —comenzó Taylor detrás de la silla de Janice —. Me gustaría presentaros a Janice Jennings —ella se envaró al sentir las manos de él sobre sus hombros—. Janice, te presento a Mildred y Charles Hunt. Son amigos de mi familia desde que puedo recordar.

«¿Y?», instó ella mentalmente. «Vamos, Taylor. Explícales que es una cena entre contable y clienta».

—Es un placer conocerte, Janice —dijo Mildred con una sonrisa.

—Así es —corroboró Charles.

—Yo… hmmm… sí, encantada de conoceros —logró esbozar una sonrisa. ¿Eso era todo? ¿Es que Taylor no iba a explicarles qué hacía con ella en ese entorno exclusivo y romántico? No tenía sentido.

—Bueno, os dejamos para que disfrutéis de vuestra velada —indicó Mildred.

—Dile a Clem que lo llamaré pronto para que nos veamos —intervino Charles—. Yo he sobrevivido a la jubilación. La disfrutará.

—Si en algo valoras tu vida —rió Taylor—, no le sugieras que juegue al golf.

—Lo recordaré —sonrió Charles.

Tras despedirse, los Hunt desaparecieron detrás del biombo. Taylor quitó las manos de los hombros de Janice, rodeó la mesa y se sentó en su silla. Alzó el menú.

—Bien, veamos que nos ofrecen —la miró—. ¿Sucede algo? Ahora eres tú quien me mira como si tuviera un bicho en la cara.

—¿Qué? —dijo Janice—. Oh, no, no sucede nada. Es que… —tomó el menú y le prestó toda su atención—. Estoy hambrienta.

Taylor meneó la cabeza y leyó los platos del día. Era evidente que se había perdido algo. Mujeres. Sin duda eran criaturas muy complicadas.

Apareció el sumiller y Taylor encargó el vino. Durante las interrupciones de cata y aprobación, pedir la cena y que les sirvieran unas ensaladas, Janice y él charlaron sobre la decoración del local, sobre una novela de la que todo el mundo hablaba maravillas pero que ninguno había podido leer todavía y del calor estival que se acercaba.

—¿Tienes una piscina en tu casa? —preguntó Taylor mientras comía la ensalada.

—La uso mucho. Resulta muy refrescante, aparte de que satisface mi conciencia en cuanto al ejercicio físico. Nado unos largos y me convenzo de que no estoy todo el día sentada.

Taylor rió entre dientes. Janice Jennings en traje de baño. Quizá se había comprado uno de esos antiguos, con mangas largas y faldones. O quizá se ponía una camiseta enorme cuando nadaba.

Llegaron los platos principales, calientes y con un olor maravilloso. Janice había elegido unas gambas y Taylor un entrecot. Comieron en silencio durante unos minutos.

—La cena es deliciosa —comentó ella al final.

—Me alegro de que la disfrutes. El entrecot también está muy bueno —calló un instante—. Janice, voy a hacerte una pregunta, y si prefieres no contestar, perfecto. ¿Te parece justo?

—Sí, supongo que sí —se puso rígida—. ¿Qué… qué quieres saber?

—¿Por qué mantienes en secreto que eres la propietaria de La Bella Durmiente? —preguntó mirándola a los ojos.

Ella sintió una oleada de alivio que le provocó una sonrisa. «Menos mal», pensó. Había temido que quisiera saber por qué minimizaba sus atributos de mujer, su feminidad. Ese tema era tabú, algo que jamás pensaba discutir con nadie.

—En realidad, es muy sencillo —se encogió de hombros—. ¿Tu padre no te lo explicó?

—Dijo que no lo sabía.

—Oh —frunció el ceño—. Bueno, ahora que pienso en ello, imagino que Clem nunca lo preguntó. Sencillamente, aceptó la situación.

—Mi padre es más discreto que yo —sonrió—. Yo sí te lo pregunto.

—Durante los primeros seis meses desde la apertura de La Bella Durmiente —comenzó—, un ejército de comerciales me acosaba. Querían cenar conmigo, enviarme flores, me traían regalos de sus productos, y así todo el tiempo.

—Es un procedimiento normal —asintió Taylor—. Es parte del inconveniente de haber abierto lo que evidentemente era una *boutique* con clase.

—Yo no lo vi de esa manera, Taylor. Esos hombres estaban dispuestos a dedicarme tiempo, a no reparar en gastos, a irradiar un encanto e interés falsos por todo lo que yo decía. Pero no porque yo fuera una mujer agradable, sino por el hecho de que tenía algo que ellos querían… una cuenta lucrativa para sus empresas —meneó la cabeza—. Me negué a ser manipulada de esa manera, a beneficio de otros. Comencé a decirle a los vendedores que dejaran sus muestras, que me reuniría con la dueña y los llamaría más adelante. En cuanto comprendieron que yo solo era la directora, las invitaciones y los regalos pararon.

—Comprendo.

—¿De verdad? —se adelantó un poco—. Yo controlo mi vida, Taylor. Nadie, nadie, me utiliza para obtener lo que busca. Nunca más seré una marioneta desvalida, cuyos hilos los maneja… —se interrumpió y se reclinó en la silla—. Lo siento. Me dejé llevar —se

limpió los labios con la servilleta y evitó su mirada—. En cualquier caso, ésa es la historia. Y continuaré siendo la directora de La Bella Durmiente. Ha funcionado muy bien y seguirá haciéndolo.

En ese momento apareció el camarero para llenar sus copas de agua, lo que permitió que Taylor asimilara la respuesta de Janice.

Ni por un segundo se creyó la historia. Tenía que haber algo más. Había percibido la sombra de dolor en sus ojos durante la disertación. Alguien, o quizá más de una persona, la había utilizado de algún modo en el pasado.

A su alrededor, había murallas protectoras que, sin duda, había erigido con meticulosidad, mucho más grandes y resistentes que un simple par de gafas poco favorecedoras.

Janice no solo mantenía a los hombres a raya, sino que lo hacía con todo el mundo, sin confiar ni creer en nadie que se cruzara en su camino.

Una oleada de furia lo consumió.

¿Quién le había hecho eso? ¿A qué había sido sometida y cuándo había sucedido? Le encantaría conocer al responsable de causarle dolor.

¿Y qué haría falta para que bajara la guardia y confiara y creyera en él?

Aunque una pregunta más apropiada era por qué le importaba tanto que Janice supiera que podía confiar en él.

Demonios, desconocía la respuesta a eso. Ya lo analizaría más tarde. De momento, lo importante era ir derribando sus muros de protección.

«Confía en mí, Janice», pensó con sarcasmo. Claro. Era un tópico que haría que las mujeres que conocía estallaran en una carcajada ante el absurdo de esa estúpida petición.

Necesitaría actos, y no palabras, para ganarse su confianza. Muy bien. ¿Qué tipo de actos? Era territorio virgen para él. Nunca antes había conocido a alguien como Janice. No tenía ni la menor idea de lo que hacía.

«Piensa, Sinclair». Bueno, si quería que ella le brindara su confianza, tendría que darle algo a cambio, algo a lo que aferrarse.

Sinceridad.

Debía ser sincero en un cien por ciento en todo momento.

—Janice —dijo. Ella no levantó la vista del plato—. Quiero que sepas que yo jamás intentaría aprovecharme de ti o… Lo que quiero decir es que no te trataría como a… una marioneta o… Lo que intento exponer es que eres… que soy… Diablos, no sé cómo expresarlo —calló un momento—. ¿Quieres mirarme, por favor?

Lentamente alzó la cabeza y estuvo a punto de provocarle un gemido al ver las sombras de dolor que aún se reflejaban en sus expresivos ojos azules.

Taylor alargó el brazo y le cubrió la mano con la suya.

—Trato de evitar decirte que puedes confiar en mí —musitó—. Pero hago un intento lamentable al tratar de planteártelo de otra manera.

—Taylor, yo…

—No, no digas nada. No espero que me creas de inmediato. Solo dame una oportunidad de demostrártelo.

—¿Por qué? Confío en ti como mi contable, pero tú pides algo más, ¿verdad? ¿Por qué, Taylor?

—No lo sé. De verdad que no lo sé —meneó la cabeza—. Es obvio que te han herido mucho en el pasado, y yo no tengo intención de figurar en la lista con los que te causaron dolor. Dame una oportunidad de conocerte mejor. No me excluyas. No te escondas detrás de tus muros de protección y te niegues a ver quién soy en realidad. ¿De acuerdo?

«¡No!», gritó mentalmente. «¡No! Es demasiado peligroso. Taylor es peligroso. Toda la situación que propone es peligrosa. ¡No!»

Él comenzó a acariciarle la muñeca con el dedo pulgar sin apartar la vista de sus ojos.

El calor comenzó a subir por el brazo de Janice hasta invadir sus pechos, haciendo que los sintiera pesados, anhelantes de un contacto apaciguador.

El calor aumentó y remolineó, bajando por su cuerpo, y comenzó a palpitar al mismo ritmo que el dedo de Taylor en su suave piel.

No podía respirar.

No podía pensar.

«Santo cielo, ¿qué me está haciendo este hombre?»

—¿Janice? ¿Lo harás? ¿Me darás una oportunidad para ser un hombre en tu vida y no solo tu contable?

«¡No!», pensó con frenesí.

—Sí —se oyó susurrar.

# Capítulo Seis

El camarero se materializó ante el biombo para hablarles de los postres y Janice estuvo a punto de abrazarlo agradecida. Soltó la mano que le sujetaba Taylor.

—¿Janice?

—No. No, gracias —musitó, mirando a todas partes menos a Taylor.

—¿Te apetece café y brandy?

—¿Qué? Oh, sí, perfecto —apartó la silla y se levantó—. Discúlpame. Vuelvo en seguida —recogió el bolso y se marchó a toda velocidad.

Taylor le hizo el pedido al camarero, quien asintió y desapareció. Unos momentos más tarde, se presentó una joven que comenzó a retirar los platos. Se reclinó en la silla y centró sus pensamientos en Janice.

Dio por hecho que había ido al tocador para serenarse. ¿En qué pensaría? ¿Volvería a la mesa y le anunciaría que lo había reconsiderado? ¿Qué volvía a ser su contable, y no un hombre? Entrecerró los ojos.

«Ni lo sueñes, Janice. Un trato es un trato, y pienso ceñirme a él».

Y a partir de ese momento, ¿qué? Bueno, debía poner en marcha oportunidades para verla, para estar con ella, aparte de hablar sobre la situación financiera de La Bella Durmiente. Pero tendría que ir despacio y con calma. Janice era un potrillo asustadizo, un pájaro tímido y herido, un…

«Basta de metáforas bonitas, Sinclair».

Debería aprovechar ese momento para preguntarse por qué lo hacía, por qué se había mostrado tan decidido a lograr que Janice aceptara darle un sitio más amplio en su vida. Y por qué había sentido tanto gozo cuando ella susurró «sí».

Pero desconocía las respuestas a esas preguntas. Lo único que sabía era que le importaban más de lo que nunca podría explicarse.

«Incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas».

—Oh, no, Hamilton no —musitó al recordar las palabras de Brandon.

Querer estar con Janice, bajo ningún concepto indicaba que estaba solo, que esperaba que ella llenara algún vacío en su existencia.

Eso era absurdo.

¡No estaba solo!

Su vida era exactamente tal como él quería.

Su momentánea preocupación con Janice Jennings se debía a… sí, de acuerdo, ya lo entendía… a que no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido. Lo intrigaba, era un acertijo desconcertante que pretendía solucionar.

¿Quería que Janice confiara en él con el fin de satisfacer su ego masculino al ser el primero en conseguir atravesar esas murallas que la rodeaban?

Meneó la cabeza. No, no se trataba de un juego basado en una sobredosis de machismo.

Janice había llegado hondo, hasta un sitio que era nuevo y desconocido para él. Había sentido un nudo en las entrañas al ver dolor en sus ojos y lo dominó un torrente de furia como lava líquida.

Una cosa estaba clara.

Jamás haría algo para lastimar a Janice Jennings.

En el tocador, Janice metió las manos bajo el grifo de agua fría. Miró la muñeca donde el dedo de Taylor la había acariciado con ese

ritmo enloquecedor, y tuvo la extraña sensación de que ese trozo de piel pertenecía a otra persona.

Con incredulidad, pensó que aún estaba cálida. El agua salía helada y aún podía sentir el increíble calor que le había recorrido todo el cuerpo.

Cerró el grifo, se secó las manos y, al final, se obligó a mirar su reflejo en el espejo.

—¿Qué has hecho? —murmuró, notando el temblor en la voz y la palidez en las mejillas.

En un momento en que creyó que se le paraba el corazón, al decir «sí» había sacudido la misma estructura de su existencia.

Las murallas que con tanto esmero había construido a su alrededor a lo largo de los años amenazaban con desmoronarse, dejándola expuesta y vulnerable.

—No puedo hacerlo —las lágrimas se asomaron a sus ojos—. Es demasiado peligroso, demasiado…

«Para ya», se ordenó. Ya no era una niña. Era una mujer. Estaba al mando y en control de su vida. Retrocedía a una época en que carecía de la fuerza o la sabiduría para evitar ser manipulada en beneficio de otros.

No sabía por qué Taylor Sinclair estaba tan decidido a que le permitiera ser algo más que el contable en su vida. No tenía ni la menor idea de cuáles eran sus motivos.

Pero, maldita sea, podía manejar la situación.

No importaba lo que pasaba por la mente complicada de Taylor, no podría aprovecharse de ella de ningún modo, ya que no pensaba permitirlo.

Aunque por un breve tiempo, ya que él no tardaría en perder interés, sería agradable entrar en el mundo de las «citas». Quizá volvieran a cenar en un restaurante elegante como ése. O asistieran a un concierto. O fueran de *picnic*.

Observó su sonrisa en el espejo.

Habían pasado tantos años desde la última vez que salió con un hombre. Serían horas robadas al tiempo.

Si él intentaba seducirla, llevarla a la cama, puede que se cansara, incluso enfadara, de sus constantes negativas.

—Estás soñando, tonta —rió.

Un hombre como Taylor Sinclair no tendría deseo alguno de hacer el amor con alguien con su aspecto. No había nada atractivo en la forma en que Janice se presentaba. Dio media vuelta y salió del tocador.

Se sentó otra vez a la mesa justo cuando el camarero se marchaba después de dejar las tazas de café y las copas de brandy.

—Lo sincronicé a la perfección, ¿verdad? —comentó ella con una sonrisa—. Y ahora, Taylor, ¿no crees que deberíamos hablar de lo que tienes en mente para La Bella Durmiente? Si no empezamos, estaremos aquí hasta que el restaurante cierre. Usted tiene la palabra, señor Sinclair.

«¡Empieza a ser difícil mantener los cambios de esta mujer!», pensó él.

Que así fuera. Una Janice sonriente era mucho mejor que la Janice desasosegada que casi había salido corriendo de la mesa.

—¿Taylor?

—Oh, sí, La Bella Durmiente. De acuerdo, aquí va. Tienes demasiado dinero inmovilizado en el banco y que te reporta muy pocos intereses. Además, esos beneficios te están costando bastante en impuestos. Necesitas invertir en algo que reduzca tus ingresos sujetos a gravamen.

Janice bebió un sorbo de café.

—¿En qué? —preguntó—. Ya he dicho que me he expandido todo lo que podía en el local actual. Sería una tontería trasladarme del lugar donde mis clientes esperan encontrarme.

—Eso es verdad. Te propongo otro local aparte del que ya tienes.

—Oh, no creo…

—Déjame terminar, ¿quieres? —interrumpió—. Se trata de una oportunidad única que sería perfecta para ti. ¿Puedes escuchar con mentalidad abierta?

—Sí, desde luego. Continúa.

—Bien. Yo crecí en Prescott, igual que un íntimo amigo mío llamado Brandon Hamilton —le explicó la restauración de Hamilton House, el éxito del que estaba disfrutando el hotel y los planes de Brandon y Andrea para incorporar tiendas en el vestíbulo del majestuoso establecimiento—. Hoy he hablado con Brandon —prosiguió—, y el arquitecto le ha presentado algunos planos que son dinamita y en los cuales introduce casi todas las ideas de Andrea. Habrá un paseo empedrado delante de las tiendas, con farolas antiguas. Los locales serán pequeños, desde luego, pero con artículos selectos.

Janice asintió con un hormigueo de excitación en su interior.

—Suena fascinante. Como un pueblo antiguo a juego con la decoración victoriana del hotel que has descrito.

—Exacto —se adelantó un poco—. Brandon y Andrea van con mucho cuidado con la gente a la que invitan a abrir un local allí. Las tiendas han de ser exclusivas, con clase y caras. La Bella Durmiente cumple todos los requisitos. Podrás entrevistar a posibles directoras de la gente que conoce Brandon. La publicidad la llevará Andrea, ya que ha abierto su propia empresa en Prescott. ¿Eso planteará algún problema con la agencia con la que tienes ahora contrato?

—No, ninguno. En el contrato tengo una cláusula que limita mis obligaciones con ellos a la *boutique* de Phoenix. La introduje en el último instante, aunque en realidad no sé por qué.

—Quizá tienes una bola de cristal que desconocías —Taylor sonrió—. Escucha, estamos a martes. ¿Qué te parecería ir conmigo en coche hasta Prescott el sábado para echarle un vistazo? A

Brandon y a Andrea les encantaría conocerte y ver algunas muestras de tus productos.

—Bueno —comenzó despacio—. Yo, sí, de acuerdo. No trabajo los fines de semana. Tengo gente que cubre los sábados y domingos.

—Estupendo. Pasaremos allí la noche.

—¿Perdón? —Janice parpadeó.

—Como Brandon creció en Prescott, conoce a tanta gente que Andrea y él decidieron postergar la recepción de boda hasta que el tiempo permitiera levantar una gran marquesina en la plaza de la ciudad. Llevan tan ocupados con los planes para las tiendas del hotel, que nunca tienen tiempo para comprobar con la Cámara de Comercio cuándo estará libre la plaza para que puedan usarla.

—¿Libre de qué?

—Exposiciones artesanales, de arte, ese tipo de cosas. Deben organizar la recepción este domingo porque es la única fecha libre que queda.

—¿Y? —Janice frunció el ceño.

—Bueno, el sábado tratamos de negocios para La Bella Durmiente y el domingo asistimos a la fiesta. El hotel estaba lleno, pero han tenido una cancelación. Tú puedes quedarte con esa habitación, y yo dormiré en el sofá de Andrea y Brandon. Ellos viven en el hotel. O dormiré en el sofá de las tías —rió entre dientes —. Me miman y alimentan… magnífico.

—¿Las tías?

—La tía Prudence y la tía Charity, tías abuelas de Brandon. Son gemelas, pero tan distintas como el día y la noche. Son unas damas encantadoras, te gustarán.

—Taylor, comprendo que desees asistir a su recepción, pero yo no estoy segura de que me sienta cómoda imponiendo mi presencia en la fiesta. ¿Por qué no vamos en nuestros respectivos coches y yo vuelvo el sábado?

—Ni lo sueñes. Brandon especificó que me cerciorara de

invitarte. Di que sí, Janice. Mezclaremos el trabajo con el placer. Será divertido.

«¿Divertido?» ¿Hacía cuántos años que no se divertía de verdad? Más de los que podía recordar.

Pero, ¿un fin de semana entero en compañía de Taylor Sinclair? ¿Era inteligente? ¿O peligroso más allá de todo cálculo?

«No te asustes», se dijo. «Estás al mando, con el control, ¿lo recuerdas?» ¡Podía… manejarlo!

—De acuerdo, Taylor —sonrió—. Acepto.

—¿Sí? —preguntó con evidente sorpresa—. Estaba preparado para no cejar hasta convencerte… eh, no me quejo —alzó la copa de brandy—. Por el fin de semana en Prescott, y todo lo que pueda aportar.

—Y eso ¿qué significa? —Janice entrecerró los ojos.

—La apertura de La Bella Durmiente en Hamilton House no es algo cerrado. Te tiene que gustar lo que veas, y Brandon y Andrea deben decidir si tus productos están a la altura de sus criterios.

—Oh, sí, desde luego. Sí.

—¿Brindamos por el fin de semana?

—Por el fin de semana —dijo Janice; levantó la copa y, con suavidad, tocó la de Taylor.

Con cierta inquietud, notó que las mariposas habían vuelto. No paraban de revolotear en su estómago.

Bebió un sorbo del brandy añejo.

Quizá con eso pudiera ponerlas a dormir. El licor irradió calor por todo su cuerpo. Bebió otro sorbo. Todo iría bien. El sábado haría negocios para La Bella Durmiente y el domingo disfrutaría de un poco de diversión sana.

—Bien, Taylor —sonrió—. ¿Qué hay que ponerse para una recepción de boda en la plaza de la ciudad de Prescott, Arizona?

—Será muy informal —debía tener cuidado con las palabras que elegía—. Ya sabes, como un gran *picnic*. Ponte algo con lo que estés cómoda para sentarte sobre una manta en la hierba —Janice asintió —. Me alegro de que hayas aceptado ir todo el fin de semana —musitó.

—Tengo ganas de que llegue.

Intercambiaron unas sonrisas y se miraron. Las sonrisas desaparecieron a medida que el calor del deseo comenzó a crecer y palpitar.

El recuerdo del beso que compartieron vibró en sus mentes y sus cuerpos.

«Por el amor del cielo», pensó Janice, sintiéndose consumida por las llamas de una pasión que nunca antes había experimentado.

Eran un deseo y una necesidad en su forma más pura y sincera. Era Janice, la mujer, que deseaba a Taylor, el hombre, con una intensidad que iba más allá de toda descripción.

Era terriblemente peligroso, pero… también estimulante y tentador, nuevo y maravilloso. Se sentía tan viva y femenina.

«Disfrútalo», susurró una voz en su mente. Lo guardaría como un recuerdo especial, en un calendario mental marcaría el día, la hora y el minuto exactos en que le había permitido a su feminidad tomar las riendas al despertar para ese momento robado.

Pero, en ese instante, debía volver a ser quien era, debía protegerse. La Bella Durmiente.

Apartó la vista de los ojos de Taylor y contempló el líquido ambarino del brandy.

Taylor permaneció en absoluta quietud, recuperando el control de su cuerpo excitado. Sintió una gota de sudor caer por su pecho y su corazón poco a poco regresó a la normalidad.

«Dios», pensó, bebiendo un trago de brandy. «¿Cuánto tiempo ha pasado desde que la mirada hipnotizadora de Janice me inmovilizó?»

El restaurante había parecido desvanecerse para ser reemplazado por una bruma extraña y sensual que los había envuelto.

Había sentido el calor desbocado en su interior, ardiente, fuera de control.

Deseaba a Janice Jennings.

Era tan sencillo y complicado como eso.

Lo que aún resultaba más desconcertante es que él sabía que no se trataba de simple lujuria. Era más, mucho más.

Con su deseo, se mezclaban emociones de protección y posesión. Janice era tan frágil… su pequeño pájaro herido, y él la protegería y cuidaría, se interpondría entre ella y las adversidades.

Nadie volvería a lastimarla jamás. Nadie.

«Sinclair, no pierdas los papeles», se quejó mentalmente. Janice lo cegaba. No resultaba algo devastador, pero sí nuevo, como un camino desconocido que nunca antes había recorrido.

Eso tenía sentido.

Pero, para asegurarse, lo mejor era poner punto final a esa velada, antes de saltar por encima de la mesa, tomarla en sus brazos y besarla hasta que ambos perdieran el sentido.

—Janice, ¿estás lista? —preguntó con voz ronca.

—¿Qué? —alzó la cabeza y abrió un poco más los ojos.

—Para marcharnos —se apresuró a añadir—. Ir a casa. Ya hemos hablado de todo lo necesario y algo más. ¿Nos marchamos? —tenía la sensación de que esa era una noche que no iba a olvidar.

—Sí. Sí, desde luego —se inclinó y recogió el bolso del suelo.

—Me ocuparé de la cuenta y nos iremos —intentó esbozar una sonrisa que no terminó de materializarse.

—Perfecto. Quiero darte las gracias por esta deliciosa velada. Y por haber pensado tanto en La Bella Durmiente y en mí, más allá de lo que requiere el deber. Me entusiasma la posibilidad de abrir una tienda en Hamilton House. Espero poder alcanzar un acuerdo que sea satisfactorio para Andrea, Brandon y yo. Sí, sería una decisión acertada que…

—Janice —interrumpió él.

—Nos veremos en la entrada, Taylor —se puso de pie.

Cuando desapareció tras el biombo, él no tuvo ninguna duda de que el deseo que lo había consumido también había hecho mella en Janice.

Y supo que era algo de lo que no podía aprovecharse. Janice desconocía las reglas del juego. Era intocable, no podía ser suya ni podía hacerle el amor.

La oscuridad había caído cuando salieron del restaurante y el cielo brillaba con un dosel de titilantes estrellas.

—¿No es precioso? —preguntó ella al observar el espectáculo de la belleza de la naturaleza.

Taylor contempló el perfil de Janice, demorándose en la gentil curvatura de su cuello y en sus delicadas facciones.

—Sí —susurró, sin dejar de mirarla—. Hermoso. Y nada apreciado por aquellos que no se toman el tiempo para ver de verdad lo que realmente hay ahí.

—Hmm —dijo ella—. Tienes razón.

El aparcacoches frenó ante ellos y bajó del vehículo de Taylor con una sonrisa radiante.

—Bonito coche —dijo el muchacho. Rodeó el vehículo y abrió la puerta para Janice—. Señora.

Ella rió despacio mientras Taylor se alejaba del local.

—¿Señora? —repitió—. Me hace sentir vieja. Ese chico no parecía mayor para tener permiso de conducir.

—Probablemente sea un estudiante de la Universidad de Arizona —Taylor rió entre dientes—. Cuanto más viejo me hago, más jóvenes me parecen los demás.

—Sé a qué te refieres.

—Quien de verdad tiene problemas para aceptar la edad es mi padre —frunció el ceño—. Se opone a la jubilación. He intentado decirle que le diera una oportunidad, ya que apenas han pasado unas semanas. Me preocupa. Si no adopta la actitud adecuada, jamás se adaptará a su nuevo estilo de vida. También piensa mucho en lo que echa de menos a mí madre, que lleva ausente quince años. No deja de pensar en los planes que habían hecho para cuando él se jubilara.

—Espero que vuelva a sentirse satisfecho —comentó Janice—. Clem es un hombre muy agradable y especial.

—Es verdad —corroboró Taylor—. Aunque en el último año ha envejecido mucho. Noto las diferencias. Me temo que el corazón le ha pasado factura.

—Lo quieres mucho, ¿no? —preguntó, mirándolo.

—Sí —hizo una pausa, la miró y volvió a concentrarse en el denso tráfico—. ¿Y qué me dices de tu familia, Janice?

—Soy hija única y jamás conocí a mi padre. Mi madre me dijo que murió mientras intentaba rescatar a unas personas de un edificio en llamas, aunque no me lo creo. Ni siquiera creo que mis padres llegaran a casarse. No hay ni fotografías ni recuerdos de él, y ella nunca ha llevado un anillo. Afirma que es demasiado triste contemplar el anillo en el dedo, sabiendo que él no está.

—Suena razonable —indicó Taylor.

—Supongo que sí. Pero recuerdo que una vez dijo que mi padre se había ahogado mientras trataba de salvar a unos bañistas atrapados en una corriente. No era coherente con sus mentiras.

—Oh, comprendo. ¿Eso te irrita?

—En realidad, no me importa cómo haya sido.

—¿Y tu madre? ¿Dónde está?

—Murió en un accidente de tráfico al cumplir yo los veinte años. Iba en un coche con… Bueno, eso no es importante. Ella y… su acompañante habían estado bebiendo mucho. Él… el conductor… perdió el control del coche y se empotró contra un árbol. Los dos murieron al instante.

—Cielos, Janice, lo siento. Debió ser duro.

—No hay nada que sentir —indicó con voz inexpresiva—. La gente no debería beber y conducir. Lo que hicieron estaba mal —guardó silencio un instante—. Muy, muy mal.

«Y hay algo muy mal en esta historia», reflexionó Taylor. La voz de Janice exhibía un tono áspero que nunca antes le había oído.

Había evitado contar quién conducía el vehículo cuando tuvo lugar el accidente que mató a su madre. Otra pieza que faltaba en el rompecabezas que era Janice Jennings.

—De modo que estás sola en el mundo. ¿Qué hiciste en Navidad?

—¿Navidad? ¿A qué viene eso?

—No lo sé. La Navidad es un día tan orientado a la familia. Me preguntaba si la pasaste sola.

—No, la celebré con mi vecina, Shirley. Está divorciada y no tiene hijos, de modo que nos preparamos una buena cena e intercambiamos regalos. Fue muy agradable. Santo cielo, Taylor, no me consideres una pobre huerfanita. Me siento muy feliz con la vida que tengo.

«Incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas».

¿Estaría sola Janice? ¿Y quizá no fuera consciente de ello por todo el tiempo que llevaba sola? En lo más hondo de su ser, tal vez sin saberlo, ¿anhelaba un espíritu afín, un marido, un hijo?

Empezaba a parecerse a Brandon. Janice llevaba la vida que deseaba, igual que él.

Pero, quizá no se diera cuenta de que estaba sola porque…

—Demonios —meneó la cabeza disgustado consigo mismo.

—¿Qué pasa?

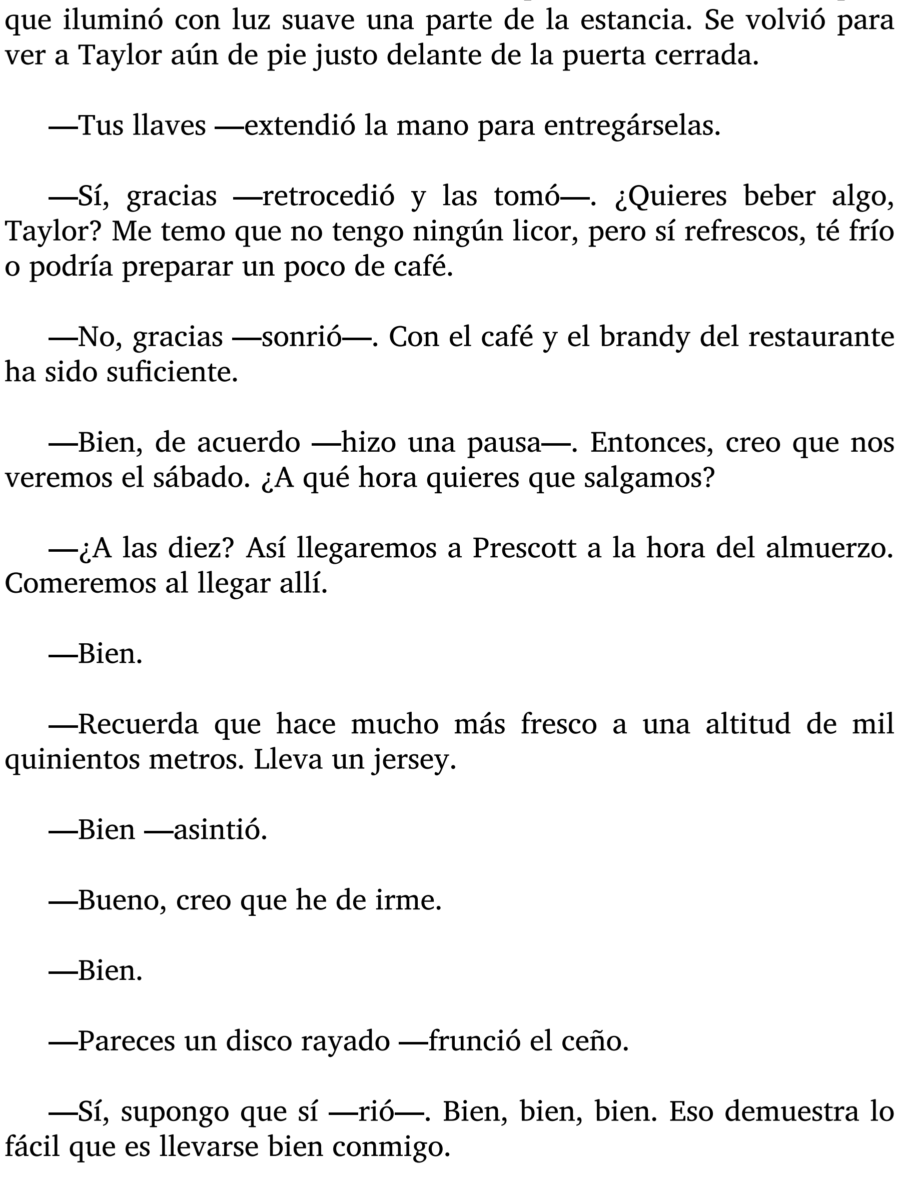
—Oh, nada. No consigo sincronizar con los semáforos. Me ven llegar y se ponen en rojo. Aunque está bien. No tenemos prisa.

—No —corroboró ella—. En absoluto.

—Iremos despacio y con calma —indicó Taylor.

Pero lo que la hermosa Janice no sabía era que Taylor no hablaba del coche.

# Capítulo Siete



Janice atravesó el salón a oscuras para encender una lámpara que iluminó con luz suave una parte de la estancia. Se volvió para ver a Taylor aún de pie justo delante de la puerta cerrada.

—Tus llaves —extendió la mano para entregárselas.

—Sí, gracias —retrocedió y las tomó—. ¿Quieres beber algo, Taylor? Me temo que no tengo ningún licor, pero sí refrescos, té frío o podría preparar un poco de café.

—No, gracias —sonrió—. Con el café y el brandy del restaurante ha sido suficiente.

—Bien, de acuerdo —hizo una pausa—. Entonces, creo que nos veremos el sábado. ¿A qué hora quieres que salgamos?

—¿A las diez? Así llegaremos a Prescott a la hora del almuerzo. Comeremos al llegar allí.

—Bien.

—Recuerda que hace mucho más fresco a una altitud de mil quinientos metros. Lleva un jersey.

—Bien —asintió.

—Bueno, creo que he de irme.

—Bien.

—Pareces un disco rayado —frunció el ceño.

—Sí, supongo que sí —rió—. Bien, bien, bien. Eso demuestra lo fácil que es llevarse bien conmigo.

—Sí —sonrió y sacudió la cabeza—. Siempre que no menciones que eres la mujer más complicada que he conocido.

—¿Yo? —se llevó una mano al pecho y exhibió una expresión de auténtica sorpresa.

—Usted, señorita Jennings.

—Bueno, usted también es complejo, señor Sinclair —indicó.

—Bromeas.

—No.

—Supongo que no querrás que nos sentemos a mantener un debate exhaustivo sobre el tema, ¿verdad? —enarcó las cejas.

—No sería una buena idea —extendió la mano derecha—. Gracias por una maravillosa velada.

—Ha sido un placer.

Taylor contempló la mano de Janice, su cara, luego la mano otra vez. La estrechó y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Taylor —dijo ella en voz baja.

Éste se hallaba de espaldas a ella, con una mano en el picaporte. Pasó un segundo, luego dos, tres…

—Ah, diablos —comentó al final—. Esto es ridículo.

Dio media vuelta, cerró la corta distancia que los separaba y tomó el rostro de Janice en sus manos. La miró directamente a los ojos un largo rato, después bajó la cabeza y reclamó su boca.

«Oh, menos mal», pensó Janice.

Taylor apartó las manos de su cara para rodearla con los brazos, pegándola a su cuerpo. Ella alzó las manos, las pasó en torno a su cuello y metió los dedos en su tupido pelo.

Taylor separó los labios para introducir la lengua en su boca, uniéndola a la de Janice en un ritmo palpitante.

El beso fue un éxtasis. Sabía a brandy con un toque a café. Fue un incendio que estalló en su interior a medida que los deseos crecían.

Ella no quiso que terminara. Era tan grato, Taylor tenía un sabor tan bueno, olía tan bien… a jabón, aire fresco y hombre. La hacía sentir tan femenina y viva. Tan, tan especial.

Él alzó la cabeza unos centímetros para respirar, luego giró los labios en la dirección opuesta al volver a apoderarse de los de Janice.

Besar a Janice le pareció un néctar dulce que lo encendía. Era el cielo en sus brazos y no quería soltarla. Ella reaccionaba total y apasionadamente. Santo cielo, cuánto quería hacer el amor con esa mujer.

La voz exigente de la razón comenzó a martillearle la mente, abriéndose paso entre la niebla sensual que lo consumía.

Despacio, a regañadientes, concluyó el beso, la tomó por los hombros y la apartó de su cuerpo dolorosamente excitado.

Janice bajó con lentitud los brazos del cuello de Taylor y lo miró, viendo el deseo ardiente que hervía en sus ojos oscuros, sabiendo que la misma necesidad y deseo se reflejaban en los suyos.

Taylor dio un paso atrás y depositó un dedo sobre los labios húmedos y ligeramente separados de ella.

—Te deseo, Janice —musitó con voz llena de pasión—. Y tú me deseas. Y ésa es la realidad sincera. Pero, de algún modo, sé que si hacemos el amor esta noche lo lamentarás por la mañana, y no podría soportar eso.

—Yo… —comenzó, y ya no supo qué decir.

—Cuando hagamos el amor —continuó Taylor—, el momento será el adecuado para los dos. Así es como debería y tiene que ser, porque lo que compartamos será muy, muy especial y maravilloso. Por lo tanto… —le dio un beso fugaz— … buenas noches, Janice Jennings.

—Buenas noches, Taylor Sinclair —susurró ella.

Taylor se marchó.

Janice no se movió. Se quedó mirando la puerta, con la mente y

el corazón desbocados.

«Te deseo, Janice», repitió mentalmente. «Te deseo, Janice». Se llevó unos dedos temblorosos a los labios.

¿Era verdad? ¿Realmente verdad? ¿Un hombre como Taylor quería hacer el amor con ella? ¿Con alguien cuyo aspecto distaba mucho de ser atractivo?

Sí, era verdad, porque había sentido la excitación de él al estar pegada a su cuerpo, y había visto el deseo reflejado en sus ojos. Era verdad, porque se había marchado, diciendo que no era el momento correcto para que dieran un paso tan importante e íntimo.

Santo cielo, ¿cómo era posible? Meneó la cabeza. Taylor la aceptaba, la deseaba, tal como era, sin la ropa sexy, el maquillaje hábil y el pelo suelto y seductor.

Decidió que era demasiado para asimilar de una vez. Se llevó los dedos a las sienes. Resultaba tan confuso, nuevo e increíble.

Porque nunca antes le había sucedido algo semejante. Desde pequeña, su belleza lo había sido todo, la vara de medir por la que era aceptada o rechazada.

Cierto que Shirley era su amiga sin hacerle preguntas, pero eso no se parecía en nada a que un hombre, Taylor, viera y deseara a la mujer que había bajo el caparazón exterior.

Para su marido, incluso para su madre, ella había sido un objeto, un medio para alcanzar un fin, cuyo resultado había sido su traición final.

Pero, ¿en ese momento?

Había aparecido Taylor.

—Dios, es tan complicado y confuso —dijo en voz alta.

Sintió una oleada de cansancio. Estaba tan exhausta que apenas podía poner un pie delante del otro. Aseguró la puerta, apagó la luz y se fue a la cama, donde de inmediato se quedó dormida y no tuvo pesadillas.

A la mañana siguiente, Janice se sentó en el patio y contempló a la pareja de colibríes disfrutar del desayuno dulce que les había puesto. Flotaban y sorbían manteniéndose cerca, turnándose para beber el sirope en un ritual solo conocido para ellos.

«Qué extraño», pensó mientras bebía el té. Con anterioridad, había considerado a los delicados pájaros como entidades separadas. En ese momento, los veía como una pareja, unidos de por vida, convencidos tanto del placer del otro como del suyo propio.

Suspiró.

Se sentía inquieta, como si de pronto todo en su bien ordenada existencia se hubiera vuelto del revés. Dejó la taza y el plato en la mesa y se sujetó los codos en gesto protector.

Las murallas que había pasado años levantando empezaban a debilitarse por obra de Taylor.

Era tan peligroso, tonto y equivocado. Si permitía que eso continuara, quedaría al descubierto, vulnerable, sin defensas para que pudieran romperle el corazón.

Quería huir lo más lejos que pudiera de Taylor, lo más pronto posible. Volvió a suspirar.

No, no era verdad. Quería quedarse, ser el recipiente una y otra vez de los besos de él, de sus caricias y sonrisas. Quería ver la pasión en sus ojos, oírle decir cuánto la deseaba. A ella. Tal como era. A Janice la mujer, la persona, no a la muñeca hermosamente decorada.

—Basta ya —se puso de pie—. Me estoy volviendo loca.

Una hora más tarde, estaba lista para ir a La Bella Durmiente. Fue a buscar las gafas y las encontró en la mesita del salón donde Taylor las había dejado la noche anterior. Las recogió y titubeó.

En realidad, había sido un alivio no sentir la presión de la pesada montura en la nariz. Quizá no las necesitara. Llevaba el pelo recogido en su habitual y severo moño, y un traje grande de color

azul con zapatones a juego.

«¿Sí? ¿No?», pensó, contemplando las gafas.

—No —repuso con decisión.

Fue a la cocina y las tiró al cubo de la basura.

Al desprenderse de ellas, no emitía una declaración de moda, solo se apiadaba de su pobre y cansada nariz. No iba a convertirse de pronto en una belleza despampanante por el hecho de dejar de usar gafas.

De hecho, mientras dejaba la casa dudó de que alguien se diera cuenta de que había dejado de llevarlas.

—Gracias —dijo Janice con una sonrisa.

La mujer mayor de aspecto maternal la miró con expresión radiante.

—No, querida, no me dé las gracias. Debería darse las gracias usted por haberse puesto lentes de contacto en vez de aquellas pesadas gafas. Fue un bonito regalo que se hizo a sí misma. ¿No es cierto, Ginger?

—Oh, sí, Clara —corroboró su compañera—. Tiene unos ojos tan bonitos, Janice. Disfrutará contemplando este gracioso mundo en el que vivimos sin tener que soportar esas gafas pesadas.

—Nun… nunca lo había pensado de esa manera. ¿Un regalo que me he hecho a mí misma?

—Absolutamente —dijo Ginger—. Deberíamos potenciar nuestros atributos personales por nosotras mismas. Si los que nos rodean disfrutan de lo que hemos hecho, es una bonificación añadida —rió feliz—. Mis atributos personales hace tiempo que se han arrugado y hundido, pero en mis tiempos era una belleza. ¿Verdad, Clara?

—Sin duda que sí —afirmó Clara—. Pero, más importante aún, eras mi mejor amiga. Lo eras entonces y lo eres ahora. Pero, sí, eras

arrebatadora.

—Y disfruté cada momento —continuó Ginger—. Sabía que resultaba cautivadora, y cuando mi Homer apareció en mi vida y apreció lo que veía, supe que era un hombre inteligente y sensible.

—Pero, ¿usted no…? Lo que quiero decir es —comenzó, Janice —, ¿no se preguntó en ocasiones si Homer se sentía atraído por su aspecto en vez de por quién era como persona?

—Cielos, no. Porque yo sabía quién era. Además, Homer y yo conectamos en todos los planos. Los cimientos de lo que tuvimos no se basaban en nuestro aspecto. ¿Lo comprende, Janice?

—Creo que sí —frunció el ceño.

—En cualquier caso, querida —prosiguió Ginger—, no vuelva a esconder sus preciosos ojos detrás de esas feas gafas. Disfrute de los dones que le ha dado la naturaleza.

—Ginger, mira qué hora es —indicó Clara—. Íbamos a entrar aquí a comprar una loción antes de continuar por nuestro camino. Vámonos. Adiós, Janice. Nos veremos pronto.

—Adiós —saludó—. Y gracias.

Cuando se marcharon, Janice rodeó el mostrador y se sentó sobre el taburete alto. Apoyó los codos en la barra y acomodó la barbilla sobre las palmas de la mano.

Clara y Ginger eran las decimosexta y decimoséptima clientas del día que la felicitaban por sus ojos.

Nadie había avanzado más y sugerido que hiciera algo con su guardarropa o pelo. Solo habían comentado que tenía unos ojos bonitos.

Había sido… bueno, agradable, como si las mujeres que habían entrado en la tienda reconocieran algo hermoso al verlo y quisieran expresarlo. Todo había sido tan sencillo, abierto y honesto como eso.

—Y confuso —añadió en voz alta.

Pero Ginger había incorporado otro ingrediente en la tarta revuelta… potenciar la propia belleza para una misma, disfrutar de los atributos naturales propios.

Si una mujer conectaba en todos los sentidos con un hombre, entonces, el aspecto no era más que la guinda que coronaba la tarta.

Debía haber verdad en la teoría de Ginger, porque Homer y ella aún seguían juntos, mucho después de que quedaran atrás los atractivos años de su juventud.

Cuan distintas habían sido las creencias de su madre de las expresadas por Ginger. De niña y de mujer joven, solo había oído que la belleza lo era todo, lo único que importaba. Sin ella, no sería nadie importante.

Pero, ¿y lo sucedido ese día?

La gente que había comentado lo hermosos que eran sus ojos la habían tratado con el mismo respeto y cordialidad que cuando había lucido las feas gafas.

Se había establecido como la directora de La Bella Durmiente, una *boutique* con clase y bien llevada conocida por la excelencia de sus productos y servicio. Decidió que exhibir sus ojos valía la pena, pero que eso no cambiaba la relación que tenía con sus clientas.

—Resulta sorprendente —frunció el ceño.

¿Lo había entendido bien? No era la mujer con ojos hermosos que dirigía La Bella Durmiente. Era la competente directora de La Bella Durmiente que daba la casualidad de que tenía ojos hermosos. Sí, al parecer, así la consideraban sus clientas.

—Sorprendente —repitió con una sonrisa—. Y maravilloso.

De algún modo, Taylor Sinclair había abierto una multitud de puertas por las que entraba un torrente de datos que intentaba descifrar al mismo tiempo.

Taylor.

No había estado muy apartado de sus pensamientos en todo el día. Y a su imagen se unía el exquisito recuerdo de los besos

compartidos, de la pasión encendida que la había consumido, el deseo y la necesidad sentidos de hacer el amor con él en total abandono.

—Demasiado —susurró—. Es demasiado de una sola vez.

«Frena, relájate», se dijo. Aún poseía el control y todo iba bien. Podía manejar la situación, una cosa por vez.

—Oh, deja de pensar —bajó del taburete—. Vamos a doblar braguitas.

* * *

Esa noche, Taylor llamó a Janice para recordarle que llevara un jersey cuando fueran a Prescott. Terminaron charlando media hora.

El jueves por la noche la llamó para preguntarle si había decidido qué muestras de mercancía iba a mostrarles a Andrea y Brandon. Conversaron durante una hora.

El viernes por la noche, Taylor telefoneó para confirmar que al día siguiente la recogería a las diez de la mañana. Dos horas más tarde, Janice colgó con una sonrisa en los labios.

Mientras se preparaba para acostarse, pensó que Taylor y ella nunca se quedaban sin temas de conversación. Hablaban de cosas sin importancia que los ayudaban a conocerse mejor, y él compartía historias divertidas de sus aventuras juveniles en Prescott. En compañía de Brandon Hamilton y alguien llamado Ben Rizzoli, habían cometido muchas travesuras.

Se metió en la cama y apagó la lámpara de la mesita.

«Bueno, mañana es el gran día». Se acomodó boca abajo en la cama. A punto de quedarse dormida, reflexionó que en unas pocas horas iría de camino a Prescott. Con Taylor.

Taylor estaba en la cama con las manos bajo la cabeza mientras sonreía al techo que no podía ver en la oscuridad.

Había sido una buena semana… no, una semana estupenda, y el punto álgido de cada día había sido la conversación mantenida con Janice por teléfono.

Tenía un magnífico sentido del humor y una mente rápida e inteligente. Mostraba opiniones definidas que no titubeaba en expresar, aunque estaba dispuesta a escuchar ideas y puntos de vista nuevos con una actitud abierta.

Había esquivado responder de forma profunda cualquier pregunta acerca su vida antes de abrir La Bella Durmiente, pero le había insistido en que contara más y más historias de su infancia en Prescott. La risa que éstas provocaron en ella había caído sobre él como una cascada cálida.

Sí, había sido una semana estupenda.

¿Y el día siguiente? Demonios, el día siguiente iba a ser fantástico. Recogería a Janice a las diez en punto y se largarían por la carretera de la montaña a pasar un fin de semana… juntos.

Bueno, no juntos como en el pasado había pasado fines de semana con otras mujeres, pero sí estarían juntos.

Tenía ganas de que llegara el momento… más de lo que podría expresar con palabras.

Iba a pasar cuarenta y ocho horas en la fresca y bonita Prescott, Arizona.

Con Janice.

# Capítulo Ocho

Janice avanzó despacio por el vestíbulo de Hamilton House, abarcando todo con la vista. Se detuvo en el centro de la amplia estancia y se volvió hacia Taylor con ojos brillantes.

—Oh, Taylor —sonrió—, esto es precioso. Es como volver atrás en el tiempo.

—¿Te gusta entonces? —rió entre dientes.

—¿Gustarme? Me encanta. Todos los detalles han sido minuciosamente estudiados —hizo una pausa—. ¿Dónde piensan poner Andrea y Brandon las tiendas?

—Pregúntaselo tú misma. Aquí vienen.

Janice se dio la vuelta para ver a una pareja sonriente que se acercaba a ellos.

Brandon Hamilton era alto y de buena complexión; el traje oscuro que llevaba acentuaba sus hombros anchos y piernas largas. Tenía pelo negro, ojos oscuros y era atractivo con un toque salvaje.

Andrea Hamilton exhibía unos rasgos delicados y ojos oscuros enormes. Su pelo lustroso era de un castaño oscuro y le llegaba hasta los hombros. Lucía un vestido hasta las pantorrillas que se ceñía en su estrecha cintura.

Formaban una pareja atractiva y parecían… bueno, estar hechos el uno para el otro.

«De dos en dos», pensó Janice. Así era como se construía la sociedad. Parejas. Una mujer, un hombre. Una hembra y un macho. Hasta los colibríes lo sabían.

—Hola —saludó Andrea cuando Brandon y ella se detuvieron frente a Janice y Taylor—. Bienvenidos a Hamilton House. Es estupendo verte de nuevo, Taylor. Y tú debes ser Janice Jennings.

Taylor realizó las presentaciones oficiales. Observó el rostro de Brandon y vio que su amigo fruncía un poco el ceño al saludar a

Janice.

La reacción de Brandon había dado en el blanco. Llegaba a la conclusión de que Janice era muy bonita… pero sin llegar a serlo.

Janice lucía su típico traje grande, ése de color verde. En esa ocasión, los zapatos Oxford eran blancos, a juego con la blusa de cuello alto. Llevaba el pelo con su habitual moño.

Pero ya no se ponía las gafas, y el mérito se lo atribuyó a sí mismo. Durante el trayecto a Prescott, se había abstenido de mencionarlo.

—… a lo largo de la pared —le decía Andrea a Janice.

—Los planes de los que me habló Taylor parecen maravillosos —indicó ella—. Me imagino el paseo empedrado, las farolas, todo.

—Estamos muy entusiasmados con el proyecto —comentó Brandon, rodeando los hombros de Andrea con un brazo—. ¿Habéis comido?

—No —repuso Taylor—. Y estamos listos para almorzar.

—Bien —comentó Andrea—. Tenemos una mesa reservada en el comedor —calló un instante y rió—. No, no puedo aguantar más. ¿Te desmayarás de hambre si miramos primero las muestras que ha traído Janice de La Bella Durmiente, Taylor? Estoy ansiosa por verlas.

—Sonreiré y lo soportaré. Pero no hagas ningún comentario si me cruje el estómago. Iré a traer el equipaje y las cajas de La Bella Durmiente. Están en el coche.

—Iré contigo, Taylor —indicó.

—Janice y yo nos reuniremos con vosotros en la sala de conferencias —acordó Andrea.

Taylor y Brandon dejaron el hotel y cruzaron la calle hasta el aparcamiento. Taylor abrió el maletero.

—No lo entiendo —dijo Brandon, hablando por primera vez desde que los dos salieron.

—¿No entiendes qué?

—A Janice. Es una mujer muy hermosa, pero… —calló y meneó la cabeza.

—Sí —Taylor sonrió—. Es hermosa, de acuerdo. Esos ojos que tiene podrían detener el tráfico.

—Pero, ¿por qué esa ropa tan rara? ¿Y ese peinado de maestra de instituto?

—No sé con certeza por qué se viste como lo hace —metió las manos en los bolsillos de los pantalones grises que llevaba con un jersey blanco y ligero—. Conseguí que se quitara unas gafas de montura gruesa… sin graduación.

—¿Es que minimiza su belleza adrede? —Brandon enarcó las cejas.

—Creo que sí. Al principio, pensé que quizá no supiera lo magnífica que era, pero ahora empiezo a creer que oculta sus atributos naturales.

—Qué extraño —sacudió la cabeza.

—No, lo que pasa es que es muy complicada —guardó silencio un rato—. ¿Sabes una cosa, Brandon? Cuanto más tiempo paso hablando y compartiendo cosas con Janice, menos importa su aspecto. Ya casi ni pienso en ello.

—Hmmm.

—Es inteligente y una mujer de negocios muy astuta —continuó Taylor—. Tiene un gran sentido del humor, sigue los últimos acontecimientos mundiales, deportivos, cinematográficos… demonios, es completa. Ella… ¿Qué se supone que significa esa sonrisa de bobo que exhibes?

—¿Así que le has tomado cariño a la complicada señorita Jennings, viejo amigo? —preguntó Brandon sin borrar la sonrisa de la cara.

—No. Bueno, sí… me gusta. Es inteligente y…

—Corta —hizo un gesto con la mano—. No repitas toda la lista, por el amor del cielo. Bueno, será un fin de semana interesante.

—Para ya, Hamilton —sacó unas cuantas cajas del maletero y las puso en los brazos de Brandon—. Sé útil.

—Ya lo he sido —repuso al aceptarlas—. Fui yo quien te comentó que quizá estabas solo sin darte cuenta de ello, ¿recuerdas? Algo se está cociendo entre la misteriosa Janice y tú.

—No exageres —sacó dos maletas.

—Espero que sí —su amigo sonrió—. Ya era hora —leyó los logotipos de las cajas que sostenía—. La Bella Durmiente. ¿Sabes lo que creo?

—No, pero estoy seguro de que vas a decírmelo —lo miró con ojos centelleantes.

—Creo que el nombre no solo se aplica a la *boutique*, sino también a ella.

—¿Qué?

—Piensa en ello. La cuestión es saber si tú eres el príncipe que despertará a la bella durmiente con un beso. Oh, sí, va a ser un buen fin de semana. Por nada del mundo querría perdérmelo.

Cuando los dos regresaron al hotel, Andrea les informó de que, en su entusiasmo por ver la mercancía de La Bella Durmiente, no fue consciente del hecho de que Janice quizá prefiriera ir a su habitación a refrescarse.

Taylor debía ir a la quinta planta a llevarle la maleta. Brandon le entregó una llave del apartamento que compartía con Andrea, que se hallaba en la misma planta, y le dijo que dejara su equipaje en el cuarto de invitados.

Todos podían reunirse en la sala de conferencias en quince minutos.

—Sí, señora —acató Taylor, sonriéndole a Andrea—. Entendido, señora. Parto a cumplir lo ordenado.

—Todos los hombres deberían ser así de complacientes —indicó ella, mirando a Brandon, que le guiñó un ojo—. Prometo que no echaré un vistazo a las muestras mientras esperamos —guardó silencio—. Bueno, quizá uno muy cortito.

—No —Brandon sostuvo con más fuerza las cajas—. Probablemente, Janice tenga preparada una presentación. No puedes tocar nada hasta que ella baje, cariño.

—Bueno, maldita sea. Taylor, tu Janice es tan agradable… Me siento muy a gusto con ella, como si la conociera de toda la vida.

—No es mía —explicó con el ceño fruncido.

—Era una manera de hablar. Venga, vete. Janice espera la maleta.

Taylor se dirigió al ascensor que había del otro lado del vestíbulo.

—¿Así que te gusta Janice? —inquirió Brandon en cuanto su amigo se alejó—

—Mucho. Es amigable, cálida, encantadora. Comprendo que sus clientas le sean leales. Es de magnífico trato.

—¿Su aspecto no te pareció un poco inusual? —él enarcó las cejas.

—Sí —asintió—. Janice es hermosa, pero hace todo lo posible para no serlo. En cierto sentido, es un misterio, una persona muy compleja. A Taylor le espera trabajo.

—Coincido contigo; sin embargo, ¿qué te hace pensar que Taylor está interesado en ella aparte de ser su contable?

—Brandon, Brandon. Soy mujer. Sé estas cosas por instinto. Tú obsérvalos. Las tías lo captarán de inmediato.

—Eh, no se me pasaba por la cabeza cuestionarlo, aunque no creyera que tenías razón. La mente femenina está más allá de mi

comprensión.

—Desde luego que sí, mi amor —le sonrió con calor—. Llevemos esas cajas a la sala de conferencias. Siento impaciencia por ver las cosas de La Bella Durmiente.

—Taylor necesita descubrir mucho más sobre La Bella Durmiente que lo que hay en estas cajas —indicó Brandon.

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

Brandon se inclinó con las cajas y le dio un beso fugaz.

—Andrea, mi amor, no intentes entender las obras geniales de la mente masculina. Te sentirás frustrada al encontrar una constante derrota.

Andrea miró al cielo y luego emprendió la marcha hacia la sala de conferencias.

Janice sonreía al contestar la llamada de Taylor a su puerta.

—Entrega de equipaje —explicó él, sonriendo.

—Gracias. Pasa —se hizo a un lado para darle acceso—. Oh, Taylor, mira esta habitación —cerró y agitó un brazo en el aire—. ¿No es exquisita? Creo que si miro por la ventana, en la calle veré caballos y carricoches en vez de coches. La decoración es perfecta de la época.

—Sí —coincidió él, depositando la maleta en la cama. Dejó la suya en el suelo—. Brandon ejecutó un trabajo magnífico al restaurar Hamilton House y… —dejó de hablar al ver que Janice miraba fijamente su maleta—. ¿Algún problema?

—¿Qué hace en mi habitación? —la señaló.

—Es mía.

—Lo sé, Taylor.

—Es mía y, por ende, debe estar conmigo allí donde yo esté.

¿Sabes a qué me refiero?

Janice entrecerró los ojos al mirarlo con vehemencia.

Pudo ver el destello de diversión en sus ojos. La estaba pinchando para comprobar qué clase de reacción recibiría. En ese momento, se comportaba como el niño travieso que había crecido en Prescott.

«Prepárate, Sinclair», pensó. «Puedo dar lo mismo que recibo».

—¿Problema? —repitió con expresión de pura inocencia—. Eso aún hay que determinarlo. Todo depende de un tema crucial.

—¿Sí? —Taylor frunció el ceño.

—Oh, sí. Podría ser un freno en el camino. Lo mejor será encararlo y esperar lo mejor.

—¿En?

—Taylor —susurró con voz ronca y recorrió la distancia que los separaba para rodearle el cuello con los brazos—. ¿Tú… —pestañeó exageradamente—… roncas?

Él se quedó atónito, y al rato oyó la risita que escapó de los labios de Janice. Estalló en una carcajada, le quitó los brazos del cuello y besó cada una de sus manos antes de soltarlas.

—Primer punto para ti, señorita Jennings. Durante un segundo me engañaste.

—Te lo merecías.

—Lo sé —rió otra vez—. Señora, ahora iré a dejar mi maleta en el apartamento de Brandon y Andrea y volveré a recogeros. Adiós.

—Adiós.

Después de que Taylor saliera de la habitación, la sonrisa de Janice se desvaneció y contempló la cama con dosel.

Taylor y ella habían bromeado sobre si tendrían que compartirla.

Pero Janice sabía que, en lo más hondo de su ser, anidaba la necesidad y el deseo de hacer el amor con él, borboteando y resplandeciendo como rescoldos a la espera de ser avivados para alcanzar las llamas que ella permitiría que la consumieran.

Sí, anhelaba hacer el amor con Taylor Sinclair.

Suspiró, abrió la maleta y comenzó a colgar la ropa en el armario.

«Taylor, Taylor, Taylor», entonó su mente. Al menos de momento la aceptaba tal cual era. Qué maravilloso era eso. Qué regalo especial le daba.

Pero sabía que no duraría, porque Taylor estaba acostumbrado a la compañía de mujeres hermosas.

Pero, ¿y si… y si… mientras ella era el centro de su atención, mientras él quería hacer el amor con ella, bajaba los muros de protección y creaba con Taylor recuerdos atesorados que podría guardar para siempre?

¿Y si hacía el amor con Taylor Sinclair?

Después de guardar la ropa interior en los cajones de la cómoda, dejó la maleta vacía en el armario y se sentó en el borde de la cama a esperar su regreso.

No había posibilidad de que pudiera resultar emocionalmente herida si daba el paso importante e íntimo con Taylor. No iba a enamorarse del hombre… cielos, no; solo quería hacer el amor con él.

Se daba cuenta de que lo que Taylor y ella tenían era temporal, que terminaría muy pronto, en cuanto él se cansara de estar con una mujer que no provocaba ninguna envidia en otros hombres. No se quedaría con una mujer como ella durante mucho tiempo, ya no tenía por qué hacerlo.

Debía ser en ese momento o nunca. Tenía la impresión de que, si dejaba pasar esa oportunidad, no lo haría.

—¿Y bien, Janice? —preguntó en voz alta—. ¿Hasta dónde llega

esta actitud tuya de «puedo manejarlo»? Antes de poder bucear en su corazón y en su mente en busca de una contestación, llamaron a la puerta. Se levantó y atravesó el cuarto para abrirle a Taylor.

Aproximadamente una hora después, los cuatro se hallaban sentados a una mesa en el comedor de Hamilton House, degustando unas ensaladas.

—Recuerdo el sabor de la comida, aunque ha pasado una eternidad desde la última vez que la vi —comentó Taylor.

—Pobrecito —rió Andrea—. ¿Quieres también mi ensalada? ¿O con una te basta?

—Me contendré, porque sé que en la cocina hay un sándwich de carne con mi nombre.

—Eres un espíritu valeroso —Andrea le palmeó la mano.

—Un brindis por Janice y su *boutique* La Bella Durmiente —Brandon alzó la copa de agua—. La incorporación más reciente a las tiendas de Hamilton House.

—Brindo por eso —corroboró Taylor. Los cuatro juntaron sus copas.

—Es tan estimulante —comentó luego Andrea—. La mercancía que vendes es exquisita, Andrea.

—Y cara —Brandon ladeó la cabeza en dirección a su mujer—. Algo de lo que soy bastante consciente, ya que has comprado la mitad de las muestras de Janice.

—Bueno, Brandon —ella le sonrió—. Eran de mi talla y debían ser mías. Además, ¿cómo puedo recomendar los productos de nuestras tiendas si no los he probado? —miró a Janice—. ¿Verdad? Tú te pones artículos de La Bella Durmiente, ¿no?

Taylor giró la cabeza y la observó con intensidad.

«Oh, oh», pensó. Andrea iba por terreno peligroso. Una mujer que se vestía como Janice no se ponía lencería sexy. Diablos, ¿en

qué pensaba Andrea? ¿No veía que Janice era el tipo de mujer que se ponía ropa interior blanca de algodón?

—Bueno, yo… —comenzó Janice.

—Pásame la sal —intervino Taylor—. Por favor.

Brandon le pasó el salero que estaba al fácil alcance de su amigo.

—Yo… —comenzó Janice otra vez.

—Y la pimienta.

—¿Se te ha roto el brazo? —inquirió Brandon, depositando el pimentero en la mano de Taylor.

—¿Necesitas algo más, Taylor? —preguntó Janice.

—No —repuso, y se volvió hacia Andrea—. Imagino que sería como trabajar en una heladería. La gente que trabaja en las heladerías llega al punto de no soportar los helados. Por lo tanto, Janice no podría llevar la mercancía de La Bella Durmiente, porque…

—Perdona, Taylor —interrumpió ella—, pero te equivocas. Para responder a tu pregunta, Andrea, sí, tengo un guardarropa completo de mercancía de La Bella Durmiente, al igual que lociones, sales de baño y otros accesorios.

—¿Sí? —Taylor la miró con los ojos abiertos.

—Claro que sí —ella alzó la barbilla y clavó la vista en él—. Las palabras no pueden describir lo sensual y femenina que te sientes cuando el satén y el encaje te acarician la piel. Es maravilloso.

—Oh —logró comentar él mientras sentía una oleada de calor por su cuerpo.

—Esto es nuevo para mí —rió Janice—. Estoy sentada a una mesa hablando de mi ropa interior.

—Espero que me gusten mis braguitas pantalón —comentó Andrea—. Hasta ahora nunca había tenido unas.

—En este momento, yo llevo puestas unas con una enagua a juego —indicó Janice—. Son muy cómodas. Estoy segura de que disfrutarás del juego que compraste. Se deslizarán por tu piel con un tacto suave mientras te mueves, como… como un beso ligero.

«Santo cielo», pensó Taylor, moviéndose en la silla. Iba a morirse ahí mismo. ¿Janice se ponía lencería de La Bella Durmiente? Increíble. Y la forma en que lo describía lo estaba encendiendo.

¿Es que esa mujer nunca iba a dejar de sorprenderlo? ¿Jamás dejaría de revelar otra capa de su personalidad que él desconocía que existiera?

—¿Algún problema, amigo? —preguntó Brandon con una sonrisa al mirarlo.

—Cállate, Hamilton —lo miró con ojos furiosos.

—Pensé que debía preguntártelo —Brandon se encogió de hombros.

—No me extraña que tu *boutique* tenga tanto éxito, Janice —Andrea soslayó el intercambio entre los dos hombres—. Ninguna mujer podría resistir la tentación de comprar tus productos después de describirlos como lo acabas de hacer. Debemos cerciorarnos de que la directora de la tienda de Hamilton House sea capaz de expresarse tan bien como tú.

—Cuando contrato a mis empleadas les regalo artículos diversos de la *boutique* —explicó Janice—. Es una buena inversión, porque, en cuanto se ponen las prendas, su entusiasmo resulta contagioso. Las imágenes mentales que invocan en las clientas potenciales son muy vividas.

—Ya veo —musitó Taylor.

Brandon lo oyó y prorrumpió en una carcajada.

—¿Nos hemos perdido algo? —preguntó Andrea, mirando a su marido con ojos curiosos.

—La comida —dijo Taylor cuando apareció la camarera con una

bandeja grande—. Eso es lo que falta aquí… comida.

—Actúas de forma extraña cuando no se te alimenta de forma regular, Taylor —comentó Janice.

—Lo sé —aceptó—. No me hagas caso. Soy así desde pequeño. Puedes preguntárselo a mi padre. Te dirá que necesito comer o me pongo extraño, muy extraño.

Brandon estuvo a punto de ahogarse por la risa, y le indicó a Andrea que le palmeara la espalda cuando la hilaridad dio paso a un ataque de tos.

Para alivio de Taylor, la conversación pasó a otros temas mientras los cuatro disfrutaban del exquisito almuerzo.

Horas más tarde, Janice se puso una túnica de color naranja de mangas largas que le llegaba a media pierna.

—Una tienda anaranjada —musitó al comprobar la abundancia de tela.

Había sustituido los robustos Oxford por unos sencillos zapatos de color crema con tacones bajos, pero el cabello seguía recogido en el severo moño.

Se sentó en el borde de la cama y bostezó.

«Mi reino por una cabezadita», pensó. Durante la agradable tarde que había pasado con Taylor explorando Prescott, había bostezado varias veces, provocando su risita. Él le había explicado que se debía a la altitud.

Había sido un paseo agradable en el que había conocido a muchas personas amigables que él conocía de toda la vida.

Parpadeó varias veces, luego volvió a bostezar y se llevó la mano a la boca.

—Cielos, qué sueño tengo.

Se puso de pie y caminó por la habitación con la esperanza de

desterrar la necesidad de acurrucarse en la cama y ceder al sopor que empezaba a dominarla.

«Despierta», se ordenó. No iba a ser una compañía brillante durante la cena si no escapaba de esa bruma mental. Andrea y Brandon habían planeado una velada en la que estarían las tías abuelas de Brandon, Prudence y Charity, además del doctor Ben Rizzoli, amigo de la infancia de los dos.

Posó la mirada en una caja bonita que había dejado sobre la cómoda.

Estaba tan contenta con la compra que había realizado. La pareja de colibríes de cristal montada sobre una base de madera quedaría muy bien en la repisa de la chimenea de su salón.

Y cada vez que contemplara la delicada estatuilla, sabía que invocaría los recuerdos de ese fin de semana especial.

Sonrió al revivir mentalmente las horas de la tarde.

Qué afortunados eran Brandon y Taylor al haber crecido en esa pequeña ciudad, tan cálida y abierta. Qué infancias felices habían tenido los dos.

Frunció el ceño.

No, no pensaba tomar el camino que conduciría a pensar en su propia juventud. No tenía nada que ganar con eso, salvo reducir su estado eufórico aunque somnoliento. Se concentraría en las horas despreocupadas que había pasado con Taylor.

En todo el recorrido por Prescott, Taylor en ningún momento había explicado que Janice era una clienta suya. La había presentado como «Mi amiga, Janice Jennings, de Phoenix», y, en el proceso, a menudo le rodeó los hombros con un brazo.

Pensó que los típicos rumores de las ciudades pequeñas ya debían haberse iniciado, porque Taylor había dejado bien claro con las personas que habló que Janice y él pasaban juntos, realmente juntos, el fin de semana en Hamilton House.

¿Por qué lo habría hecho? Podría entenderlo si fuera una belleza deslumbrante. Que todos vieran lo que el atractivo y cosmopolita

Taylor Sinclair estaba acostumbrado a llevar del brazo.

Pero, ¿exhibirla a ella? No tenía sentido.

—¿Llegaré a comprenderlo alguna vez? —Alzó las manos—. Lo dudo.

Miró la hora, luego a la puerta, esperando oír la llamada de Taylor en cualquier momento.

Taylor se hallaba en el pasillo ante la puerta de Janice, con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

Se había dado una ducha rápida, puesto unos pantalones y un jersey y salido casi corriendo por el pasillo hacia la habitación de Janice.

Hacía apenas una hora que la había dejado, pero ahí estaba, comportándose como un adolescente ansioso que no dejaba de pensar en el momento en que volvería a ver a Janice.

Había disfrutado mucho del tiempo pasado con ella. Los ojos le habían brillado de excitación por todas las cosas nuevas que veía, y su sonrisa había sido auténtica al conocer a la gente que era importante para él.

Había estado… bueno, orgulloso de presentar a Janice a las personas que conocía de toda la vida. Sí, orgulloso. Ella era auténtica, abierta, amigable, honesta. No había pensado ni un segundo en el modo en que iba vestida al presentar al ser humano que era Janice a sus amigos.

Y se había sentido como un gigante.

Entrecerró los ojos al contemplar la puerta.

«Reconócelo», se dijo. Se hallaba en un caos mental. Janice le producía una total confusión.

Los sentimientos hacia ella no paraban de crecer. Le importaba mucho, de verdad.

Y el cielo sabía que la deseaba, que quería hacer el amor con ella con una intensidad que no se parecía a nada de lo que había experimentado con anterioridad.

«¿Por qué, maldita sea, por qué?»

Janice era todo lo opuesto a las mujeres con las que él salía. No encajaba en el molde, ni siquiera se acercaba. Pero, por motivos que no era capaz de explicar, comenzaba a conquistarlo.

¿Por qué? Ésa era la pregunta crucial. ¿Y qué iba a hacer al respecto?

—Eh, tío bueno —dijo una voz—. ¿Mantienes una conversación con esa puerta? ¿Tiene algo interesante que decirte?

Taylor se volvió y sonrió al instante.

—Hola, tía Charity —saludó—. Buenas noches, tía Prudence —llamó rápidamente a la puerta de Janice—. Es magnífico veros de nuevo —Janice abrió—. Os presento a Janice Jennings —continuó—. Janice, estas dos maravillosas damas son los amores de mi vida. Permite que te presente a la tía Prudence y a la tía Charity.

—Hola —Janice sonrió encantada—. He oído hablar tanto de ustedes que tenía muchas ganas de conocerlas.

Las mujeres mayores eran de la misma estatura y tenían las mismas facciones. La tía Prudence llevaba un vestido azul marino de cuello alto, y la tía Charity lucía una brillante creación de tafetán rosa que a Janice le recordó algo que podría haber estado de moda en un salón de baile a principios de siglo.

—El placer es nuestro, querida —dijo la tía Prudence.

—Puedes apostarlo, encanto —añadió la tía Charity—. Ya era hora que Taylor nos presentara a una chica.

—Oh, yo no… —comenzó Janice.

—Claro que sí —interrumpió Charity—. Vayamos a cenar. Estoy hambrienta.

Janice entró a recoger el bolso, luego salió al pasillo y cerró la

puerta a su espalda.

—Tengo entendido que una de las nuevas tiendas del vestíbulo será tuya, Janice —comentó Prudence mientras los cuatro se dirigían al ascensor.

—Se llama La Bella Durmiente —aclaró Charity—. Vende lencería fina.

Janice rió y decidió que ya adoraba a las famosas tías.

«Lencería fina», repitió Taylor mentalmente, y observó la amplia e informe túnica de Janice. Tras la conversación devastadora del almuerzo, sabía que bajo esa horrible cosa anaranjada había una lencería sensual de satén y encaje.

Pensar en ello toda la noche podía llevarlo al borde de la locura.

—¿Disfrutas de tu visita a Prescott, querida? —le preguntó la tía Pru cuando entraron en el ascensor.

—Oh, sí. Me lo estoy pasando de maravilla. Todo es… bueno, perfecto.

—¿Lo es? —inquirió Taylor.

—Lo es —Janice le sonrió con calidez.

—Adelante, chico grande —indicó la tía Charity dándole un leve golpe en las costillas con el codo.

Taylor rió, pero se puso serio al instante.

«¿Adelante?», pensó. Ojalá supiera adónde iban Janice y él en esa extraña relación que mantenían.

Necesitaba respuestas.

Y pretendía obtenerlas.

Pronto.

# Capítulo Nueve

Taylor se alisó el jersey rojo sobre los vaqueros que se había puesto para la recepción de boda que se celebraría esa tarde en la plaza de la ciudad. Se peinó, miró otra vez la hora, luego se sentó en un sillón en el apartamento de sus amigos.

Aún era demasiado temprano para recoger a Janice. Apoyó los codos en los reposabrazos y movió los dedos.

La cena la noche anterior había sido muy agradable. Sencillamente, se lo había pasado en grande. Janice le había caído bien a todo el mundo, y era evidente que su calor y espontaneidad eran sinceros.

Ben Rizzoli había sido encantador, como siempre, aunque en momentos había parecido un poco preocupado. La tía Pru fruncía el ceño con inquietud cada vez que miraba en dirección de Ben.

Justo lo que necesitaba. Otro misterio. Más preguntas sin respuesta. Quizá dispusiera de la oportunidad de hablar con Ben a solas en la recepción.

Volvió a mirar la hora, y meneó la cabeza disgustado consigo mismo.

Le había insistido a Janice que durmiera hasta tarde, ya que era evidente que padecía el efecto de la altitud. Había pasado la mañana con Brandon llevando cajas de refrescos a la plaza. La actividad había servido como una distracción menor.

«¿Y bien, Janice?», pensó. «¿Cómo estás tú? ¿Qué actitud tienes hoy, hermosa dama? ¿Qué elegirás ponerte para el *picnic* en la plaza con el fin de cubrir tu ropa interior sexy?»

La Bella Durmiente. Sí, Brandon tenía razón. Eso era exactamente Janice Jennings… la Bella Durmiente.

Esperaba a su príncipe, al hombre que la despertaría, que le daría confianza para emerger de su capullo y convertirse en la hermosa mariposa que era capaz de ser.

Un hombre que la amara lo suficiente para animarla a abrazar la plena extensión de su feminidad.

¿Amar a Janice? ¿Enamorarse de Janice Jennings? Cielos, era un pensamiento aterrador. Amar con el tiempo significaba perder, que el corazón sufriera más allá de todo límite.

El amor llegaba y luego se iba, bien por la muerte o bien por la desintegración de dicho amor debido a las presiones de la vida cotidiana.

No, prefería pasar.

Pero, ¿y si se enamoraba de ella a pesar de su firme decisión de no hacerlo? ¿Podría llegar a suceder? Diablos, no lo sabía.

Lo que sí sabía era que dejar la noche anterior a Janice ante su puerta, después de compartir un beso abrasador, había sido una de las cosas más difíciles que le había tocado hacer. Ella había respondido totalmente al beso, pareció fundirse con él, convertirse en una parte suya, por lo que no había querido abandonarla.

Le había musitado que ése no era el momento. Andrea y Brandon esperaban que durmiera en su cuarto de invitados. Cuando hicieran el amor, sería algo íntimo, solo de ellos, sin que fuera del conocimiento corriente de la gente que los rodeaba.

Había dicho «cuando». No paraba de repetirlo. No si, sino cuando, y Janice nunca corregía su elección de palabra. Lo deseaba, quería hacer el amor con él con la misma intensidad que él.

Pero, ¿y si hacer el amor con Janice lo empujaba más allá del abismo emocional y hacía que se enamorara de ella?

—No —se puso de pie.

Comenzó a caminar con las manos metidas en los bolsillos y el ceño fruncido.

Debía retroceder, poner cierta distancia entre Janice y él, retornar a su papel original de contable, nada más. Seguir por ese sendero era emocionalmente demasiado peligroso.

Se detuvo en seco al sentir un escalofrío.

Eso significaría que nunca más la besaría, nunca más la tendría en brazos, la pegaría a su cuerpo, jamás vería cómo sus expresivos ojos se velaban de deseo por él, solo por él.

Dios, qué imagen fría y vacía.

«Incluso ahora puede que estés solo y no lo sepas».

—De acuerdo, de acuerdo —musitó, reanudando el paseo.

Reconoció que Janice había llenado un vacío en él que no sabía que tenía. Se sentía… completo cuando estaba con ella.

Quería quedarse a su lado, la echaba de menos cuando se separaban, incluso por un breve período de tiempo, era agudamente consciente de su masculinidad cuando Janice, la mujer, se hallaba con él.

La imagen de un futuro sin ella era desolador y oscuro. Ella era el sol y las flores, una bocanada de aire fresco y primaveral.

«Y esto», pensó con desasosiego, «debe ser el amor».

Volvió a detenerse y se pasó unas manos trémulas por la cara.

—Oh, Dios —miró al techo—. ¿Qué he hecho? ¿Y qué demonios voy a hacer al respecto?

«Huir», martilleó su mente. Debía establecer una distancia física y emocional. «Ahora». No podía ni debía tocarla otra vez, ni abrazarla o besarla. No.

El amor no cuidado se apagaría como la llama de una vela, hasta que al final desaparecería, dejaría de existir. Recuperaría el mando de su corazón, de su mente y alma, no quedaría vulnerable, sin protección contra la agonía que surgía al acabar el amor.

La sola idea de salir de la vida de Janice ya le producía dolor. El corazón le dolía como algo tangible.

Un momento. El tenía el control. Tomaba una decisión consciente para poner fin a la relación con Janice. Sin duda, el dolor desaparecería más deprisa que si permitía que la situación

continuara en manos del destino.

¿No?

—Diablos —espetó—. Estoy hecho un lío, un completo lío.

Debía calmarse y serenarse. No podía reflexionar con claridad porque estaba a punto de pasar más tiempo con Janice.

Irían juntos a la recepción, luego tendrían que conducir por las montañas de regreso a casa.

Tendría que contener sus pensamientos hasta encontrarse a salvo en su apartamento de Phoenix, solo, capaz de analizar todo de forma razonable y racional.

Mientras tanto, pondría la mente en blanco, se obligaría a sonreír y, de algún modo, sobreviviría el resto del día.

En su habitación, Janice comenzó a recogerse el pelo en el habitual moño, pero de pronto vaciló.

¿Un moño para un *picnic*? Quizá era exagerado. Llevaba unos pantalones amplios color tostado y una blusa verde sin forma que colgaba hasta la mitad de sus muslos.

Quizá su ropa era suficiente para camuflarla para ese acontecimiento. Podía ceder un poco. No deseaba avergonzar a Taylor con su aspecto.

—Bien —asintió con firmeza—. Un poco.

Se hizo la trenza que solía llevar cuando nadaba en la piscina. Después de asegurar el extremo con una cinta de goma, se miró en el espejo.

No parecía muy distinta. Lucir una trenza en vez de un moño no era un cambio importante, salvo que resultaba mucho más cómodo.

—Lo más probable es que Taylor ni se dé cuenta —expuso en voz alta con un encogimiento de hombros.

Taylor se dio cuenta.

Cuando Janice respondió a la llamada a la puerta, lo saludó con alegría, luego dio media vuelta para ir a recoger el bolso.

Él abrió mucho los ojos y el corazón comenzó a latirle con fuerza al ver la trenza larga y dorada oscilar en el aire.

«Dios», pensó, «¿es que el glorioso pelo de Janice es tan largo? Imagina cómo sería sentirlo suelto cuando hagamos el amor, acariciándome el cuerpo con sedosa suavidad, cayendo sobre los pechos de Janice en un telón seductor que haría a un lado para contemplar el tesoro femenino».

Janice Jennings lo torturaba, lo mataba poco a poco.

—Ya estoy lista —regresó ante él con una sonrisa luminosa en la cara—. ¿Sabes que es la primera vez que voy a ir a un *picnic*?

«Esta mujer me ha robado el corazón», reflexionó con incredulidad. Lo había hecho. No se podía negar, no había modo de esconderse de la verdad.

Estaba profundamente enamorado de Janice Jennings.

—¿Taylor? —ladeó la cabeza y lo observó—. ¿Sucede algo? Se te ve muy pálido de repente. ¿Te encuentras mal?

¿Mal? Sí, estaba mal, si para ello contaba la locura. Enamorarse era lo último que esperaba en la vida. Estaba tan enfadado consigo mismo que podía escupir fuego por la boca.

—¿Taylor?

—¿Qué? Oh, lo siento. Me distraje —carraspeó al oír su voz ronca—. Me… me gusta tu pelo de esa manera, Janice.

—¿Sí? —Asió la trenza y la trasladó a la parte delantera del cuerpo—. Pensé que ni siquiera te ibas a dar cuenta. Al mirarme en el espejo, no logré distinguir ninguna diferencia en mi aspecto.

Taylor apartó la vista del lugar en que la trenza sobresalía con

sensualidad del pecho derecho de Janice y la miró a los ojos.

—Hay una diferencia —asintió—. Tu pelo es… no sé… te suaviza la cara. Es algo muy bonito y atractivo. Tienes mucho cabello, ¿lo sabías? Es precioso… como una caléndula, una… —calló y meneó la cabeza—. Demonios, olvídalo.

—¿Una caléndula? Gracias, Taylor. Es un cumplido que recordaré. Continuamente me… bueno, me haces sentir muy especial.

«Porque estoy enamorado de ti, maldita sea», gruñó su mente. «¿Y sabes qué, Janice Jennings? Eso me irrita de verdad».

—Vamos —dijo con hosquedad—. Llegaremos tarde a la fiesta.

Mientras caminaban hacia la plaza, lo miró de reojo, notando la expresión tensa de su mandíbula, las líneas marcadas de su entrecejo.

«¿Por qué está tan gruñón?», se preguntó. Era evidente que algo lo perturbaba. Pero aun así, estaba atractivo y viril, irradiaba una masculinidad descarada que casi resultaba tangible.

Quiso plantarse ante él y obligarlo a detenerse para rodearle el cuello con los brazos y besarlo hasta que ambos quedaran mareados por el deseo.

Se sentía tan feliz, joven y despreocupada. Estaba a punto de disfrutar del primer *picnic* de su vida con el hombre más magnífico que había conocido.

Taylor, que la hacía sentir tan femenina que formaba una contrapartida perfecta para su masculinidad.

Taylor, que la aceptaba tal como era, lo cual era un don tan escaso y maravilloso que desafiaba cualquier descripción en su esplendor.

Taylor, que poco a poco iba derribando sus murallas emocionales, cada vez más cerca de capturar su corazón para siempre.

«Cielos», pensó a punto de tropezar. ¿Se estaba enamorando de Taylor Sinclair?

—¿Por qué jamás fuiste a un *picnic*? —preguntó él de pronto, alejándola de sus pensamientos.

—¿Qué? Oh, bueno, a mi madre no le gustaban esas cosas. Solo tenía un objetivo en lamente.

—¿Cuál? —la miró.

«Los concursos de belleza», pensó ella. Hacer desfilar a su hija delante de jueces, extraños, gente que determinaría si era lo bastante hermosa para pasar, ser aceptada, ganar el premio. Malditos concursos.

—No es importante —repuso—. Fue hace mucho tiempo. Mira toda la gente que hay en la plaza. Va a ser una gran fiesta.

—Hmm —musitó él.

«¿Qué me oculta?», pensó. Siempre que salía el tema de su juventud y de su madre, se desviaba en otra dirección.

¿No confiaba en él para compartir sus secretos más profundos?

¿Qué había en su infancia y en su madre que tanto la inquietaba? Quería, necesitaba, saberlo, tener la certeza de que Janice supiera que él jamás le haría daño.

Su relación se basaba en cimientos de honestidad, de…

¿Sí?

Si era tan sincero con Janice, ¿por qué no abría la boca y le declaraba su amor? Le mantenía un secreto. «Te amo, Janice. Janice, te amo. Estoy enamorado de ti, Janice».

Sintió sudor por el pecho.

No. No iba a contarle lo que sentía. Ya tenía suficientes problemas para reconciliarse con el descubrimiento de sus emociones sin tener que exponérselo a Janice.

Además, no tenía sentido decírselo porque estaba decidido a desenamorarse de ella. Amar, perder, ser hecho añicos, era más de lo que podía soportar.

Al entrar en la exuberante y verde hierba de la plaza, el entusiasmo imperante los envolvió junto con el sonido de las charlas y las risas. Por todas partes, había mantas extendidas en la tierra al igual que una generosa cantidad de sillas.

—Eh, chico grande —gritó la tía Charity por encima del alboroto —. Estamos aquí.

Taylor sonrió y agitó la mano, luego Janice y él se abrieron paso entre la multitud. Las tías Charity y Prudence se hallaban sentadas en sillas junto a dos mantas en la hierba. Una gran cesta de mimbre adornaba el centro.

Una mujer atractiva de poco más de treinta años sonrió en cuanto vio a Taylor y corrió a darle un abrazo.

—Hola, guapetón —dijo—. Es maravilloso verte.

—Hola, cariño. Estás más hermosa que la primera vez que te vi.

Janice sintió un nudo en el estómago al observar a la mujer que Taylor tenía en brazos.

Realmente era hermosa. Alta y esbelta, tenía unos adorables ojos verdes y un pelo rubio rojizo que caía en ondas hasta sus hombros. Llevaba unos vaqueros ceñidos y un *body* verde que acentuaba sus ojos y su figura hasta la perfección.

Era el tipo de mujer a la que estaba acostumbrado Taylor. Se la veía espléndida y segura, tal como lo demostraba el hecho de que rodeó el cuello de Taylor sin titubear.

«Bueno, perfecto», pensó, respirando hondo. Lo más probable es que fuera lo mejor. Era un golpe de realidad, un recordatorio de cómo eran las cosas.

La mujer se apartó de los brazos de Taylor y extendió una mano hacia Janice.

—Tú debes ser Janice Jennings —sonrió—. Me llamo Jennifer Mackane. Soy la directora del comedor de Hamilton House, aunque durante tu estancia en el hotel he estado disfrutando de unos felices días libres. Tengo entendido que abrirás una tienda en el hotel.

—Sí, así es —logró esbozar una sonrisa al estrechar su mano—. Encantada de conocerte, Jennifer.

—Todos te debemos gratitud por conseguir que nuestro Taylor viniera a Prescott. Lo he echado de menos.

—Oh.

—Taylor, Brandon y Ben… ¿has conocido a Ben? —continuó Jennifer—. En cualquier caso, los tres eran como mis hermanos mayores durante nuestra infancia. Estaba bien siendo pequeños, pero, cuando empecé a salir con chicos podría haberlos estrangulado. No dejaban de aparecer en los momentos equivocados, sembrando el caos en mi vida amorosa de adolescente.

—¿Oh? —repitió Janice, el rostro iluminado por una sonrisa sincera.

—Nos tomábamos muy en serio nuestro papel de hermanos mayores —rió Taylor—. Y, de hecho, aún lo hacemos. ¿Sales con alguien a quien haga falta explicarle las reglas?

¿Taylor consideraba a la hermosa Jennifer Mackane como a una hermana? El corazón de Janice dio saltos de alegría.

—No —repuso Jennifer—. Aunque tampoco te lo diría si saliera con alguien, ya que eres un pendenciero. En mi vida solo hay un chico, y es al único que necesito —miró alrededor—. Vaya. ¿Adónde ha ido?

—Ahí está —señaló Taylor—. Se ha ganado un paseo en los hombros de Brandon, y vienen hacia aquí.

Janice observó acercarse a Brandon y Andrea. Encaramado sobre los hombros de Brandon había un niño precioso de unos cuatro años, con los ojos y el pelo del mismo tono que los de Jennifer.

—Saludos —dijo Brandon, deteniéndose junto al grupo.

—Hola, Joey —le dijo Taylor al niño—. Apuesto que desde ahí arriba puedes verlo todo.

—Sí —corroboró el pequeño—. Soy alto como el cielo, tío Taylor. Soy grande, grande, grande.

—Y pesado, pesado, pesado —Brandon bajó a Joey al suelo—. ¿Qué le das de comer, Jennifer?

—Tengo hambre, mami —indicó Joey.

—Lo que decía —rió Brandon.

—Tengo cuatro años —le dijo el pequeño a Janice, alzando el número adecuado de dedos—. Tenía tres, pero luego celebré mi fiesta de cumpleaños, y entonces tuve cuatro, así que, tengo cuatro. Es mejor que tres.

—Sin duda lo es —sonrió Janice.

Pensó que Jennifer era afortunada de tener un niño así. Por la conversación mantenida, resultaba evidente que Jennifer era una madre soltera entregada a su hijo. Imaginó ver la carita de ese querubín por las mañanas y acostarlo y arroparlo por las noches.

¿De dónde había salido esa veta maternal? Hacía años que había aceptado el hecho de que no sería madre.

—¿Juegas a la rayuela, Joey? —se oyó preguntar.

—No, no, no —repuso con el ceño fruncido—. Ése es un juego de chicas. Yo soy capitán de una nave espacial.

—Esta semana —rió Jennifer—. La semana pasada era bombero. Vamos, Joey, quiero que saludes a la tía Martha.

—Vale —Joey agarró la mano de Jennifer y comenzó a avanzar a saltos con ambos pies—. Soy un tigre.

—Volveremos —indicó su madre por encima del hombro—. Andando, tigre.

—Qué niño tan maravilloso —comentó Janice, incapaz de suprimir un tono nostálgico.

—Lo es, ¿verdad? —coincidió Andrea.

—¿Quieres un par de hijos como Joey? —sonrió Brandon.

—Sí —repuso Andrea con igual sonrisa—. ¿Hago mi pedido?

—Queda apuntado.

—¿Jennifer sigue sin salir con nadie, Brandon? —preguntó Taylor.

—Así es. Es muy terca al respecto —frunció el ceño—. Dice que Joey es lo único que necesita en su vida. Janice, el marido de Jennifer murió en un accidente de construcción una semana antes de que naciera Joey.

—Oh, eso es terrible.

—Sí, fue duro —dijo Brandon—. Desde la muerte de Joe, no ha salido con nadie.

—Estamos trabajando en ello —intervino la tía Charity—. A propósito, ¿dónde anda Ben?

—En el hospital —repuso Brandon—. Un bebé insiste en nacer justo en medio de nuestra celebración.

—Qué desconsideración —dijo la tía Charity—. Bueno, quizá aparezca más tarde.

—¿Os dio la impresión de que Ben… no sé… estaba preocupado o algo parecido? —inquirió Taylor.

—Sí, querido —suspiró la tía Prudence—. Nos tiene inquietos. Sin duda hay algo que lo preocupa.

—Hmm —Taylor frunció el ceño.

«Una familia», pensó Janice. Todas esas personas especiales eran como una familia grande, cálida y cariñosa. ¿Comprendían lo afortunados que eran?

—Será mejor que te acostumbres a esto —dijo Taylor,

volviéndose para sonreírle a Janice—. Supongo que vendrás a comprobar la marcha de La Bella Durmiente en Hamilton House bastante a menudo. Te enterarás de las últimas noticias sobre todo el mundo, te interesen o no.

—Claro que le interesará —afirmó la tía Charity—. Janice ya forma parte de la familia.

Taylor acarició con suavidad la trenza sedosa.

—Sí —musitó, mirándola a los ojos—. Lo es. Es miembro de la familia.

# Capítulo Diez

Durante la primera hora del trayecto por la carretera de montaña desde Prescott, ella charló alegremente sobre lo mucho que se había divertido en el *picnic* en la plaza.

Le encantó la gente maravillosa y amigable que había conocido, lo conmovedor que había sido el brindis que el alcalde había hecho en honor de Andrea y Brandon, la comida deliciosa que había descubierto en la cesta de mimbre, y así sucesivamente.

Cuando al fin bajó de la nube en la que se hallaba, se dio cuenta de que Taylor respondía con monosílabos y no tomaba parte en la conversación.

Comentó algo de que no había tenido oportunidad de hablar a solas con Ben cuando éste llegó a la fiesta, luego volvió a guardar silencio.

Janice lo observó y decidió no insistir en el tema de su estado de ánimo más bien solemne, por miedo a que su propio estado eufórico pudiera desaparecer.

Nada iba a nublar los recuerdos del fin de semana. Se había divertido mucho, se había sentido libre, joven y aceptada. Había sido algo glorioso, y atesoraría cada momento vivido.

Centró su atención en el hermoso crepúsculo que veteaba el cielo al acercarse a Phoenix.

«Un intento más», decidió. No sabía por qué Taylor iba tan ensimismado, parecía tan distante y absorto, pero realizaría un último intento para comunicarse con él.

—¿No te parece una puesta de sol hermosa? —rompió el silencio opresivo que reinaba en el coche.

—¿Qué? Oh, sí, precioso, muy bonito. Nada se compara con un crepúsculo de Arizona.

—¿Taylor? —Se volvió hacia él todo lo que se lo permitió el cinturón de seguridad—. ¿Sucede algo?

—No —se apresuró a responder—. Lo que pasa es que tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Quieres compartirlas? ¿Hablar de ello? Sabes que te escucharé.

«¿Compartirlas?», repitió él mentalmente. ¿Compartir el hecho de que estaba enamorado de ella? ¿Contarle a Janice la profundidad de sus sentimientos verdaderos y sinceros? ¿Anunciarle que estaba tan asustado de ese amor que sentía un nudo en el estómago?

—No. Gracias, pero no —esbozó una leve sonrisa—. Solo tengo algo en la cabeza que he de solucionar —«cómo desenamorarme de ti», pensó consternado.

—Bien —ella asintió—. Bueno, quiero darte las gracias por un fin de semana fabuloso.

—Me alegro de que lo disfrutaras.

Has hecho un montón de amigos nuevos en Prescott, Janice. A todo el mundo le has caído muy bien. Siempre que subas a comprobar la marcha de La Bella Durmiente, te darán… la bienvenida a casa.

—Como parte de la familia —susurró ella.

Taylor alargó el brazo y le apretó con suavidad una de las manos.

—Sí. Ahora ya eres miembro de la familia de Prescott —la soltó y volvió a asir el volante.

Janice lo contempló largo rato, respiró hondo y alzó la barbilla.

—¿Y aquí, Taylor? ¿En este coche? ¿Quién soy aquí, ahora mismo, contigo?

«La mujer que amo», pensó. En su corazón, mente y alma, era suya, y no era capaz de manejar la magnitud de eso.

—Eres… eres una mujer muy especial, Janice —explicó con suavidad—. Un tesoro maravilloso. Tú significas… mucho para mí.

—Tú también me importas, Taylor, y mucho.

—Bueno, eso es… estupendo, perfecto… supongo —suspiró y meneó la cabeza—. Demonios, Janice, no sé qué decirte. Ahora mismo me siento bastante confuso, ¿vale? Sé que no quiero hacer nada, nunca, que te pueda herir. ¿Me crees?

—Sí —ella asintió despacio—. Sí, te creo. Confío en ti, Taylor, y eso no es algo que suela decir a la ligera.

—Lo sé, y te lo agradezco.

Volvieron a guardar silencio. La oscuridad cayó sobre el esplendor del crepúsculo como un pesado telón, luego millones de estrellas comenzaron a titilar en el cielo aterciopelado. Taylor se fundió con el denso tráfico de la ciudad.

Al acercarse a la casa de Janice, el silencio en el coche cambió y crepitó con una sensualidad que casi resultaba palpable.

Fueron muy conscientes el uno del otro, de la pequeña distancia que los separaba, del calor del deseo que empezaba a vibrar de forma insistente en sus cuerpos.

«Este fin de semana», pensó Janice, «este maravilloso fin de semana, aún no ha terminado. Todavía no. Taylor llevaría mi maleta al interior de la casa y en el salón se dispondría a despedir los dos días que pasamos juntos. Probablemente me bese, una vez, quizá dos».

Luego, ella cerraría la puerta, se prepararía para irse a la cama, se metería entre las sábanas frescas y, después, contemplaría la oscuridad.

Sola.

Echando de menos a Taylor.

Anhelándolo.

Queriendo hacer el amor con él.

Así iba a ser.

A menos que…

Miró por la ventanilla, con la mente y el corazón desbocados.

A menos que acopiara suficiente coraje y le dejara claro que lo deseaba más allá de lo imaginable, que quería hacer el amor con él todas las horas de la noche.

¿Podría hacerlo? ¿Podría ser tan atrevida? ¿Lamentaría haber dado un paso tan importante al enfrentarse a ello a la luz del nuevo día?

Volvió a girar la cabeza para mirarlo, bebiendo de su perfil tan atractivo, de sus manos fuertes pero gentiles mientras agarraba el volante, de sus piernas largas y poderosas y sus hombros anchos.

Junto con el calor del deseo que palpitaba en su interior, surgió una calidez apacible, una sensación correcta y firme de satisfacción acerca de hacer el amor con ese hombre magnífico y complejo.

«¿Qué significa?», reflexionó. ¿Estaba enamorándose de Taylor? ¿Qué importaba la profundidad de sus sentimientos por él?

Cuando Taylor saliera de su vida, lo cual sin duda haría, lloraría lágrimas de desesperación, luego reuniría su valor y fortaleza interiores y continuaría adelante.

Sola.

Pero a medida que pasaran los días, las semanas, los meses y después los años, se aferraría a esos recuerdos maravillosos de lo que había compartido con Taylor. Eso, de algún modo, bastaría para ayudarla a sobrellevar el resto de sus días.

No, no sabía si se estaba enamorando de Taylor Sinclair. Carecía de experiencia para reconocer esa vital emoción. Pero que lo quería mucho era una verdad tan intensa que le daba la impresión de que casi podía tocarla, sostenerla en sus manos como un frágil tesoro.

Sí, quería hacer el amor con él esa noche y concluir el fin de semana especial que habían pasado juntos en la intimidad definitiva entre hombre y mujer.

Y no tendría remordimientos a la salida del sol.

Cuando Taylor subió por la entrada de la casa de Janice, ésta respiró hondo y deseó que su corazón se tranquilizara. Había llegado el momento.

En el salón, Janice encendió una lámpara y luego se sentó en el sofá con la caja que contenía la estatuilla de cristal de los colibríes que había comprado en Prescott. La sacó y observó a Taylor, de pie en la puerta con su maleta en la mano.

—Deja la maleta en cualquier parte —sonrió—. Debo buscar el lugar perfecto para esto, y me gustaría conocer tu opinión. ¿En la repisa del salón? ¿Qué te parece?

«¿Qué me parece?», pensó. ¿Janice quería que tuviera un pensamiento inteligente y racional en el caos que reinaba en su cerebro? Imposible.

—No sé —se encogió de hombros. Dejó la maleta en el suelo—. ¿No mencionaste que tenías un cuadro con colibríes sobre tu cama? Quizá la estatuilla encaje en la misma habitación.

«Santo cielo», pensó con un escalofrío. Taylor sugería que fueran al dormitorio. Sí, decididamente, ése era el momento. Debía ser cosmopolita, sofisticada. Y lo sería, siempre que sus piernas temblorosas la sostuvieran al ponerse de pie.

—Bueno, vayamos a verlo, ¿quieres? —despacio, se incorporó.

Cuando Taylor la siguió por el pasillo, meneó la cabeza.

Si esa escena tuviera lugar con otra persona que no fuera Janice, él se estaría preguntando si había café para desayunar por la mañana. Ahí estaban, marchando como soldados hacia su dormitorio, su cama.

Pero era Janice, y el destino que los aguardaba no significaba más que elegir un sitio donde colocar un bonito recuerdo de su viaje al norte.

Janice era tan inocente e ingenua, no tenía ni idea de lo que la

población masculina en general daría por hecho de la invitación que había realizado de que entrara en su dormitorio. Ahorcaría a cualquier tipo que intentara aprovecharse de su falta de conocimiento de las reglas del juego.

Al entrar, Janice cruzó la estancia a oscuras para encender la lámpara pequeña de la mesita de noche, que proyectó un resplandor suave y rosado.

—Es muy bonito —Taylor recorrió el cuarto con la mirada, incapaz de no demorarse un momento en la cama grande.

Ella depositó la estatuilla en la mesa redonda que había al lado de la mecedora, luego se irguió y miró a Taylor.

—¿Cómo queda? —preguntó.

Avanzó despacio para detenerse a unos cincuenta centímetros de ella. Contempló el cuadro que colgaba sobre la cama, la estatuilla y, luego, los ojos de Janice.

—Perfecto —asintió. «De acuerdo, Sinclair, lárgate de aquí. Ahora»—. Sí, queda muy bien —«Buenas noches, Janice. Adiós, Janice. Que duermas bien, Janice. Sinclair, ponte en marcha».

Janice adelantó la trenza y se quitó la banda elástica, que dejó caer en la mesa junto a los colibríes. Comenzó a pasarse los dedos por el pelo, deshaciendo la trenza.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Éste es el sitio para la estatuilla —hizo una pausa—. Aquí, en mi dormitorio. La veré todas las noches y todos los días. ¿Taylor? Cuando la mire, recordaré este fin de semana que pasé contigo. Todos los detalles. Cada momento precioso, cada recuerdo.

Él esbozó una ligera sonrisa y asintió, dándose cuenta de que una sensación extraña se había cerrado en torno a su garganta, imposibilitándole el habla.

Janice era increíble. Ahí estaba, a rebosar de sinceridad al expresar su gratitud porque le hubiera proporcionado unos buenos recuerdos.

Se sintió tan humilde, tan asombrado por la realidad, la rareza,

la inocencia y la honestidad que continuamente exhibía ella. No tenía nada falso ni manipulador. Era Janice.

Y era maravillosa.

Pero… pero, ¿qué demonios estaba haciendo con su pelo?

El corazón de Taylor experimentó un vuelco al ver cómo soltaba la cascada dorada para que cayera sobre sus pechos en lustrosas ondas. Le costó tragar saliva.

—¿Qué haces? Quiero decir… Dios, Janice, ¿qué haces?

—Quiero concluir este fin de semana con el recuerdo más glorioso de todos —musitó—. Quiero hacer el amor contigo, Taylor.

—Pero… —calló, con la mente a cien por hora.

«¡No!», exclamó para sus adentros. No podía dar ese paso con ella. ¡No podía! Ya estaba sumido en un desastre emocional, luchando consigo mismo por la profundidad de los sentimientos que ella le inspiraba y su incapacidad para evitar enamorarse.

¿Y si hacían el amor, si compartían esa unión íntima?

¡No! Necesitaba poner distancia entre ellos, rescatar su corazón de las garras femeninas de Janice Jennings y, de algún modo, lograr desenamorarse antes de que lo destruyera.

Pero… cuánto la deseaba.

Janice redujo la breve distancia que los separaba y rodeó el cuello de Taylor con sus brazos. Él mantuvo los puños cerrados a los costados.

—¿No me deseas, Taylor? —susurró—. No te pido promesas. Ningún compromiso. Solo existe el ahora, esta noche que es nuestra —le dio un beso fugaz—. ¿Me deseas, Taylor?

El frágil control que había mantenido él se quebró.

Con un gemido de necesidad que surgió de los más profundo de su pecho, hundió las manos en el sedoso cabello de Janice y bajó su boca con fuerza sobre los labios de ella, separándoselos para

introducir la lengua en la dulce oscuridad e ir al encuentro de la suya.

«Oh, Taylor, sí», pensó Janice ensoñada, y luego dio rienda suelta a su creciente pasión.

El beso fue fuego, unas llamas que los lamieron con un fogonazo encendido que los consumió al instante. Fue deseo más allá de cualquier cosa que hubieran conocido jamás. Fue intenso y real, de ellos dos.

Taylor alzó la cabeza unos centímetros, respiró hondo y volvió a reclamar la boca de Janice. Bebió de ella, la saboreó, se llenó con su misma esencia.

Lentamente, a regañadientes, lo interrumpió para enmarcar el rostro de Janice entre sus manos y mirarla a los ojos.

—¿Estás segura de esto? —inquirió con voz ronca—. ¿No tendrás remordimientos? No podría soportar que lamentaras haber dado este paso, Janice.

—No lo lamentaré —murmuró ella—. No se piden ni se dan promesas.

—Sabes que te deseo.

Pero una voz en su cabeza repitió que también la amaba, y que no debería hacer eso. Estaba mal, era muy peligroso, pero carecía de la fortaleza interior para marcharse. No esa noche. Era demasiado tarde. Se enfrentaría a las ramificaciones de sus actos al día siguiente.

Esa noche era de ellos.

Juntos.

—Y yo te deseo, Taylor. Más de lo que soy capaz de expresar.

Él asintió, luego perfiló la forma perfecta de sus labios húmedos con la punta de la lengua. Janice tembló con esa incitante caricia. Taylor bajo las manos para aferrar la tela de la túnica y subírsela despacio.

Ella apoyó las manos en sus antebrazos.

—No —dijo—. Voy a apagar la luz.

—Pero quiero verte.

—No, Taylor, por favor. Necesito que hagas el amor conmigo, la mujer que soy, la que conoces como persona. El modo en que me aceptas y me deseas no tiene nada que ver con mi aspecto. No espero que lo entiendas, pero, por favor, concédemelo. Por favor.

—Cariño… —contempló el techo largo rato, luego sonrió y la miró otra vez—. En este instante, soy masilla en tus manos. Robaría un banco por ti si me lo pidieras. Apaga la luz.

—Gracias —le devolvió la sonrisa.

Janice se acercó a la cama, apartó el edredón para dejar al descubierto unas sábanas de color verde y luego apagó la lámpara de la mesita. La oscuridad dominó al instante la habitación.

El único sonido fue el crujido de las prendas al quitárselas y el de sus propios corazones.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad; cerraron la distancia que los separaba y alargaron los brazos con anhelo hacia la persona que necesitaban y deseaban más allá de toda medida.

Un suspiro de puro placer escapó de los labios de Janice al entrar en el abrazo de Taylor; sus pechos se aplastaron con un dolor dulce contra el muro sólido de su torso, que tenía la piel húmeda y cubierta con un vello que hizo que le hormiguearan los senos. Sus piernas eran poderosas y su excitación plena y palpitante.

El corazón y la mente de Janice cantaron que la deseaba. Sin verla, sin juzgar su apariencia, ese hombre magnífico la deseaba. A ella.

Taylor buscó y encontró los labios de Janice mientras sus manos recorrían la piel aterciopelada. La oscuridad potenció sus sentidos, creando el aura más erótica y sensual que jamás había experimentado.

Podía sentir los pechos de Janice pegados contra su torso, un

tesoro femenino superior a cualquier cosa que hubiera imaginado que escondía bajo su ropa amplia.

Inhaló su aroma a flores delicadas. La curva suave de sus caderas y la pendiente de sus nalgas eran tan femeninas que hacían que fuera muy consciente de su masculinidad.

Oyó un leve gemido de necesidad escapar de la garganta de Janice y se regocijó en el conocimiento de lo mucho que lo deseaba. A él.

En el duelo de sus lenguas, el sabor de ella era como un néctar dulce, algo tan sensual que lo amenazaba con perder el control.

Apartó la boca y habló pegado a sus labios, con voz ronca de deseo.

—Janice…

—Sí —susurró ella, luego le tomó la mano y lo condujo a la cama.

Taylor la siguió y se tumbó a su lado, con los dedos apoyados en el estómago plano de Janice.

Las preguntas comenzaron a invadir su mente cargada de pasión. ¿Por qué insistía en la oscuridad? ¿Por qué no le permitía verla a la luz tenue de la lámpara?

¿Qué ocultaba? ¿Qué temía? ¿Significaba eso que no confiaba plenamente en él? ¿Por qué…?

Janice pasó una mano por la espalda de Taylor en un contacto sutil, luego avanzó hacia el pecho, después más abajo… más abajo…

Y todo pensamiento racional abandonó la mente de Taylor.

Bajó la cabeza para encontrar su boca. Se incorporó sobre un codo y ello le dio acceso a sus exuberantes pechos. Posó los labios en uno, succionándolo, convirtiendo el pezón en un capullo tenso con la lengua.

—Oh —jadeó ella.

Taylor le rindió tributo al otro pecho mientras sentía el corazón desbocado. Las manos de Janice no se quedaban quietas al acariciarlo y explorarlo, para crear un sendero de fuego sobre su cuerpo allí donde se posaban.

Sintió un calor increíble que ardía más y más e incrementaba la pasión hasta un punto casi febril.

Todo tenía una cualidad sobrenatural en la oscuridad. Era como si hubieran sido transportados a un lugar lejano donde un simple vislumbre del otro bastaba, ya que la sensación, el sabor y el aroma los consumían.

Resultaba extraño, desconocido, nuevo y… maravilloso. Y el calor se hizo más intenso.

—Taylor, por favor —pidió ella con voz ahogada.

—Sí —dijo con aspereza.

Se situó encima de Janice y la penetró, envolviéndose en la húmeda oscuridad, llenándola, dándole todo lo que era.

—Oh, sí —susurró ella.

La antigua danza comenzó a un ritmo lento, sincronizado a la perfección. Taylor incrementó los embates y Janice se acopló a él, alzando las caderas para darle la bienvenida.

Más rápido. Un asalto atronador en una cadencia que provocó nudos de tensión dentro de ellos. Más encendido. Más alto. A punto… a punto…

Estallaron al olvido con segundos de diferencia, aferrándose con fuerza, pronunciando el nombre del otro en el viaje más allá de la realidad.

Flotaron allí una eternidad, disfrutando, y luego regresaron despacio, muy despacio, al presente.

Taylor se derrumbó sobre Janice, sus energías agotadas, luego rodó hasta quedar junto a ella, rodeándole la cintura con un brazo.

Sus corazones se aquietaron. La respiración recuperó la normalidad. Los cuerpos se enfriaron. Suspiraron al unísono en satisfacción saciada.

Ninguno habló. Ninguno pudo encontrar las palabras para describir esa unión maravillosa. Ninguno deseó quebrar el hechizo etéreo.

Durmieron.

Horas más tarde, Taylor se movió al oír su nombre susurrado por una voz aterciopelada que lo alcanzó en su sueño profundo.

—¿Hmm? —musitó adormilado.

—Son las cuatro de la mañana —murmuró Janice—. El sol saldrá en una hora. Debes irte, Taylor, mientras aún esté oscuro. Vete ahora. Por favor.

—Janice…

—Por favor, Taylor. Será un final perfecto para la noche más gloriosa de mi vida. Por favor. Vete mientras aún reine la oscuridad.

«¿Por qué?», martilleó su mente. «Ah, Janice, ¿por qué?»

—Sí, de acuerdo.

Le dio un beso hondo y salió de la cama. Por casualidad encontró su ropa, se la puso y volvió a inclinarse sobre la cama.

—Hasta luego, Bella Durmiente.

—Sí. Gracias, Taylor —susurró ella—. Por todo.

Se marchó de la habitación con cuidado. Los minutos pasaron mientras Janice escuchaba con atención hasta que al final oyó el motor del coche al arrancar y alejarse.

—Gracias —repitió.

Entonces, cerró los ojos y cedió a un apacible sueño.

# Capítulo Once

Janice se despertó más tarde que de costumbre y, con celeridad, realizó su rutina mañanera. Después de ducharse, se recogió el pelo en un moño, se puso un traje amplio de color mostaza y unos robustos zapatos blancos.

Y en todo momento sonrió.

No podía borrar la expresión tonta que se formaba en sus labios. Se sentía muy bien, especial y atesorada después del glorioso acto de la noche anterior con Taylor.

Taylor la había aceptado por sí misma, no por su aspecto, y ése era un regalo que guardaría para siempre.

¡No era de extrañar que sonriera!

En la cocina, miró la hora y frunció el ceño. Apenas disponía de tiempo para beber media taza de té. Se lo sirvió, sopló el líquido caliente y se acercó a la puerta con la esperanza de captar un vistazo de los colibríes.

—Ahí estás —dijo al ver a uno que se acercaba a desayunar.

Bebió un sorbo y esperó que apareciera el otro. Pero no lo hizo.

Miró en todas direcciones en busca del segundo pájaro.

¿Dónde estaba? Sintió un escalofrío al contemplar al colibrí solitario.

«Solo», repitió su mente. Habían sido dos. Pero, en ese momento, únicamente había uno. Estaba solo.

No, no quería que la delicada criatura se encontrara sola el resto de su vida, sin su compañera. Estaban hechos el uno para el otro. Juntos.

No podía soportar la idea de un futuro que se extendía en el infinito, vacío, hueco, porque Taylor se hubiera marchado. Eran espíritus afines, dos mitades que formaban un todo.

Sí, así es como debería ser, porque amaba a Taylor de una forma irrevocable, con una intensidad que desafiaba cualquier descripción.

Estaba enamorada de Taylor Sinclair.

Parpadeó, luego se dio cuenta de que la mano que sostenía la taza temblaba con tanta fuerza que el té salpicaba el suelo. La agarró con ambas manos y se acercó a la encimera, donde la depositó con cuidado.

Con piernas flojas, se dirigió a la mesa y se dejó caer en una silla. Apoyó los codos en la superficie y hundió la cara en las manos.

«Santo cielo, ¿qué he hecho?», pensó con frenesí. ¿Cuándo había perdido el control de sus emociones y se había enamorado?

Solo había querido disfrutar de un tiempo con Taylor para atesorar recuerdos maravillosos que pudiera invocar en su corazón cuando él no estuviera.

Sí, lo echaría de menos. Y también lloraría cuando se fuera. Pero, como no se había enamorado de él, el dolor de su partida no tardaría en desaparecer. «¿Y ahora?».

Oh, Dios, quedaría destrozada, devastada cuando saliera de su vida.

—Janice, eres una necia —dijo, alzando la cabeza.

Solo ella era culpable. Había tenido la certeza de que podría gozar de una aventura con Taylor, llorar cuando se fuera y continuar con su vida como siempre la había conocido.

De verdad, había creído que la profundidad de los sentimientos crecientes hacia Taylor no importaba, ya que no sería capaz de reconocer algo tan ajeno a ella como el amor. Por lo tanto, esa emoción no podría tocarla aunque sucumbiera a ella. Qué razonamientos tan sofisticados y mundanos.

Pero estaba claro que no era una mujer sofisticada. Era una niña emocional, que no tenía suficiente experiencia de la vida para evitar

perder el corazón con el hombre más magnífico que había conocido.

—¿Qué voy a hacer? —sintió el hormigueo de unas lágrimas.

No, no podía desmoronarse. Debía controlarse… de inmediato.

Se puso de pie y comenzó a caminar por la cocina. Tenía pensar. ¿Era mejor poner fin a la situación con Taylor? ¿Decirle que no deseaba verlo más?

Meneó la cabeza.

¿Para qué serviría? Estaba enamorada de él y nada podría borrar ese hecho. Lo único a su favor era que Taylor no sabía que lo amaba.

Se detuvo ante la puerta y miró con ojos vacíos el patio y se agarró los codos en gesto protector. Respiró hondo.

Muy bien. Empezaba a calmarse y a analizar la penosa situación de manera racional. Era obvio que Taylor pondría fin a su relación. Regresaría a su mundo de deslumbrantes mujeres hermosas que se conducían según el código de comportamiento de los solteros.

Lo sabía, lo había sabido desde el principio. Ella no era más que una novedad para Taylor, una mujer muy distinta de las que estaba acostumbrado a tratar. Pero hasta que no le dijera adiós… era suyo. Para emborracharse con su visión, ver su sonrisa, oír su risa, ser el recipiente de sus caricias y besos, compartir el acto amoroso de forma espléndida.

Era suyo para amarlo.

Con el tiempo, se le rompería el corazón, y en las noches largas y solitarias derramaría lágrimas. Pero no sería ella quien pusiera fin a compartir sus momentos. Disfrutaría de cada momento que tuviera y atesoraría esos recuerdos.

—Sí —susurró—. Eso es lo que haré.

Iba a apartarse de la puerta cuando algo captó su atención. Se quedó boquiabierta.

Era el segundo colibrí.

Aleteó en el aire cerca del primero, que aún desayunaba, y luego se marcharon al vuelo. Juntos.

—Sed felices —fue incapaz de contener las lágrimas que llenaron sus ojos—. No os abandonéis. No estéis solas, pequeñas criaturas. Quedaos… —un sollozó le cortó la voz— … juntos… para siempre.

Para Taylor el día fue una serie en apariencia interminable de horas no productivas. Se sentía inquieto, nervioso, incapaz de concentrarse en el complicado trabajo que tenía extendido sobre el escritorio.

Había perdido la cuenta de las veces que había alargado la mano hacia el teléfono con la intención de llamar a Janice, para apartarla en el último segundo y descartar la idea.

¿Qué le podía decir? No se trataba del típico día de después. Porque nunca en su vida había hecho el amor con una mujer de la que estaba enamorado.

Apoyó la cabeza en el respaldo y contempló el techo. ¿Qué demonios iba a hacer? Se sentía desgarrado, quebrado en dos piezas.

Una parte de él estaba asombraba de haberse enamorado, de haber encontrado a una mujer capaz de adueñarse de su corazón, mente y alma. Era, sencillamente, sorprendente.

Pero, ¿y la otra mitad de su psique?

Sentía miedo. Un miedo gélido y aterrador.

Con el tiempo, amar era llegar a perder ese amor.

Las pruebas de ello se hallaban por doquier a su alrededor, gritando esa verdad con voz cruel y burlona.

No podía ver otra vez a Janice. Debía largarse de esa relación antes de que avanzara más. Antes de…

—Diablos —dijo y se puso de pie.

¡Era demasiado tarde! Ya le había entregado el corazón a Janice Jennings. Si en ese momento se iba de su vida, él sería la causa de perderla, quien crearía su propia soledad.

¿Era mejor dejar el final en manos del destino? ¿Quedarse con ella el tiempo que durara? ¿Aguardar el golpe que lo pondría de rodillas y le partiría el corazón?

¿O debía controlar la situación, prepararse para el dolor y decirle a Janice que volvía a ser solo su contable?

—Elige, Sinclair —comentó en voz alta, mirando por la ventana —. ¿Sufrir como mil demonios ahora o después? ¿Qué prefieres?

Se apretó el puente de la nariz.

«Basta», se ordenó. Sus pensamientos avanzaban en círculos, incorporando hilos a la telaraña de confusión.

Iría a visitar a su padre. Eso lo distraería de la agitación que sentía. Sí, trataría de convencerlo de lo estupenda que era la jubilación. Se centraría en otra persona que no fuera él mismo. Buen plan.

Se marchó a toda velocidad y farfulló una explicación ininteligible para su precipitada salida, y una vez más su secretaria meneó la cabeza desconcertada por la conducta extraña de su jefe.

Clem Sinclair abrió la puerta y se hizo a un lado para que su hijo entrara en el salón. Tenía dos perchas en una mano, cada una con una camisa de vestir.

—Me alegro de que hayas venido —dijo su padre, cerrando la puerta—. Puedes ayudarme a decidir.

—¿Decidir qué? —se aflojó el nudo de la corbata.

—Qué camisa ponerme. ¿La azul o la blanca con rayas azules?

—Supongo que depende del sitio al que vayas a ir —repuso

distraído al sentarse en el sofá.

Clem cruzó la estancia y se situó delante de su hijo.

—Voy a llevar a una encantadora dama llamada Mary Alice a cenar.

—¿Que vas a hacer qué? —Taylor se irguió, dándole toda su atención. Abrió mucho los ojos.

—Ya me has oído. ¿Qué camisa?

—Olvida las malditas camisas —se levantó—. ¿Estás loco? Papá, ¿en qué piensas? Cuando te dije que deberías concentrarte en llenar tus horas de ocio, no incluía a mujeres, por el amor del cielo.

—No mujeres, en plural. Una mujer —explicó Clem—. Para ser preciso, Mary Alice. La conocí en la pista del tejo, aquí en el complejo. Tiene mi edad, es viuda, muy bonita, inteligente y con magnífico sentido del humor. Iremos a comer pescado.

—No, no irás —afirmó con un gesto tajante de la mano.

—¿Quieres dejar de gritar? Por el amor de Dios, Taylor, ¿qué te pasa? Pensé que te mostrarías encantado. Fuiste tú quien dejó bien claro que no debía sentir compasión de mí mismo y continuar con mi vida.

—¡No me refería a que te engancharas con una mujer!

—Sigues gritando —Clem frunció el ceño.

—Claro que sí. Papá, escucha, escúchame. No te hagas esto. ¿Y si te enamoras de esa Mary No Sé Qué?

—Mary Alice. Se llama Mary Alice Winters —soltó una risita—. El destino es fascinante.

—¿No has oído lo que acabo de decir? —prosiguió Taylor—. ¿Y si te enamoras de ella? ¿De verdad quieres pasar por eso otra vez cuando suceda? ¿No has tenido suficiente dolor en tu vida?

Clem dejó las perchas en el respaldo de una silla y se sentó.

—Siéntate en el sofá, hijo —indicó—. Ahora mismo. Taylor soltó un juramento, pero hizo lo que le pedía—. Empecemos desde el principio. «¿De verdad quieres pasar por eso otra vez cuando suceda?» ¿Qué es exactamente ese misterioso eso?

—La pérdida —musitó Taylor. Respiró hondo—. Amar para luego perder. Así es como sucede en todo momento. Termina por medio del divorcio, la muerte, o lo que sea —meneó la cabeza—. Papá, tú lo sabes. Tu mujer murió. Se suponía que debía estar contigo en los bien merecidos años de la jubilación. Pero, ¿está aquí? Demonios, no. Hace tiempo que se marchó.

—Dios mío —Clem apoyó las manos en las rodillas y adelantó el torso—. Es eso, ¿verdad? Por eso jamás te has casado. Tu discurso de que querías una mujer a la antigua fue una excusa. Le tienes miedo al amor, a estar enamorado, ¿verdad, Taylor? ¿No?

—Sí, ésa es la verdad —volvió a alzar la voz—. Y con causa justificada, ¿no crees? Mira a tu alrededor, papá. ¿A cuántas parejas felices para siempre ves?

—Oh, Taylor —se hundió contra el respaldo—, ¿en qué fallé al educarte? ¿Cómo es posible que creas en lo que dices? ¿Dónde está la lógica última de tus palabras? ¿Jamás me tendría que haber casado con tu madre, pasado esos maravillosos años con ella, tenerte a ti y una vida espléndida, porque existía la posibilidad de que terminara antes de lo que yo esperaba?

—¡Sí! —Sacudió la cabeza con vehemencia—. No. Pero… Maldita sea, desde que me enamoré de Janice, mi cabeza está revuelta y confusa… Olvídalo. Lo que quiero decir… ¿Por qué sonríes como un tonto?

—¿Estás enamorado? —Clem irradió una expresión feliz—. ¿De Janice Jennings, de La Bella Durmiente? Vaya, qué me aspen. ¿No es lo más maravilloso que he oído?

—¡No! —rugió Taylor, poniéndose de pie—. No pretendía contarte lo que sentía por Janice. No viene a cuento. ¿Es que no has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho?

—Siéntate —Taylor se sentó—. Hijo, por favor, debes prestarme atención —continuó serio—. Si hubiera tenido una bola de cristal y hubiera podido ver el futuro, saber que iba a perder a tu madre tan

pronto, aún me habría casado con ella y le habría jurado mi amor el tiempo que hubiera durado.

—No. Imposible —intervino Taylor—. No estás tan loco. No te habrías entregado con la seguridad de que te romperían el corazón, papá.

—Oh, sí que lo habría hecho, Taylor, porque el júbilo y la riqueza de lo que compartí con tu madre pesaría mucho más en la balanza emocional. Taylor, no hay garantías en lo de amar a alguien. Tú estás convencido de que perder el amor es algo garantizado, y te equivocas.

—Pero…

—Te estás condenando a una vida vacía y solitaria porque permites que tus miedos controlen tu corazón y tu mente. ¿Dónde está tu coraje, tu fortaleza interior como hombre? ¿Vas a huir de la vida de Janice Jennings porque te aterra perderla? ¿Vas a privaros a los dos de todo lo que podríais disfrutar juntos?

—Papá…

—Hijo, no, no te hagas esto a ti mismo. Vive, Taylor. Vive, y ama, y regocíjate con cada momento que tengas con la mujer que ha capturado tu corazón.

—No… no sé —se pasó una mano por el pelo—. Necesito protegerme contra el tipo de dolor que sufriste tú cuando murió mamá, el corazón roto que veo en mis amigos cuando se divorcian y…

—Y no conocer jamás —interrumpió Clem— lo que es mirar cada mañana a una mujer que te ha brindado la mayor felicidad experimentada por el hombre. No sostener jamás a un bebé en brazos, un milagro, resultado de amar a esa mujer. Jamás despertar de un sueño profundo y alargar el brazo en la oscuridad para tocarla y asegurarte que está ahí, disfrutar con el conocimiento de que no estás solo. De no estar solo, Taylor.

—Pero, ¿cuánto tiempo? —preguntó Taylor con voz ahogada por la emoción—. ¿Cuánto tiempo, papá, antes de volver a estar solo? Pero, en esta ocasión, eres dolorosamente consciente de lo que has perdido, de lo que tenías y se ha ido. ¿Cuánto tiempo?

—No importa.

—¿Qué?

—Cuando estás enamorado, Taylor, un solo latido del corazón es una vida de felicidad. Pero, cuando estás solo, un segundo es una eternidad. Piensa en ello, Taylor. Mira a Janice, abrázala, y piensa en ello.

Se miraron, el padre con amor y el hijo con confusión. Mientras se observaban, reinó el silencio.

Taylor rompió el contacto y se levantó despacio, sintiendo el cansancio hasta los mismos huesos.

—He de irme —se dirigió a la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo y giró la cabeza para mirar a su padre—. Gracias, papá. Pen… Pensaré en lo que has dicho —Clem asintió—. Papá, voto por la camisa a rayas. Tiene más garbo.

Clem Sinclair siguió con la vista clavada en la puerta después de que Taylor la cerrara a su espalda.

—Sé paciente con mi hijo, Janice Jennings —susurró—. La espera valdrá la pena, señorita Bella Durmiente.

# Capítulo Doce

Cuando Taylor dejó la casa de su padre, condujo sin un rumbo en particular.

Media hora más tarde sacudió la cabeza disgustado al darse cuenta de que se hallaba a solo dos manzanas de La Bella Durmiente.

A dos manzanas de Janice.

El reloj en el salpicadero anunciaba que quedaban cuarenta y cinco minutos para que cerrara la tienda y se dirigiera a su casa.

Fue a un aparcamiento pequeño situado en la calle de atrás de la tienda, dio un paseo y, al final, se sentó a esperar en un banco junto a un árbol.

Se quitó la corbata, la guardó en el bolsillo de la chaqueta del traje y se frotó el cuello con un suspiro de cansancio.

«Es estupendo», pensó. «Ahora me oculto detrás de un árbol en vez de encarar a Janice, la mujer a la que amo». La mujer que lo asustaba con su sola existencia. Su Bella Durmiente.

—Demonios —musitó desde lo más hondo de su alma.

Sabía que sin Janice en su vida iba a estar solo. La amaba tanto que no le importaba que se vistiera con una ropa horrible o se recogiera el pelo en un moño compacto. Nada de eso importaba.

La amaba por lo que era. Era todo y más de lo que un hombre podía esperar encontrar en la pareja de su vida, en su esposa, la madre de sus hijos.

No había nada, nada, en Janice que pudiera alejarlo. Sí, aún era consciente de que le guardaba secretos. Algo la acosaba y ésa era la causa por la que se negaba a mostrarle su cuerpo en su forma más pura. Todavía no confiaba plenamente en él.

Eso le dolía un poco, pero sería paciente, le daría todo el tiempo que necesitara para creer de verdad en él.

Puede que el tiempo también fuera la respuesta para Taylor. Quizá pudiera conquistar sus miedos despacio, con cada día y noche que pasara con Janice. Tal vez podría…

Plantó las manos en los muslos y se levantó.

«Janice Jennings», pensó, «te amo. Y ahora mismo voy a decírtelo». ¿Y luego? «Demonios, que sea lo que Dios quiera». Tiempo. Quizá, ésa era la clave para los dos.

Con un gesto decidido, avanzó hacia el coche.

Janice tarareaba en voz baja mientras recorría la *boutique* para cerciorarse de que todo estaba en su sitio para el día siguiente. Satisfecha con lo que vio, fue a cerrar la puerta justo en el momento en que Taylor entraba en La Bella Durmiente.

—Taylor —su rostro esbozó una sonrisa instantánea.

—Lo siento —se disculpó él—. Sé que tendría que haberte llamado hoy.

—¿Por qué? —frunció el ceño.

Él abrió la boca, la cerró y sacudió la cabeza al soltar una risita.

—Ah, Janice. Eres increíble.

«Taylor», pensó ella, «te amo». A pesar de lo tonto que sonaba, era verdad.

—Las reglas indican que has de hablar con la mujer para cerciorarte de que está bien el día después de la noche anterior —explicó con una ligera sonrisa.

—Oh. No lo sabía.

«Y ése es uno de los motivos por los que te amo», pensó Taylor.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí, gracias —Janice sonrió—. ¿Se supone que yo debo preguntarte lo mismo?

—No. Imagino que se supone que los chicos somos emocionalmente duros.

—No me parece justo. Taylor, ¿podrías cerrar la puerta, por favor? La Bella Durmiente ha cerrado oficialmente por hoy.

Taylor echó el cerrojo, giró el letrero para que se leyera Cerrado y volvió a mirar a Janice.

—Tengo que hablar contigo —indicó—. Vayamos a comer algo, ¿de acuerdo?

—Hablar conmigo ¿sobre qué? Pareces muy serio.

—Es un asunto serio, Janice.

—Oh —sintió un escalofrío—. Bueno, recogeré el bolso. ¿Te sigo con mi coche?

—No. Te traeré de vuelta aquí cuando terminemos.

Ella asintió y fue a recoger el bolso y a apagar las luces.

¿Qué iba a decirle Taylor? Parecía cansado, como un hombre con una gran carga en la mente y en sus anchos hombros.

—Escucha —intervino él—. Planes nuevos. Tú ve a casa y yo pasaré por un chino y compraré algo para llevar, ¿vale? Prefiero que la conversación tenga lugar en un lugar íntimo, no en un restaurante atestado.

Janice sintió que palidecía; apagó las luces con rapidez, agradeciendo las sombras que dominaron la tienda.

—¿Qué platos chinos te gustan? —preguntó Taylor.

—Cualquiera —musitó ella—. Todos. No importa.

—De acuerdo. Saldré por la puerta delantera, así que, ciérrala al marcharme. Te veré en tu casa.

Se dirigió a la entrada, se detuvo, dio media vuelta y regresó al lado de Janice junto a la puerta. Le tomó el rostro entre las manos, bajó la cabeza y la besó con tanta profundidad e intensidad que ella sintió que se le derretían los huesos. Concluyó el beso encendido y asintió una vez con brusquedad.

—Eso está mejor —dijo él con voz ronca—. Ahora, me iré a comprar la cena. Nos vemos.

Janice abrió la boca para despedirse, pero se dio cuenta de que no le quedaba aire en los pulmones. Respiró hondo cuando él atravesaba la puerta.

—Taylor Sinclair —dijo al cruzar el local para echar el cerrojo —, eres el hombre más complicado e inquietante que he conocido en toda mi vida —alzó los dedos de una mano para apoyarlos en los labios, disfrutando de su sabor, de la sensación de su boca, del recuerdo de su fragancia—. Y te amo —susurró.

Después de luchar con el tráfico de la hora punta, Janice llegó a casa, recogió el correo y fue a su dormitorio. Dejó el bolso y los sobres sobre la mecedora y luego se hundió en el borde de la cama.

«¿Qué debo hacer?», se preguntó. «¿Quedarme vestida como estoy o ponerme una túnica?»

¿Y el pelo? ¿Debía dejarse el moño o hacerse una trenza como el día del *picnic*? ¿O soltarlo como la noche anterior?

Si tan solo supiera qué planeaba Taylor. Si pensaba poner fin a su relación, necesitaba la protección del traje holgado y el peinado severo. Formaban una barrera detrás de la cual podía esconderse y, quizá, protegerse de la fuerza completa de las palabras dolorosas que le lanzaría.

Pero tal vez dispusiera de información nueva sobre la sucursal que iba a abrir en Hamilton House. Quizá hubiera decidido que prefería la intimidad para hablar de asuntos financieros.

Además, el beso que le dio en la *boutique* no había transmitido el mensaje «Adiós para siempre, Janice». Ese beso había avivado los rescoldos aún humeantes en su interior después del acto exquisito

de amor de la noche anterior.

—Oh, Taylor —alzó las manos—. Hay momentos en que no te entiendo.

Pasó una hora hasta que Janice oyó la llegada de su coche. Una hora muy larga en la que sus nervios se pusieron a flor de piel y un dolor de cabeza producido por la tensión comenzó a martillearle las sienes.

Cruzó el salón y abrió la puerta antes de que Taylor tuviera la oportunidad de llamar al timbre.

—¿Fuiste a China a comprar la cena? —se sorprendió al oír el tono de su voz. Al siguiente instante suspiró—. Lo siento. Ha sido una grosería. Pasa.

Taylor no se movió. Se quedó ahí de pie, mirándola, con el corazón palpitándole con fuerza.

Experimentó una oleada de calor que empezó a enroscarse en la zona baja de su cuerpo. Todo porque Janice se había soltado el pelo dorado que caía en suaves ondas sobre sus pechos, liberándolo de ese horroroso moño.

¿Y el resto? Desde el cuello hasta la mitad de las pantorrillas iba cubierta con un albornoz blanco sujeto a la cintura, que daba pocas pistas de lo que había bajo la tela pesada.

Pero era el pelo lo que lo encendía.

—¿Taylor?

—¿Eh? Oh. Sí —entró en el salón y dejó en el suelo un pequeño bolso de loneta azul.

—¿Qué es eso? —inquirió Janice.

—Pasé por mi casa y me puse unos vaqueros y una camiseta, como puedes ver. También traje el bañador y una toalla de playa —repuso—. Pensé que podríamos… tal vez… nadar un poco más tarde. Aunque quizá no, dependiendo de cómo vaya nuestra

conversación. Pero… Ah, diablos, olvídalo. Vamos. Cenemos antes de que la comida se enfríe.

Pasó junto a Janice y se dirigió hacia la cocina. Ella cerró la puerta, contempló el bolso largo rato y luego lo siguió a la parte posterior de la casa.

Un rato después, había extendidas sobre la mesa un montón de cajitas blancas. Janice había sacado platos y utensilios, junto con refrescos y jarras llenas con hielo. Se sentaron uno frente al otro, inhalando los deliciosos aromas que flotaban en el aire.

—Debes haber comprado una porción de cada cosa que había en el menú —sonrió ella—. Aquí hay suficiente comida para un ejército. Deberíamos invitar a tu padre y a mi vecina, Shirley, a cenar con nosotros.

—No —afirmó él.

—Era una broma, Taylor —dijo, frunciendo el ceño.

—Lo siento.

—Bueno, ya estamos empatados. Los dos nos hemos soltado mordiscos. Creo que, cuando alguien anuncia su deseo de mantener una conversación seria, tiende a poner de los nervios a los participantes en ella.

—Sí. Come.

Llenaron sus platos y comieron en silencio.

Taylor masticaba y tragaba, pero la cena no le sabía a nada. Deseó estar en China, en cualquier parte, menos frente a la única mujer que había amado y a la que iba a declararle dicho amor.

No podía hacerlo. Todo era demasiado grande, poderoso y abrumador. Demasiado aterrador.

¿Dónde está tu coraje, tu fortaleza como hombre?

«Han volado, papá», repuso mentalmente al recordar las palabras de su padre. «Habla, Sinclair. Di algo para quebrar este silencio opresivo».

—Mi padre tiene una cita esta noche —comenzó. Cielos, había hecho que sonara como si la invitación de Clem Sinclair fuera la noticia del año—. Sí. Se llama Mary Alice.

—Es estupendo —Janice sonrió—. Espero que disfruten mucho de la velada.

—Y yo… ahora —explicó—. Me sobresalté cuando me informó de que iba a salir con una mujer.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió. Apartó el plato, se reclinó en la silla y cruzó los brazos. Alzó la vista al techo largo rato, luego miró a Janice—. Porque en cuanto me contó sus planes, mi mente se lanzó al futuro y vio a mi padre enamorándose de esa tal Mary Alice. Lo vi amar otra vez y luego… luego perder de nuevo, sufrir la agonía, el dolor desgarrador.

—Pero…

—Así, Janice —continuó como si ella no hubiera hablado—, es como yo veo el amor, estar enamorado. Desde que tengo uso de memoria. Y ésta, por si lo has olvidado, es la discusión seria que quería mantener contigo.

—Oh —lo observó con los ojos muy abiertos.

—Amar —prosiguió con voz ronca— es perder. Que llegue a su fin. Por la muerte o por el divorcio, se acaba. Te quedas hecho añicos y sangrando emocionalmente. Por ende, juré no enamorarme jamás.

—Comprendo —susurró Janice con un nudo en la garganta.

—Pero me enamoré —adelantó el torso y apoyó las manos en la mesa—. De ti. Te… te amo, Janice.

El tiempo se detuvo.

Janice sintió como si una mano invisible hubiera apretado una tecla y todo se hubiera paralizado de repente. Taylor la miraba con expresión intensa, sin parpadear, dando la impresión de que no

respiraba.

Como en una bruma, pensó que flotaba fuera de sí misma. Contemplaba desde lejos la escena a la mesa, oyendo una y otra vez el eco de las palabras de Taylor en su mente y su corazón.

«Te amo, Janice».

Santo cielo, Taylor la amaba, a ella, tal como era. No solo la había aceptado sin todas las trampas de la belleza exterior, sino que, de forma increíble, se había enamorado de ella. Por primera vez en su vida, era amada por sí misma, por quien era como persona.

Y amaba a Taylor Sinclair con todas las fibras de su ser.

Era demasiado. Había esperado una eternidad por ese regalo, hasta llegar a pensar que jamás llegaría, que no estaba destinado a ella. Pero ahí estaba. Amor. Aceptación. Un futuro de unión, tal como tenían los colibríes.

Era abrumador en su magnitud y gloria. Las emociones fluían rápidamente por ella y necesitaban una salida, algo en que volcarse.

Se cubrió el rostro con las manos y se puso a llorar.

—Oh, santo cielo —Taylor se puso de pie de un salto—. No llores. ¿Por qué lloras? ¿Janice? —rodeó la mesa y se apoyó sobre una rodilla junto a la silla de ella. La tomó con suavidad por los hombros y la hizo girar—. ¿Janice? Háblame. Lo siento —meneó la cabeza—. ¿Qué siento? Dios, esto es confuso —le quitó las manos de la cara y le secó las lágrimas con los pulgares—. Por favor, no llores. ¿Por qué lloras?

—Porque… porque me amas —tartamudeó—. A mí.

—Sí —frunció el ceño—. ¿Tiene sentido? —se levantó con ella y la abrazó—. Sí, te amo. Quiero ser totalmente sincero contigo y decirte que estoy muy asustado porque me he enamorado de ti, pero… Janice, aquí falta algo.

—¿Sí? —inquirió con ojos aún llorosos.

—Por supuesto —guardó silencio unos segundos—. ¿Qué sientes

tú por mí?

—Oh, Taylor —exclamó con lágrimas renovadas—. Te amo tanto.

—¿Bromeas? ¿De verdad? —sonrió—. Bueno, eso sin duda ayuda en esta situación loca, ¿no? —se puso serio—. No es perfecto, Janice. Necesitamos tiempo para allanar el camino. Los temores que tengo me invaden y me ponen tembloroso. ¿Y tú? Bueno, tú no confías en mí, no crees en mí por completo… todavía no.

—Taylor, yo…

—Está bien. Iremos despacio y con calma, nos acostumbraremos a todo a medida que vaya surgiendo, un día por vez —le dio un beso fugaz en los labios—. Una noche por vez.

Capturó la boca de Janice en un beso encendido. Ella le rodeó el cuello con los brazos y respondió a las exigencias del beso con absoluto abandono. Sintió que podía estallar. «Te amo, Taylor», canturreó su mente.

«Ah, Janice», pensó él mientras la pasión lo absorbía, «te amo».

Concluyó el beso despacio, a regañadientes, luego dio un paso atrás, estableciendo distancia entre Janice y su cuerpo excitado.

—La cena se nos enfría —sonrió.

Janice rió con los ojos a rebosar de brillo y alegría.

—Que el cielo no lo permita —volvieron a ocupar sus sillas y se observaron—. Jamás olvidaré este momento, Taylor —susurró.

—Ni yo tampoco.

—Creo que ahora mismo ya no tengo hambre.

—Yo también he tenido suficiente.

Podemos guardar todas las cajitas en la nevera y calentarlas luego.

—Sí.

«Ha llegado el momento», pensó Janice con el corazón desbocado. Taylor la amaba y ella debía aprender a confiar plenamente en él. Se levantó y se acercó al costado de la mesa.

—¿Te gustaría ir a nadar, Taylor?

—Suena bien —asintió y se incorporó.

Con manos que temblaban de forma visible, Janice tiró del extremo del cinturón del albornoz y dejó que cayera por sus hombros hasta sus pies.

Se quedó quieta, casi sin respirar, luciendo un diminuto biquini azul.

—Oh… Janice —la voz de Taylor salió en un susurro ronco y el eco de su corazón desbocado atronó en sus oídos—. Eres tan…

—No —alzó una mano—. No lo digas. Por favor, no digas que soy hermosa. Es solo la fachada exterior. Tú estás enamorado de mí, de Janice Jennings, la mujer. ¿No es así? —contuvo un sollozo—. ¿No es así?

—Sí —en dos zancadas redujo la distancia que los separaba y la abrazó con fuerza, enterrando la cara en su fragante pelo—. Sí, no lo dudes jamás —la soltó y le tomó el rostro entre las manos para mirar sus ojos llenos de lágrimas—. Sé que en el pasado te han herido mucho, y todo se centra, de algún modo, en lo hermo… en tu aspecto. Depende de ti si quieres contármelo. Si lo haces, te escucharé. Si decides que no, no pasa nada.

—Gracias —susurró.

—No, soy yo quien te da las gracias a ti por confiar lo bastante en mí para ponerte ese traje de baño —sonrió—. No te importa si aprecio la vista un poco, ¿no?

—Supongo que está bien —Janice logró esbozar una pequeña sonrisa—. Puede que yo también me quede boquiabierta al verte en bañador.

—Parece un buen plan —le dio un beso rápido—. Iré a cambiarme y me reuniré contigo junto a la piscina.

Janice asintió y, al separarse, dijo que iba a guardar la comida en la nevera. Taylor recogió el bolso del salón y se dirigió al dormitorio de ella. Dejó la bolsa en la cama y se pasó las dos manos por la cara.

«Increíble», pensó. Janice era la mujer más increíblemente hermosa que jamás había visto. Era perfecta, como si las manos de un maestro la hubieran esculpido en el mármol más fino.

Qué extraño era darse cuenta de que se había enamorado antes de conocer la extensión de su belleza. Ella tenía razón. Solo era una fachada lo que cubría a una mujer cálida, cariñosa e inteligente.

Sabía que era culpable de haber dedicado una vida a juzgar el envoltorio antes de acercarse a una mujer. Y supuso que también ellas hacían lo mismo. Pero no sucedería lo mismo esa vez. No con Janice.

Incluso habían hecho el amor en la oscuridad, sin poder verse. Un acto exquisito, más físicamente intenso y emocionalmente conmovedor que nada de lo que había experimentado antes.

—Sobrenatural —se quitó la camiseta—. Y fantástico.

Cuánto amaba a esa mujer. Era tan especial, tan frágil y vulnerable.

Frunció el ceño mientras se quitaba el resto de la ropa.

¿Quién le había hecho daño? Una cosa era segura, tenía que ver con su belleza, y además había algo extraño con la madre de Janice… Demonios, desconocía la historia.

¿Confiaría alguna vez en él para revelarle su alma? Le había dicho que no importaba si decidía guardarse sus secretos, pero… bueno, sí importaba.

¿Llegaría a amarlo lo suficiente para confiar de esa manera en él? ¿Lo amaría lo suficiente para quedarse a su lado siempre?

Tuvo un escalofrío al ponerse el bañador blanco.

¿Para siempre? ¿En el amor? ¿A quién estaba engañando? Las

pruebas lo rodeaban por doquier, allí donde mirara. Amar era perder. Con el tiempo. Terminaba. Desaparecía. Y el dolor en el corazón duraba una eternidad.

—Cállate, Sinclair —dijo en voz alta.

Esa noche no pensaba ceder ante sus temores. Le había declarado su amor a una mujer por primera vez en la vida y ella había actuado con reciprocidad.

Ésa era su noche y nada iba a estropearla. Era una noche para que nacieran recuerdos, para guardar… para siempre.

Las últimas señales de un crepúsculo vibrante habían desaparecido bajo el horizonte, sustituido por millones de estrellas brillantes en una noche aterciopelada. El temporizador había encendido las luces de la piscina, creando un oasis de agua en el patio trasero.

Cuando Taylor llegó al borde de la piscina, Janice buceaba, y su pelo flotaba como un glorioso abanico. Sintió la sacudida del deseo al observar esa visión adorable.

Salió a la superficie y su rostro empapado le regaló una sonrisa sincera.

—¿No vas a meterte? —preguntó ella—. Está deliciosa —la visión de Taylor en bañador era algo que valía la pena contemplar. Era tan proporcionado… hombros anchos, brazos bien marcados, caderas estrechas y piernas largas y poderosas. El vello en su torso le provocaba hormigueos y la necesidad de tocarlo—. Confieso que me he quedado boquiabierta. Eres magnífico, Taylor.

—Y tú no te quedas a la zaga —«eres la belleza personificada».

Se zambulló en el agua e hizo que Janice lanzara un grito al salpicarla. Emergió delante de ella.

—Alcánzame si puedes —se hundió bajo la superficie y se alejó.

—Ahí voy, sirena. Ahí voy.

Jugaron como niños despreocupados y su risa gozosa voló sobre una brisa suave. Media hora después, Janice se sujetó al borde de la piscina en la zona en que no hacía pie y se apartó el pelo de la cara.

—Ya está. Me siento agotada.

Taylor nadó hasta su lado y apoyó las manos en los bordes de la piscina con ella en medio.

—Menos mal —sonrió—. Pensé que iba a tener que olvidarme de mi machismo y suplicar que paráramos. Eres una nadadora excelente.

—Me gusta y es divertido. Y muy relajante.

—Divertido —repitió él, luego perfiló sus labios con la punta de la lengua—. Y apetecible —le mordisqueó el labio inferior—. Relajante.

—Yo… —comenzó ella, y dejó de hablar al sentir una oleada de calor por la espalda.

Taylor reclamó su boca en un beso apasionado. Ella se soltó de la piscina y le rodeó el cuello con los brazos y las caderas con las piernas. Él se sujetó con más fuerza para soportar el peso de ambos y profundizó el beso.

Se sentían en llamas, y el agua fresca no disminuyó el efecto del deseo encendido que los consumía. Interrumpieron el beso, respiraron y volvieron a buscar sus bocas con ansiedad.

Los pechos de Janice quedaron aplastados contra el torso de Taylor mientras él pegaba su erección al cuerpo de ella. Las lenguas se encontraron y bailaron, potenciando aún más la pasión.

Con una mano, Taylor deshizo el lazo que sostenía la parte superior del biquini y la tiró a la hierba.

Los pechos de Janice se hallaban sumergidos a medias. Taylor lamió las gotas de agua de ese tesoro femenino. Janice murmuró de placer ante las incitantes sensaciones.

Ella hundió los dedos en su pelo mojado y lo instó a acercarse, ofreciéndose. Taylor alzó un pecho para introducirse el pezón en la

boca, provocándolo con la lengua.

—Oh, Taylor —susurró a medida que el calor interior se intensificaba.

—Te deseo, Janice —alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Sí. Yo también te deseo.

Con economía de movimientos, se quitaron los trajes. Luego, Janice volvió a rodearle las caderas con las piernas. Él deslizó una mano por su espalda para acomodarla y la penetró hondamente.

Janice echó la cabeza atrás y cerró los ojos, disfrutando… disfrutando…

Era el éxtasis.

Taylor aumentó el ritmo de los embates al tiempo que se mantenía a flote con una mano en el borde de la piscina. Las embestidas crearon espirales de fuego en su interior. Janice se agarró a los hombros de él. Hasta…

—¡Taylor!

—¡Ah, Janice!

Ascendieron para saludar a las estrellas, luego giraron por el cielo resplandeciente, abrazándose a la persona que realizaba el maravilloso viaje con ellos.

Luego regresaron…

Taylor perdió el asidero de la piscina y sus labios se encontraron bajo la superficie del agua. Rodeó con un brazo la cintura de Janice y volvió a emerger. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Oh, Taylor —susurró.

—Lo sé —aspiró una bocanada de aire y rió entre dientes—. Quizá en nuestra próxima vida seamos delfines.

—No —musitó ella—. Me gustaría que fuéramos colibríes.

# Capítulo Trece

Las semanas siguientes pasaron volando.

Janice y Taylor estuvieron juntos todos los atardeceres… y noches. A veces, salían a cenar y, en otras ocasiones, llevaban comida a la casa de ella o al apartamento de él. Varias veces intentaron cocinar juntos, y no tardaron en comprender que ninguno era especialmente eficiente para esa tarea.

Para su diversión, Janice descubrió que Taylor, que básicamente era ordenado, tenía multitud de periódicos y revistas en el cuarto de su apartamento que había designado como su guarida.

—Nunca sabes cuándo puedes necesitar repasar un artículo que ya has leído —explicó—. Nunca sabes si lo necesitarás para algo imprevisto…

—Comprendo. Pero, ¿cómo vas a recordar dónde lo has leído?

—Oh, eso no se me había ocurrido. Bueno, supongo que tendré que ponerme a buscarlo.

—Ah.

Hacían la compra, pasaban horas ociosas junto a la piscina de Janice y una noche fueron a cenar con Clem y Mary Alice.

—Acabo de tener una cita doble con mi padre —comentó Taylor cuando regresaron a la casa de ella—. ¿No es extraño?

—Creo que es muy dulce. Tu padre y Mary Alice parecen bastante felices juntos.

—De tal palo, tal astilla —la abrazó y la miró a los ojos—. Soy un hombre muy feliz, Janice Jennings.

—Y yo una mujer feliz, Taylor Sinclair. Jamás soñé que podría sentirme así.

Hacían el amor apasionadamente cada noche, como si hubieran pasado días y no horas desde la última vez que habían compartido

esa gloriosa intimidad.

Por la mañana, Taylor se quedaba en la cama mientras observaba a Janice vestirse, viendo cómo la sensual lencería de La Bella Durmiente quedaba escondida bajo sus amplios trajes.

Siempre que habían salido, incluyendo la velada con Clem y Mary Alice, Janice se había puesto su típico uniforme. Solo cuando se hallaba con Taylor en la intimidad, se soltaba el pelo y se ponía el escaso biquini, o pantalones cortos y un top ceñido.

Él jamás cuestionó el ritual ni la instó a vestirse de otra manera cuando se encontraban en público. Era Janice, y eso era lo único que importaba.

Cuando los profundos temores de estar enamorado lo asaltaban durante el día, alzaba el teléfono y la llamaba, y el simple sonido de su voz desterraba ese frío interior que lo consumía.

Tal como había dicho su padre, Taylor a menudo despertaba por la noche para comprobar que Janice dormía apaciblemente a su lado y se regocijaba en el hecho de que estaba ahí, era suya.

Se juró que, con el tiempo, conquistaría esos miedos. Y también con el tiempo, ella aprendería a confiar por completo en él, a compartir sus secretos más hondos.

La construcción de la tienda en Hamilton House avanzaba deprisa. Andrea y Brandon bajaron de las montañas para que ella pudiera reunirse con Janice para trazar una campaña publicitaria para la sucursal de La Bella Durmiente en Prescott. Trabajaban juntas en la *boutique* entre clienta y clienta mientras Brandon y Taylor jugaban al golf.

Una noche todos fueron a cenar a un pequeño restaurante italiano.

Hacía tres semanas que se habían declarado su mutuo amor. Taylor alzó la copa de vino en un brindis silencioso con Janice. Ella, de algún modo, supo por lo que él brindaba e hizo entrechocar su copa con la suya, sonriéndole con calidez.

Mientras esperaban que les sirvieran los postres, Janice y Andrea fueron al tocador.

—Muy bien —comenzó Brandon, mirándolo—. Me contuve durante las horas que pasamos en el campo de golf, no te dije ni una palabra ni te hice preguntas. Pero ahora que os he visto juntos… diablos, Sinclair, estás enamorado de esa mujer y ella te ama.

—Sí —Taylor asintió.

—¿Eso es todo? —Brandon abrió mucho los ojos—. ¿Solo «sí»? ¿No vas a negarlo, a discutirlo, a decirme que me equivoco?

—No.

—Demonios —Brandon sonrió. Al siguiente instante se puso serio—. Bien, ¿cuándo vas a hacerlo? ¿Cuándo vas a despertar a la Bella Durmiente, poderoso príncipe?

—¿A qué te refieres?

—Vamos, amigo —apoyó los brazos sobre la mesa y se adelantó —. Janice tiene todos los requisitos de una mujer hermosa, pero aún se oculta detrás de esa ropa ridícula. Por el amor del cielo, estás enamorado. ¿No es hora de que sea fiel a sí misma? ¿Que sea quien realmente es?

—Deja sus muros protectores cuando estamos solos, Brandon —explicó Taylor—. Incluso es más hermosa de lo que jamás habría podido imaginar. Es absolutamente sensacional.

—¿Por qué no la animas y la ayudas a conseguir la confianza para que muestre su verdadero yo en público? —su amigo entrecerró los ojos.

—Esa elección es de Janice —se encogió de hombros—. Nunca lo hemos discutido.

—Taylor, no puedo creer que estés haciendo esto —meneó la cabeza.

—¿Haciendo qué? —preguntó, confuso.

—¿A quién quieres engañar? ¿De verdad te has convencido de que no tocas el tema del aspecto de Janice por amor y respeto a sus

deseos?

—Bueno, sí, exacto.

—Tonterías —Brandon golpeó la mesa con la palma de la mano —. Te gusta la situación tal como está porque es segura. Ahora, ningún hombre miraría dos veces a Janice. En lo referente a la población masculina, es una mujer invisible. Diablos, no, no piensas despertar a la Bella Durmiente, no vas a animarla a ser la mujer que realmente es para que quede sometida al escrutinio público. ¿Por qué correr el riesgo de que otro hombre capte su atención mientras éste aprecia la vista?

—Aguarda un minuto, maldita sea, Hamilton —espetó Taylor. Miró alrededor y bajó la voz cuando volvió a hablar—. No me gusta nada lo que das a entender.

—Creo que tienes miedo de perder a Janice, de modo que muestras en público al patito feo y te guardas al cisne hermoso solo para ti. Janice merece algo mejor que eso de ti.

Antes de que Taylor pudiera decir otra palabra, Andrea y Janice se acercaron a la mesa y ocuparon sus asientos. El camarero apareció con el sorbete que habían pedido de postre.

Andrea miró a Brandon, a Taylor y luego otra vez a Brandon.

—¿Qué sucede? —inquirió—. Parecéis dos osos gruñones.

—¿Qué? —dijo Brandon—. Oh, no es nada, cariño. Mantuvimos una discusión acalorada sobre equipos de béisbol, nada más.

—Acalorada —repitió Janice—. ¿Es que vais a solucionarlo en el aparcamiento?

—No me tientes —manifestó Taylor, mirando a su amigo todavía con ojos centelleantes.

—Algunas personas tienen que despertar —repuso Brandon con expresión ceñuda.

—Y algunas personas deberían ocuparse de sus propios asuntos.

—Perfecto —Brandon alzó ambas manos—. Tú deja que lo que

está dormido siga así. Eres tú quien ha de vivir con tu conciencia, no yo.

—Lo has entendido bien, Hamilton —indicó Taylor.

—¿Queréis parar? —pidió Andrea—. Parecéis dos muchachos enfurruñados. Además, lo que decís no tiene sentido. ¿Qué equipo de béisbol está dormido?

—Olvídalo —Brandon suspiró—. Me rindo.

—Bien —dijo Andrea—. Tómate el sorbete.

—Los hombres se toman el béisbol demasiado en serio —comentó Janice.

—Hmm —musitó Taylor, luego hundió la cuchara en su postre.

* * *

Horas después, Taylor yacía junto a Janice en la cama, contemplando el techo. Janice murmuró en sueños; le acarició el pelo hasta que volvió a relajarse. Eran las dos y media de la mañana y no había dormido nada, ni esperaba disfrutar esa noche del sueño de los inocentes.

Porque era culpable.

Mentalmente, había repasado la conversación mantenida con Brandon en el restaurante. Su ira había vuelto a despertar ante las acusaciones injustificadas de su amigo.

Pero, a medida que pasaban las horas oscuras y solitarias, examinó sus motivos con sinceridad y se enfrentó a la verdad. Todo lo que había dicho Brandon era cierto.

Suspiró y se llevó las manos a la cara antes de apoyar los brazos en la cama.

En ese momento, sabía que no quería que Janice exhibiera su belleza ante otra persona que no fuera él.

Si permanecía escondida en público bajo su ropa informe, ningún hombre le echaría un segundo vistazo. El mundo y todo lo que éste podía ofrecerle permanecería desconocido para ella. Janice se quedaría a su lado, donde estaba en ese momento y lugar que le correspondía.

El riesgo de perderla se reducía mucho si su aspecto exterior continuaba tal como era. Resultaba mucho más seguro de esa manera, ayudaba a mantener el frío del miedo a raya.

No había dicho ni hecho nada para animarla a abandonar la protección de sus murallas y abrazar sus atributos femeninos en todo momento, y no solo cuando se encontraba con él.

Maldita sea, la amaba tanto que no podía soportar la idea de perderla. ¿Por qué no podían continuar por el camino que iban? Era obvio que Janice era feliz y el cielo sabía que él también lo era.

Sí. Continuarían así y que a Brandon Hamilton le cayera un rayo.

«No», pensó al siguiente instante. Eso no era amor, sino control, manipulación.

Al haber encarado la verdad, ya no tenía dónde esconderse.

Debía amar a Janice lo suficiente como para correr el riesgo de perderla.

Debía animarla y permitirle florecer como una flor delicada y exquisita para que abriera sus pétalos al calor del sol.

Necesitaría toda la fortaleza y coraje interiores que poseía como hombre, pero tenía que hacerlo. No había otra solución.

—Demonios —musitó y cerró los ojos.

Cuando al final logró quedarse dormido, se vio atormentado por sueños en que buscaba a Janice en una bruma densa. La buscaba con frenesí, sin encontrarla.

Porque no estaba allí.

Se había ido.

A la mañana siguiente en la cocina de Janice, Taylor bebía café sentado frente a ella.

—¿No quieres comer nada? —preguntó ella.

—No, solo café. No tengo hambre.

—Es algo raro en ti, Taylor.

—Sí, bueno —se encogió de hombros—. Escucha, el primer día que entré en la *boutique* vi un folleto en el mostrador para una exposición en una galería de arte.

—Sí, lo recuerdo —bebió un sorbo de té—. Pensé que allí podría encontrar algo para las paredes. Tú tienes unas obras de arte maravillosas en tu apartamento.

—Coleccionar arte es una de mis aficiones. Recibí la misma invitación por correo. La exposición se inaugura el sábado. ¿Te gustaría ir?

—Me encantaría.

—Empieza a las ocho. Al salir de la galería, podríamos ir a cenar.

—Perfecto —Janice miró su reloj—. He de darme prisa. Debo desembalar un par de cajas antes de abrir —se puso de pie—. Disfruta tu café y, si ves a los colibríes, salúdalos de mi parte.

Taylor se levantó y le tomó el rostro entre las manos.

—Janice, sabes que te amo, ¿no? —la miró a los ojos.

—Sí, creo que me amas, Taylor —frunció el ceño—. ¿Sucede algo? No tienes hambre y ahora pareces tenso y serio.

—Yo… Bueno, voy atrasado en el trabajo porque me tomé el día libre para jugar al golf con Brandon. Creo que será mejor que me quede hasta tarde en mi despacho para ponerme al día. Te llamaré, pero esta noche no te veré.

—Oh —Janice rió—. Me siento tentada a hacer un mohín. Estas semanas me has malcriado y te echaré mucho de menos.

—Es porque soy un tipo estupendo, un ser humano ejemplar —comentó con cierta aspereza.

—¿Qué pasa, Taylor? Esta mañana no pareces el mismo.

Le dio un beso fugaz y bajó las manos para alisarle las solapas del traje grande.

—Hay algo que debo… corregir. Y lo haré —asintió—. Sí, he de arreglar las cosas.

—Me tienes confusa.

—Ve a trabajar, mi Bella Durmiente —logró mostrar una sonrisa aceptable—. Te llamaré luego.

Después de compartir un beso intenso, Janice se marchó. Taylor fue a mirar por la puerta de atrás de la cocina, pero no vio ni rastro de los colibríes.

—Es hora de despertar, Bella Durmiente —musitó, y sintió que el peso de sus palabras lo aplastaba—. El problema es que hay demasiados príncipes en el mundo. Oh, Dios, Janice, no elijas a otro que no sea yo. Por favor.

El sábado por la mañana, Janice se sentía inquieta y nerviosa.

No había visto a Taylor desde que desayunaron juntos el jueves. La había llamado varias veces, pero las conversaciones habían sido breves. Durante una de las llamadas del día anterior, le había anunciado que un cliente de fuera de la ciudad iba a llegar a Phoenix y necesitaba llevarlo a cenar para hablar de trabajo.

Dijo que pasaría a recogerla el sábado antes de las ocho para ir a la exposición.

Janice dio vueltas por la casa, incapaz de concentrarse o quedarse quieta.

Por enésima vez, pensó que algo iba mal con Taylor. Se comportaba de forma tan extraña, tan distante. Algo no funcionaba bien entre ellos.

—Oh, Taylor —se llevó unos dedos temblorosos a las sienes—. ¿Qué es? ¿Qué no marcha bien, mi amor?

Desde que Taylor le había declarado su amor, ya no esperaba el inevitable adiós, no después de los maravillosos días y noches que habían pasado juntos.

Había empezado a soñar, a esperar, a rezar por un futuro, un para siempre con Taylor Sinclair.

Pero, ¿qué le pasaba en ese momento? Se dejó caer en el sofá del salón y suspiró.

Su falta de sofisticación empezaba a mostrar su tosca cabeza. Se comportaba como una niña nerviosa, incapaz de enfrentarse al más ligero cambio en su relación con el hombre al que amaba.

Taylor era un ser humano, por el amor del cielo, con una carrera exigente y una vida que iba más allá de concentrar su total atención en ella. En ese momento se hallaba ocupado, eso era todo, atendía su trabajo.

Debía superar sus inseguridades y dudas. Que le faltara experiencia en los asuntos amorosos no era culpa de Taylor, y él no tenía por qué pagar el precio.

—¿Lo has entendido, Janice? —preguntó en voz alta—. Serénate. Ahora mismo.

Vería a Taylor esa noche y pasarían una velada fabulosa. Todo estaba bien.

El sonido de un vehículo en su entrada de coches la distrajo de sus pensamientos. Se puso de pie y fue a la ventana para ver una furgoneta de reparto.

Un hombre uniformado atravesó el patio con una caja grande y plana de color plateado adornada con un enorme lazo del mismo tono.

—Y eso ¿qué puede ser? —musitó, yendo hacia la puerta.

Después de firmar el albarán, cerró la puerta y llevó la caja al sofá. Vio un sobre pequeño bajo el lazo, del que sacó una tarjeta con rebordes plateados.

—«Te veré esta noche» —leyó en voz alta—. «Todo mi amor, Taylor».

En sus labios se formó una dulce sonrisa. Taylor la había echado de menos esos últimos días tanto como ella a él. Incluso le enviaba un regalo especial para indicarle que anhelaba el reencuentro.

—Oh, Taylor —susurró sin dejar de mirar la tarjeta—. Te amo tanto. Bueno, veamos cuál es la sorpresa.

Dejó la tarjeta en la mesita y comenzó a levantar la tapa de la caja.

Taylor conducía al límite de la velocidad permitida, martilleando los dedos sobre el volante al ritmo de una canción que sonaba en la radio.

Estaba tan ansioso por ver a Janice que se sentía como un adolescente en su primera cita. Bueno, no le importaba lo ridícula que pudiera ser su conducta, se encontraba en la cima del mundo.

Asintió con decisión.

Lo había hecho. Había reunido todo su valor, desterrado las dudas y lo había hecho. En cuanto dejó de temblar, se había sentido bien, tranquilo, con una mayor comprensión de la profundidad e intensidad de su amor por Janice.

Su Bella Durmiente.

Claro que lo que había puesto en marcha era arriesgado, pero cualquier cosa de la magnitud de lo que Janice y él compartían valía la pena. Tenía que creer en ella, en sí mismo y en lo que vivían juntos.

Había empezado a olvidar su filosofía de que amar era perder. Janice y él lo tendrían todo. Nada, nada, podría separarlos.

Introdujo el vehículo en la entrada de coches de ella, apagó el motor y bajó. Avanzó con brío mientras contaba los segundos hasta que pudiera tomar a Janice, la mujer que amaba con toda su alma, en brazos y besarla.

Llamó al timbre y esperó que su amada abriera.

# Capítulo Catorce

A pesar de que había oído el sonido familiar del coche de Taylor, se sobresaltó al escuchar el timbre. Con las piernas tan temblorosas que amenazaban con ceder, cruzó el salón.

Al abrir la puerta, asimiló el hecho de que Taylor estaba magnífico con su traje oscuro, la inmaculada camisa blanca y la corbata oscura. Al siguiente instante observó que la sonrisa que exhibía su cara se tornaba en un gesto ceñudo.

—¿Janice? ¿Qué…?

—Pasa —pidió en voz baja, haciéndose a un lado.

Cerrada la puerta, se miraron. Los ojos de Taylor la sometieron a un rápido pero exhaustivo escrutinio.

«Sé lo que está viendo», pensó ella consternada. Lucía un traje negro amplio, una blusa gris y unos zapatones negros. Llevaba el pelo recogido en el severo moño. Tenía los ojos rojos e hinchados de haber llorado mucho.

—No lo entiendo —comentó Taylor con el ceño aún fruncido—. Parece que has estado llorando. ¿Te encuentras mal? No, eso no tiene sentido, ya que en ese caso tendrías puesta una bata o algo por el estilo, y te has vestido para salir, salvo que… ¿No recibiste la sorpresa que te envié?

—Oh, sí, Taylor —alzó la barbilla y junto las manos en los codos —. Sí recibí tu sorpresa.

Pasó a su lado para sentarse en uno de los sillones. Taylor la siguió, luego titubeó al verla abrir la caja plateada que había en la mesita. Se sentó en el sofá.

—Háblame —dijo—. ¿No te gustó el vestido? Dediqué mucho tiempo a elegirlo, porque quería que fuera perfecto para ti.

—Es un vestido precioso —deseó que su voz no saliera trémula —. Tiene el tono azul exacto de mis ojos. Se ceñiría a mis curvas, insinuaría de forma incitante la parte superior de mis pechos y… Es

sutilmente sexy. Oh, y no olvidemos la otra parte de la sorpresa, Taylor. El bono para una sesión completa en un salón de belleza. Debían cortarme el pelo y peinarme de la forma que mejor acentuara mi cara, y aplicarme maquillaje a la perfección. Incluso iba a recibir una bonita bolsa de regalo para guardar el maquillaje. Santo cielo, pensaste en todo.

—¿Pero? —Taylor alzó las manos—. Es evidente que estás molesta. ¿En qué me equivoqué?

—Oh, en nada —repuso con sarcasmo—. En nada. Solo me mentiste, me traicionaste, terminaste siendo como todos los demás en los que alguna vez creí y confié.

—¿Qué? —soltó, visiblemente confuso.

—¿Fue Brandon quien te empujó al límite de tu tolerancia? ¿De eso discutíais el otro día en el restaurante? ¿Te molestó que te comentara que salías con una mujer desaliñada y poco atractiva? ¿Fue ésa la gota que colmó el vaso, Taylor?

—Janice, por el amor de Dios, no te envié estas cosas por mí —indicó la caja—. Lo hice por ti.

—Por favor, no insultes mi inteligencia.

—¡Es verdad, maldita sea! Sí, Brandon me pinchó, pero no del modo en que tú piensas. Me vi obligado a reconocer que me gustaba la idea de ser el único en ver lo increíblemente hermosa que eres.

—Odio ser hermosa —dijo Janice casi a gritos—. ¿Es que no lo has deducido todavía?

—Solo en fragmentos aislados, porque no has compartido tus secretos conmigo. Sé que en el pasado alguien te hirió por tu belleza, pero…

—Y, por el mismo motivo, ahora me han herido en el presente —cortó ella—. Esta noche, en la galería, querías a una mujer hermosa del brazo, ¿no es cierto, Taylor? ¿No?

—No es por mí —alzó la voz—. Mereces disfrutar de tu feminidad al máximo. Intentaba animarte, apoyarte. Dios, Janice, jamás pretendí herirte. Solo quería que fueras…

—Hermosa —gritó, poniéndose de pie.

—Tranquilízate, por favor. Estoy completamente perdido. No entiendo qué he hecho para causarte tanto dolor, para irritarte de este modo.

Janice volvió a hundirse en el sofá y respiró hondo. Al volver a hablar, lo hizo con voz monótona y carente de emoción.

—Entonces, permite que te ilumine, señor Sinclair. Te contaré una historia. Sí, la historia de Janice Jennings, que jamás fue una niña. Desde que tuvo tres años, fue arrastrada de un concurso de belleza a otro, exhibida, juzgada por desconocidos que determinarían sí era lo bastante hermosa para ser aceptada y ganar el premio.

Taylor la miró casi sin respirar, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Mi madre —continuó ella— me veía como un objeto, un medio para alcanzar un fin. Mi belleza, no dejaba de informarme, era lo único que importaba, lo único vital. Mi belleza me conseguiría lo que merecía tener. Jamás me abrazó o besó, nunca me dijo que me quería. Solo lo hermosa que era.

»No tuve amigos, no se me permitía jugar con otros niños por temor a despellejarme las rodillas o a producirme un moretón. Nunca… nunca pude jugar a la rayuela. Yo pegaba la nariz a la ventana y contemplaba a los niños en la acera. No sabes cuánto deseaba jugar a la rayuela.

»Nunca salí con chicos, no fui al centro comercial con mis amigas, no hablé por teléfono sobre los chicos en susurros de adolescente. Iba a la escuela, volvía a casa y me preparaba para el siguiente concurso de belleza. Tal vez, solo tal vez, pensaba que, si me consideraban lo bastante hermosa, mi madre me querría».

Con un nudo en la garganta, Taylor pensó que era una historia de horror. Quiso abrazarla, consolarla, hacer que se sintiera bien.

—Al cumplir los dieciocho años —prosiguió Janice—, mi madre me presentó a un hombre muy rico de cuarenta y tantos años. Walter quedó cautivado por mi belleza e inocencia. A las pocas

semanas de conocerlo, me pidió que me casara con él. Mi madre aceptó en mi nombre.

—¿Qué? —preguntó Taylor con voz ronca.

—Ella me explicó que todo había sido para eso… para cazar un marido rico y tener el mundo al alcance de mis manos. Había conseguido su objetivo y debería darle las gracias por los años que me había dedicado, por todo lo que había sacrificado con el fin de que pudiera obtener lo que mi belleza declaraba que merecía.

—Tú… no te casaste con él —afirmó más que preguntó—. No.

—Oh, sí, claro que me casé —juntó las manos con fuerza en su regazo—. Legalmente era adulta. ¿Emocionalmente? Era una niña incapaz de desafiar a su madre en ningún sentido. Y, en un rincón de mi mente, albergaba la diminuta semilla de esperanza de que quizá Walter quisiera a la persona que yo era, no el caparazón exterior que presentaba.

—¿Qué… qué sucedió?

—Fue una farsa, una broma cruel —Janice rió, un sonido amargo entrelazado con lágrimas—. Para Walter, fui un trofeo, una muñeca que podía vestir con ropa cara y joyas aún más caras y luego mostrar en público. ¿Y en casa? Fuera del dormitorio no me prestaba atención. Si no tenía sexo, yo debía sentarme como una bonita marioneta hasta el momento en que quisiera volver a exhibirme.

Taylor musitó un juramento expresivo y cerró los puños.

—Con veinte años cumplidos, Walter se fue a pasar el fin de semana fuera, algo que sucedía con frecuencia. A menudo desaparecía sin decir una palabra, sin indicar adónde iba ni cuándo volvería. Verás, tenía una relación con mi madre. Habían bebido mucho, Walter perdió el control del coche y se empotraron contra un árbol. Murieron al instante.

»Esperé que aparecieran las lágrimas, el dolor, la sensación de pérdida, pero no fue así. Lo único que sentí fue libertad. Por primera vez en toda mi vida, era libre para ser yo. Era una viuda rica. Nada se interponía en mi camino para alcanzar mis propios sueños. Nada, como descubrí en la universidad, salvo mi maldita

belleza».

—De modo que la minimizaste todo lo posible —intervino Taylor.

—Sí. Volví a usar mi nombre de soltera y me convertí en la mujer invisible, a la que nadie mirada una segunda vez. Creé una fachada que me aportó paz y satisfacción. No habría ningún hombre que me deseara tal como me presentaba, pero no confiaba en nadie para que viera más allá de la belleza si llegaba a mostrarla. Pero, ¿qué pasó entonces? —Los ojos se le llenaron de lágrimas y luchó por retener el control de sus emociones—. Entonces, apareciste tú, Taylor. Al principio, pensé que para ti yo era un desafío, una especie de misterio, algo que mitigaría el aburrimiento de tu vida de soltero. Pero pasó el tiempo y te quedaste a mi lado. Fuiste tan cariñoso y tierno.

»Luego… luego dijiste que me amabas, a mí, tal como era. Que me aceptabas tal como era. Oh, fui tan feliz… tan feliz, —dos lágrimas cayeron pos sus mejillas pálidas; las secó con movimiento brusco—. Pero todo fue una mentira cruel —susurró con un nudo en la garganta—. Otra farsa. Llevabas avergonzado demasiado tiempo de te vieran en público conmigo. Era hora de decorar al patito feo. No, no, era hora de despertar a la Bella Durmiente, de transformarla en lo que querías que fuera.

—¡No! —Taylor se puso de pie de un salto—. Lo has malinterpretado todo, Janice, te lo juro.

—¡Ahí está la prueba! —señaló la caja plateada—. Maldito seas, Taylor Sinclair. El aspecto exterior para ti es tan importante como lo fue para mi madre, para Walter, para la sociedad en general. Tú quieres que sea hermosa.

—No. Sí —se pasó una mano por el pelo—. Pero no por mí, Janice, sino por ti.

—Para —se tapó los oídos—. No escucharé más tus mentiras —se puso de pie y se situó detrás del sillón, apoyándose en el respaldo —. Vete, Taylor. Vete y déjame sola.

—No, no puedo, no de esta manera. Janice, todo nuestro futuro está en juego. Te amo, quiero casarme contigo y pasar el resto de mi vida a tu lado —ella meneó la cabeza, incapaz de detener el

flujo de lágrimas que caía por su mejilla y su cuello—. Escúchame. Por favor, escúchame —pidió él con voz emocionada—. Te dije que temía amar, que consideraba el amor como una garantía para que te rompieran el corazón. Luché contra esa creencia y, al final, la dominé. Llegué a comprender que el riesgo valía la pena si iba a estar contigo —respiró entrecortadamente.

»Brandon hizo que me enfrentara a la verdad de mi comportamiento. Una última sombra de miedo me impedía animarte a ser fiel contigo misma como mujer. No podía perderte con otro hombre si ninguno te miraba por dos veces. Fui egoísta, me equivoqué en mi actitud».

Taylor miró largo rato al techo en un intento por recuperar el control de sus emociones. Luego, la contempló otra vez.

—Te amo, Janice. Te amo lo suficiente como para arriesgarme a perderte. Te amo lo suficiente como para querer que seas libre para ser quien realmente eres. El regalo que te envié fue mi modo de proclamar esa verdad. Nunca pretendí herirte. Lo que hice al darte ese vestido, el bono para el salón de belleza, lo hice por ti. No me importa el aspecto exterior, te juro que no. ¿Me crees? ¿Me crees, Janice?

Janice pronunció una palabra, con voz llena de pesar, con voz que reflejaba su corazón destrozado y que atravesó a Taylor como un estilete.

Una palabra.

—No.

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron al comprender que, en ese mismo momento, estaba perdiendo a la única mujer que había amado. Se sintió desnudo, desvalido.

Se había terminado.

Unas lágrimas provocadas por la desesperación profunda invadieron sus ojos.

Obligándose a poner un pie delante del otro, se dirigió a la puerta y la abrió para revelar una noche oscura y vacía que esperaba engullirlo para lanzarlo a una noche fría y negra.

Titubeó, rezando para que Janice le dijera que no se fuera, que creía y confiaba en él, que lo amaba tanto como él la amaba.

El silencio lo golpeó como unos puños iracundos y dolorosos.

Salió de la casa y cerró a su espalda.

Janice se hundió en el suelo detrás del sillón, se tapó la cara con las manos y lloró.

Janice apenas recordaba las horas del fin de semana, ya que se movió en una niebla de desdicha anegada de lágrimas.

El lunes por la mañana se hallaba exhausta, pues, en cuanto había conseguido quedarse dormida, despertó para revivir esa última escena con Taylor.

Abrió la puerta del armario del dormitorio para sacar uno de sus trajes y entonces su mano se paralizó. Cruzó la habitación y se dejó caer en la cama.

«¿Qué sentido tiene que esconda mi belleza?», pensó. El camuflaje no había servido para nada. Al final, la habían traicionado. La habían manipulado, mentido. Había confiado su corazón a un hombre que lo había hecho añicos.

Alzó el mentón y enderezó los hombros.

—Basta de lágrimas —dijo en voz alta—. Basta. Y se acabaron las prendas feas. A partir de ahora, voy a ser quien realmente soy. Seré fiel a mí misma. Sí. Despierta, Bella Durmiente, éste es el primer día del resto de tu vida. Sola. Un colibrí. No dos juntos. Uno. Perfecto.

Las lágrimas amenazaron con invadirle los ojos, por lo que se levantó, negándose a ceder ante ellas.

Cuando dejó la casa para ir a la *boutique*, llevaba unos pantalones blancos ceñidos y una blusa roja de seda. El pelo era una nube dorada que caía por su espalda.

Aquella noche fue a la casa de Shirley y, sin titubeos, le contó lo que había sucedido con Taylor. Antes de que su amiga pudiera expresar su simpatía, Janice le tomó la mano y dijo que irían a comprar un nuevo guardarropa para Janice Jennings, la mujer que era en ese momento y que pretendía seguir siendo.

Al día siguiente, fue a que le cortaran el pelo, dejándoselo largo, pero con un estilo más moderno y adecuado. Compró maquillaje y se lo aplicó para potenciar sus rasgos.

Durante los días siguientes, poco a poco, empezó a disfrutar de los cumplidos que recibía por su aspecto.

La ropa nueva comenzó a parecerle propia y esperó con placer la llegada de cada mañana para ponerse un conjunto nuevo.

Como un mantra, se repetía que era Janice Jennings y era hermosa. Sí, eso era perfecto.

Y, en todo momento, echó de menos a Taylor, anheló su presencia, sin poder detener el torrente de lágrimas durante las largas y solitarias noches sin él.

El decimoctavo día desde que los sueños de un futuro con Taylor llegaron a su fin, Janice se hallaba muy ocupada en La Bella Durmiente, tratando de atender a cinco mujeres a la vez.

Llevaba un tenue vestido rosa ceñido a la estrecha cintura por un cinturón de gasa. La tela oscilaba al moverse, permitiendo un vistazo de sus largas y bonitas piernas e insinuando la curva femenina de las caderas.

De pie, detrás del mostrador, guardaba unas braguitas de satén en una caja cuando la puerta de la tienda volvió a abrirse.

Alzó la vista y el corazón le dio un vuelco.

Era Taylor. Pero… no se trataba del mismo Taylor que había conocido.

Llevaba una camisa blanca algo arrugada, pantalones negros bastante cortos, calcetines blancos y zapatos marrones.

Llevaba el pelo con gomina y raya al medio. En la mano, tenía una servilleta de papel en torno a varios claveles rojos.

Con incredulidad, pensó que estaba horrible.

—Janice Jennings —atronó desde el centro de la tienda.

Todas las mujeres presentes en la *boutique* miraron a ese hombre de aspecto extraño que en voz alta demandaba la atención de Janice.

—Janice Jennings —repitió—. Te amo. Siempre te amaré. Te pido que seas mi esposa, mi compañera, la madre de mis hijos.

Una de las mujeres estalló en una carcajada.

—Debe estar bromeando —le dijo a su amiga, aunque en voz bastante alta para que todos la oyeran—. Janice es preciosa. Jamás se comprometería con un hombre tan vulgar como ése. Oh, esto es de una gracia histérica.

—Si lo intentara, podría ser bastante atractivo —comentó su amiga—. Pero… santo cielo, es terrible.

—Comprendo que mi aspecto no ofrece gran cosa, Janice —continuó Taylor—. Pero las apariencias exteriores no son importantes, ¿verdad? Para mí no. Para ti no. ¿No es cierto, Janice?

—Puedes apostar que sí lo son —intervino otra mujer—. No pretendo ofenderte, joven, pero estás fuera de lugar. Janice es una de las personas guapas, querido, y tú no. Ah, y eso es muy importante.

—Janice —gritó Taylor—. ¿Quieres casarte conmigo? ¿Quieres? ¿Por favor?

Janice respiró hondo.

«Taylor me ama, me ama de verdad», entonó su corazón. No le había mentido. Todo lo que había dicho aquella aciaga noche en su salón había sido cierto, había salido de su corazón y su alma.

Esa ridícula y tierna representación servía para declararle a todo

el mundo que las apariencias no significaban nada. La amaba, a ella, igual que ella lo amaba a él.

—¿Janice?

Rodeó el mostrador, corrió y se arrojó a sus brazos, a punto de derribarlo.

—Sí —sonrió a través de lágrimas de gozo—. Sí, me casaré contigo. Oh, Taylor, gracias por amarme lo bastante para mostrarme que de verdad me entiendes y amas por quien soy, y no por lo que parezco.

—Gracias a Dios —dijo Taylor, abrazándola y dejando caer al suelo el ramo de flores—. Ah, Janice, te he echado tanto de menos. Te amo tanto.

—Y yo te amo a ti.

—¿Es un final feliz o algo por el estilo? —le comentó una mujer a otra.

—Supongo —replicó la otra encogiéndose de hombros—. Sin duda, forman… una pareja extraña. Bueno, dicen que el amor es ciego.

—No —corrigió Taylor con la boca pegada a los labios de Janice —. El amor ve más allá del envoltorio.

—Sí —susurró ella—. Y el amor tiene el poder y la sabiduría de despertar a la Bella Durmiente.

Taylor capturó su boca en un beso que selló para siempre su compromiso.

Eran dos colibríes unidos, ajenos al aplauso de las mujeres en la *boutique*.

Eran Janice y Taylor… juntos.

# Epílogo

Se casaron una semana más tarde en el juzgado, con Clem, Mary Alice y Shirley de testigos. La novia mostraba una hermosura arrebatadora con un traje de color melocotón y un velo corto. El novio se veía de un atractivo devastador con un traje oscuro, camisa blanca y corbata de color melocotón.

La ceremonia se repitió aquella tarde en el mirador de la plaza de Prescott, con la presencia de los amigos de toda la vida de Taylor.

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad mientras hacían los preparativos para poder dejar sus respectivos negocios con el fin de disfrutar de una luna de miel en un crucero.

La mañana que debían tomar el vuelo hasta California para subir a bordo del barco, Taylor anunció que debía pasar por su despacho de camino al aeropuerto.

—¿Has olvidado algo? —preguntó Janice mientras se alejaban de su casa.

—No exactamente. Solo debo ocuparme de unos asuntos no cerrados.

En el aparcamiento, Taylor recogió un paquete del asiento de atrás. Janice lo miró con curiosidad, pero él solo sonrió al entrar en el edificio.

En su despacho, hizo a un lado el agrietado juego de escritorio y quitó el envoltorio del objeto misterioso que llevaba en la mano.

Con cuidado, depositó un marco en el espacio vacío de la mesa. Era una fotografía en color de Janice y él sacada en el mirador de Prescott el día de su boda.

—Ya está —la abrazó—. Ahora, todo es perfecto, señora Sinclair.

—Sí —musitó ella, mirándolo—. Todo es perfecto, señor Sinclair, y así lo será… para siempre.

# Fin